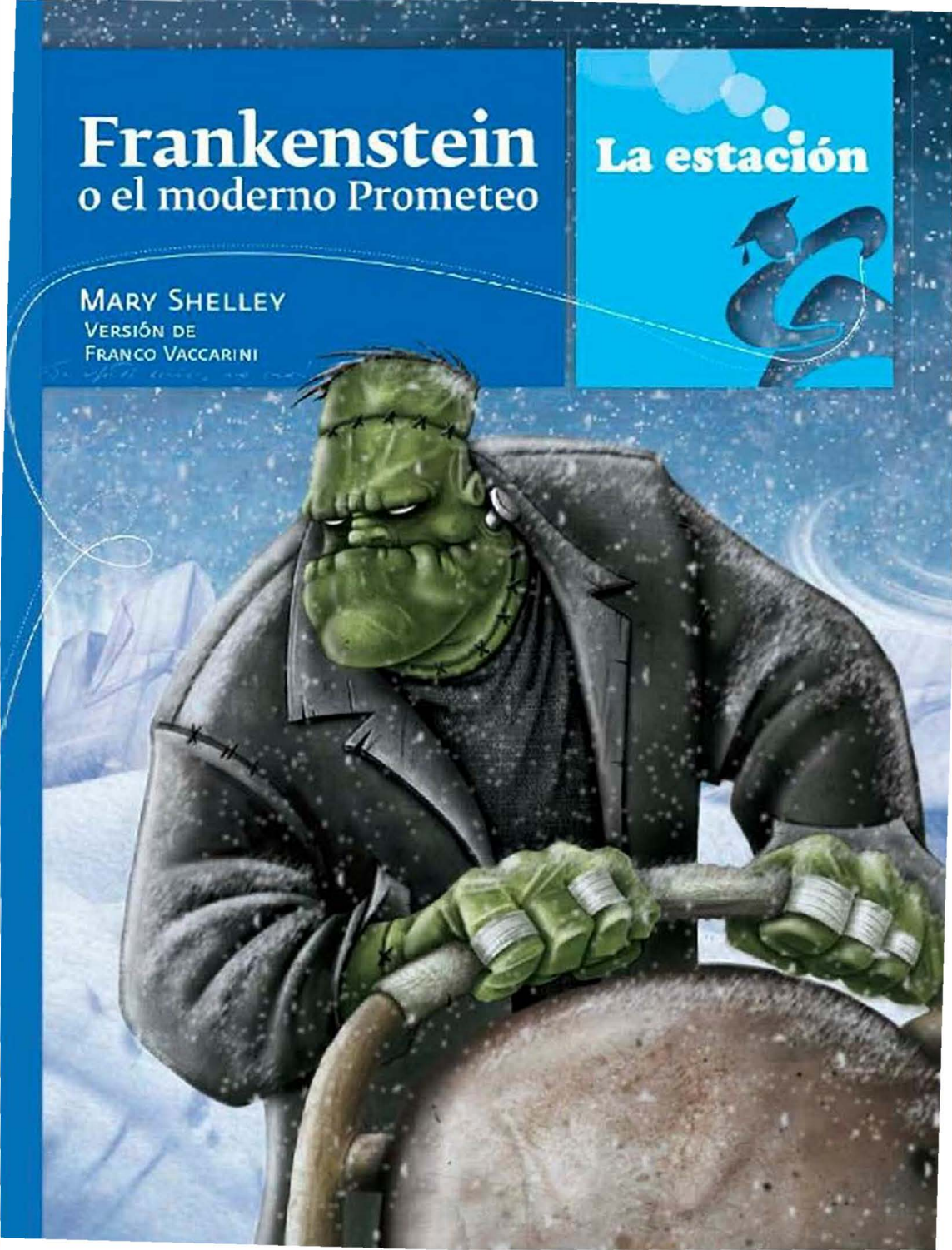
Frankenstein
o el moderno Prometeo

MARY SHELLEY
VERSIÓN DE
FRANCO VACCARINI

La estación



La mejor historia de horror. Eso intentaba ser *Frankenstein*, cuando por primera vez surgió la idea en su joven autora. Una apuesta entre amigos, una noche oscura afuera y las tinieblas interiores de los personajes que iban saliendo de la pluma de Mary Shelley. Hoy, siglo XXI, las causas del terror ya no son las mismas. Sin embargo *Frankenstein* sigue provocando en los lectores ese estremecimiento que quizás soñó la escritora. Son otros los motivos, pero vale la pena volver a leer esta novela que nos habla de un monstruo humano y un científico monstruoso, de la angustia de saberse solo en el Universo y la necesidad de encontrar en otro lo único que el ser humano no puede darse a sí mismo: comunión. | K. E.

Colección de los anotadores

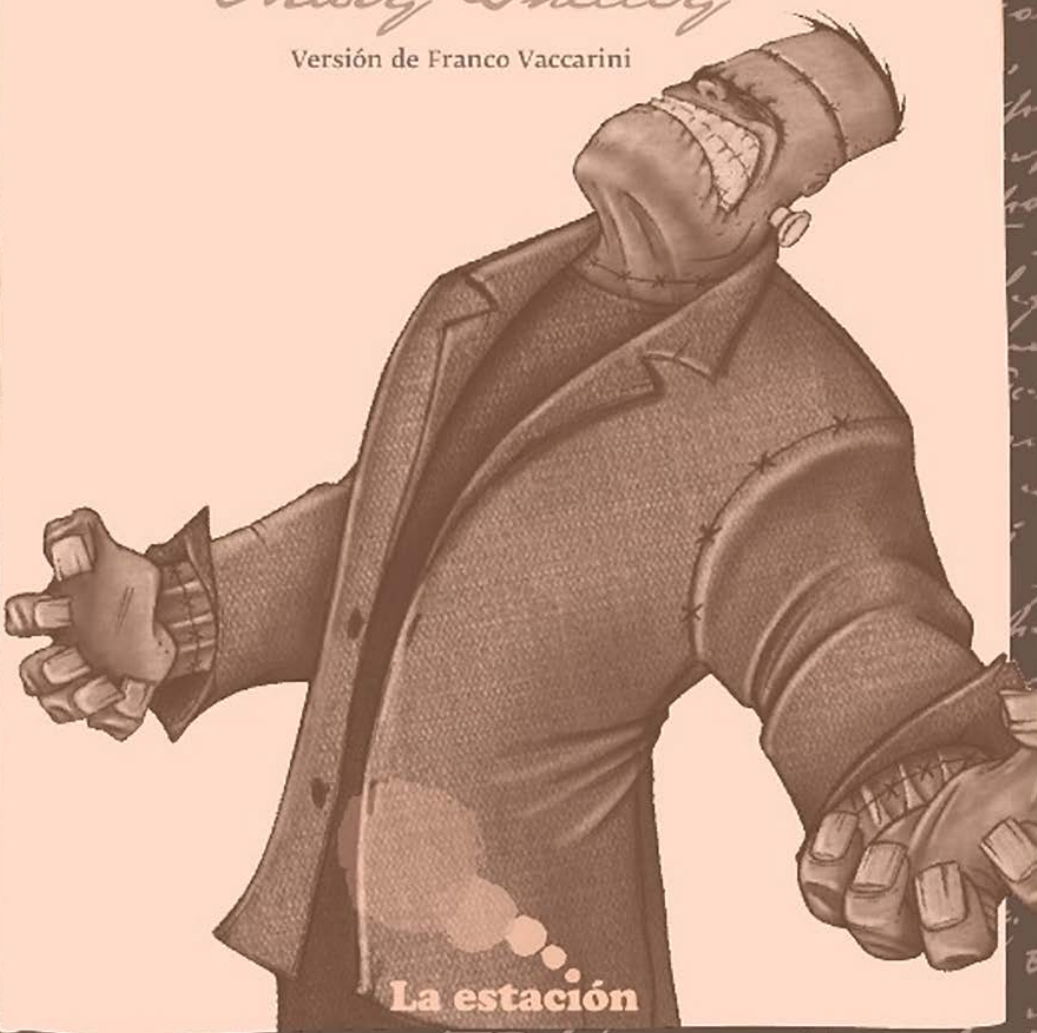
ISSN 978-987-1652-90-7

9 789871 652907

Frankenstein
o el moderno Prometeo

Mary Shelley

Versión de Franco Vaccarini



La estación

Proyecto y dirección editorial:
Raúl A. González

Directora editorial:
Vanina Rojas

Subdirectora editorial:
Cecilia González

Directora de arte:
Eugenia San Martín Vivares

Frankenstein es una obra de producción colectiva creada y diseñada por el Departamento Editorial y de Arte y Gráfica de Estación Mandioca de ediciones s.a., bajo proyecto y dirección de Raúl A. González.

Introducción, notas y actividades: María Inés Indart
Cuadro de movimientos literarios: Silvana Castro Domínguez
Ilustraciones de tapa e interior: Matías Pérez (Matt)
Caricatura de la autora: Pablo Temes
Corrección: Amelia Rosario Rossi
Diagramación: María Clara Gimenez
Tratamiento de imágenes, archivo y preimpresión: Liana Agrasar
Producción industrial: Leticia Groizard

ISBN: 978-987-1652-07-5

© Copyright Estación Mandioca de ediciones s.a.
José Bonifacio 2541 - CiudadCYD - Buenos Aires - Argentina
Tel./Fax: (+54) 11 5237-9001

Shelley, Mary
Frankenstein o el moderno Prometeo / Mary Shelley. - 1a ed. 6a reimp. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : La Estación, 2020.
128 p. ; 18 x 14 cm.

ISBN 978-987-1652-07-5

1. Material Auxiliar para la Enseñanza. I. Título.
CDD 371.33

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.
Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.
Primera edición: enero de 2009

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electrooptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Índice

Bienvenidos a la estación de Mary Shelley 6

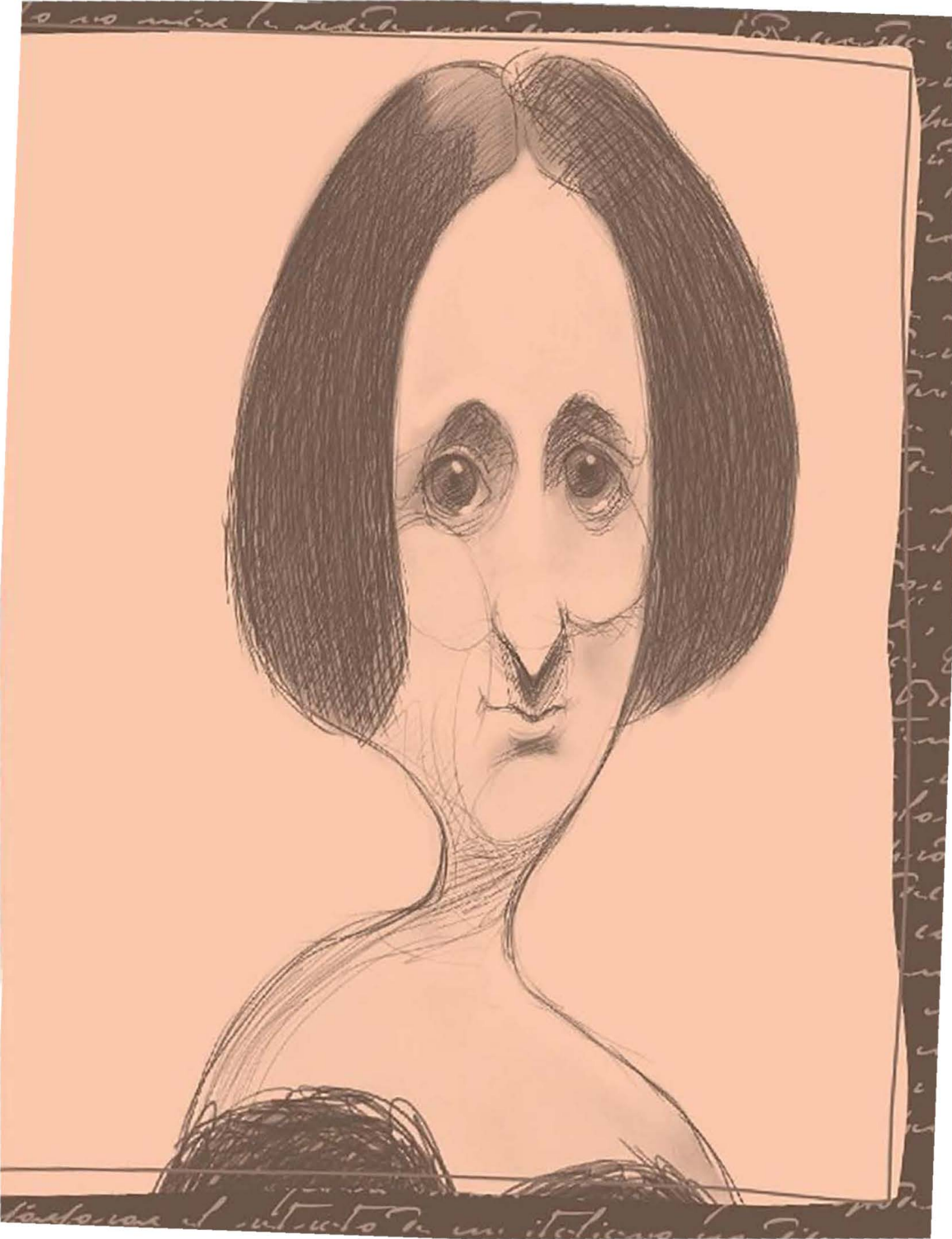
Frankenstein o el moderno Prometeo 20

Trabajos en la estación 112

Cuadro de movimientos literarios 124

Bienvenidos a la estación de

Mary Shelley



Frankenstein, la criatura

A la hora de crear monstruos memorables, la literatura europea siempre ha sido sabia. Las angustias y los miedos más profundos de las mujeres y de los hombres de todos los tiempos han encarnado en magníficos relatos, poblados de gigantes, fantasmas, vampiros, momias, brujas, muertos vivos, mutantes, hombres lobo y otros seres tan pesadillescos como atractivos.

Entre ellos, se destaca una "criatura" sin nombre propio, un ser enorme cuyo cuerpo, confeccionado con restos de cadáveres, resulta deforme y amenazador. Se lo conoce bajo el nombre del científico que lo creó: Frankenstein.

No hay en la narrativa de terror un monstruo más desolado y sufriente que este. Alguien a quien se le ha dado la vida, pero se le niega la posibilidad de disfrutarla. Un engendro con apariencia humana, producto de un experimento de laboratorio, cuyo aspecto provoca el pánico entre las personas a las que intenta acercarse en busca de amistad y de cariño.

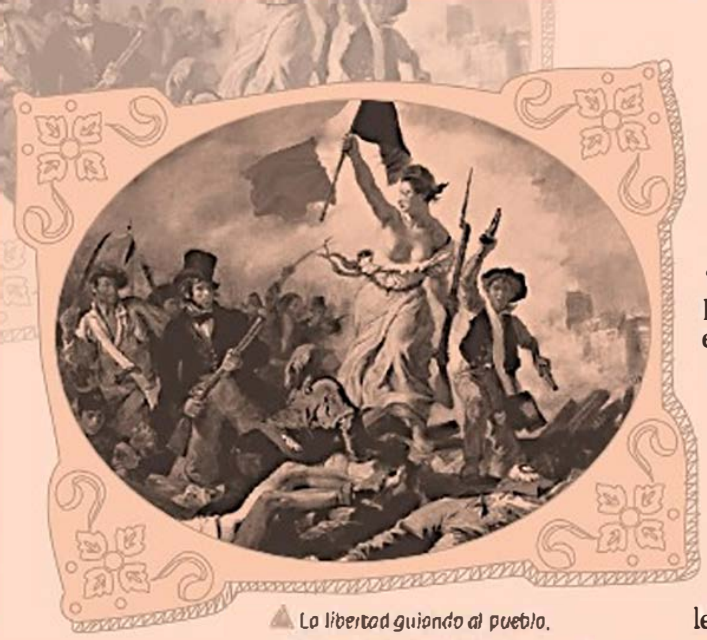
La criatura no alcanza a ser un hombre, tampoco es un fantasma, no es un vampiro ni un muerto vivo; es tansolo la caricatura de un hombre. Su soledad es absoluta, porque es único en su especie. Cuando toma conciencia deque no existe nada ni nadie parecido a él, le dirige a su creador, el Dr. Víctor Frankenstein una súplica conmovedora. El monstruo desea lo que todo ser humano anhela: amar y ser amado. Al verse condenado a la exclusión social y al desamparo, toma esta terrible decisión: *Si no puedo generar amor, causaré terror.*

Esta notable y conmovedora historia, en la que un científico obsesionado por el misterio de la vida y su deforme criatura se persiguen el uno al otro por las aguas heladas del Océano Ártico, fue escrita en 1818 por una jovencita de tan solo veinte años. Era inglesa y se llamaba Mary Wollstonecraft Godwin. La historia de la literatura la conoce como Mary Shelley, apellido que tomó del hombre que amó toda su vida.

Iluminismo y Romanticismo

Mary Shelley vivió y concibió esta excepcional novela en una compleja época de transición entre dos grandes movimientos culturales: el Iluminismo y el Romanticismo.

A fines del siglo xviii, con el estallido de la Revolución Francesa de 1789, se diseminó por Europa la necesidad de una ruptura del orden social, tradicionalmente dominado por la nobleza y el clero, y la búsqueda de un nuevo orden basado en los ideales democráticos de libertad, igualdad y fraternidad entre los seres humanos. En el campo cultural,



▲ *La libertad guiando al pueblo*, pintura de Eugène Delacroix. Símbolo de la Revolución Francesa.

¿cuáles fueron las luchas que habían acompañado este proceso? Durante el siglo XVIII, se había consolidado un movimiento cultural: el "Iluminismo". Los pensadores iluministas habían privilegiado la observación, la experimentación y el pensamiento lógico como forma de conocer y comprender la realidad. Al no aceptar explicaciones religiosas o mágicas para los fenómenos naturales, se esforzaron por erradicar de las mentes de sus contemporáneos todo tipo de supersticiones, creencias irracionales y absolutistas. El nombre de esta corriente proviene de la idea de que las "luces" que iluminaron este siglo surgieron del intelecto y de la racionalidad de los filósofos y de los científicos europeos, quienes sustituyeron la fe en Dios por la fe en la razón y el progreso humanos.

Hacia 1750, a pesar de que aproximadamente el setenta por ciento de la población europea era analfabeta, los intelectuales franceses quisieron reunir en un gran libro el conjunto de los conocimientos que se habían logrado hasta el momento con la intención de ponerlos al alcance de toda la sociedad letrada. De esta iniciativa nació la primera enciclopedia, escrita entre los años 1751 y 1756.

Estimulada por la filosofía racionalista, la ciencia realizó notables avances que fueron el germen de la primera revolución industrial. ¿Qué fue lo revolucionario en el terreno económico? El comienzo de la sustitución del trabajo manual y artesanal por la fabricación industrial con máquinas de vapor alimentadas a carbón. Esto permitió la mecanización de las industrias textiles, el desarrollo de los procesos de fabricación del hierro y culminó, en 1804, con el funcionamiento de la primera locomotora que transformaría para siempre el comercio y la vida cotidiana de millones de personas.

El arte dominante en el siglo XVIII, llamado Neoclasicismo, fue prudente, equilibrado y estuvo al servicio de la difusión de las ideas iluministas. Pero

hacia fines del siglo XVIII, los poetas, los dramaturgos, los músicos y los artistas plásticos jóvenes empezaron a reclamar mayor libertad estética para sus creaciones.

Así como la Revolución Francesa había sacudido las viejas estructuras políticas y sociales, una nueva "revolución" se llevó a cabo en el campo cultural contra los dominios de la "diosa" razón. Una furia antirracionalista atravesó Europa para liberarla de las formas simétricas y armónicas que imperaban en las artes plásticas, y del excesivo didactismo de novelas y obras teatrales. Esta transformación cultural llevó el nombre de *Romanticismo*. A principios del siglo XIX, el Romanticismo instaló una forma distinta de sentir la naturaleza y la vida, con una intensidad nunca antes expresada. Surgió una manera diferente de hacer arte. Las pinturas, las sinfonías, las óperas, las esculturas, el teatro y la literatura presentaron innumerables tempestades, avalanchas, erupciones volcánicas y naufragios para mostrar que la naturaleza aún tenía fuerzas que el hombre no era capaz de controlar. Al mismo tiempo que se exaltaban los amores, los odios, los deseos y los miedos, todas las pasiones que habían sido excluidas del arte mesurado y racionalista del siglo XVIII.

El poeta Samuel Coleridge, uno de los pilares del romanticismo inglés.

La autora de Frankenstein parece estar en el centro de este gran proceso de transformación cultural. Por un lado, recibió el legado del empirismo científico y la filosofía racionalista del siglo anterior de la educación dada por su padre, el pensador William Godwin y de la lectura de los textos escritos por su madre, la filósofa Mary Wollstonecraft. Esta escritora, en su obra *Vindicación de los derechos de la mujer* (1792), sostuvo que las mujeres no eran por naturaleza inferiores al hombre, sino que su condición se debía a su falta de acceso a la educación. Por otra parte, también desde niña, Mary tuvo contacto con la violenta reacción imaginativa del Romanticismo. Se sabe que, en 1798, en las reuniones que se realizaban en la casa paterna, se escondió detrás de un sofá para escuchar a Samuel Coleridge (1772-1834), un poeta que se convertiría en uno de los pilares del romanticismo inglés, recitar la "Oda del viejo marinero", cuyos apasionados versos luego pondría en boca de Víctor Frankenstein, al iniciar la huida después de su horrenda creación:

Como aquel que, en el camino solitario,
avanza lleno de miedo y temor,
y tras mirar atrás sigue marchando
sin ya nunca volver la cabeza
porque sabe que un horrible enemigo
muy cerca, a su espalda, le acecha.
(Cap. V)

Tan presente está el siglo XVIII en el texto que la historia se desarrolla en esa época (San Petersburgo, 11 de diciembre de 17...), y las obsesiones que dominan la mente del Dr. Frankenstein son propias de los debates científicos del período.

Asimismo, el impulso romántico del siglo XIX atraviesa toda la novela y se hace más intenso y sombrío en el sufrimiento de la solitaria criatura sin nombre:

De noche, salí de mi escondrijo y deambulé por el bosque. Me sentía una bestia salvaje liberada de sus ataduras; ya no temía que me descubrieran. Quería causar ruinas y gozar después; hasta el canto suave de un pájaro me recordaba que todos disfrutaban estar vivos, menos yo. Llevaba en mi interior un fuego que me quemaba. Me declaré en guerra contra todo el género humano, aunque centré mi odio mayor en aquel que me había creado. (Cap. XVI)

Ambas concepciones, la iluminista y la romántica, se fusionaron en la imaginación creadora de la joven escritora y, en su novela, es posible advertir sus contradicciones.

Mary Shelley: una vida de novela

Mary Wollstonecraft Godwin no solo fue la autora de Frankenstein, también fue la gran heroína de esa "otra" novela romántica que fue su vida. Niña precoz, adolescente audaz y mujer de una libertad infrecuente en su tiempo, tuvo que afrontar toda clase de penurias económicas, amores y traiciones, las infidelidades de su esposo y la muerte de tres de sus cuatro hijos. Sin embargo, siempre sostuvo sus ideas libertarias y su vocación por las letras.

Nació en Londres en 1797. Su padre, el británico William Godwin, era un reconocido filósofo de ideas antimonárquicas, ateas y anarquistas. Su madre, Mary Wollstonecraft, una escritora progresista y pionera en la defensa de los derechos de la mujer. Pero la niña debió crecer sin el afecto de su madre, quien falleció días

Mary Shelley.

después del parto. En una época en que no era costumbre educar a las mujeres, Godwin dio a la pequeña una educación privada, severa y racionalista. Así Mary pudo tener acceso a las ideas de los pensadores progresistas de su tiempo y leer los escritos de su madre acerca de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. La postura intelectual de Godwin no favoreció su posición económica. Para sobrevivir, tuvo que escribir todo tipo de literatura y, en 1805, fundó una editorial, que le permitió generar ingresos básicos para sostener a su familia. Allí solían reunirse amigos e intelectuales de ideas afines para compartir lecturas y leer sus escritos.

Años después, a esas reuniones comenzó a asistir el talentoso poeta Percy Bysshe Shelley, quien se convirtió rápidamente en discípulo de Godwin. El joven pertenecía a una familia aristocrática y conservadora que le había retirado su apoyo cuando la Universidad de Oxford lo expulsó a causa de sus ideas revolucionarias y sus actitudes imprudentes. En 1814, Mary y Percy iniciaron una intensa relación amorosa. Él tenía veintidós años, ella diecisiete. Como no podían casarse porque él tenía un desafortunado matrimonio anterior, se fugaron a Francia y luego a Suiza. Un verdadero escándalo para las normas sociales de la época. Cuando se les acabó el dinero, volvieron a Inglaterra, y ambas familias, tanto la conservadora como la progresista, les dieron la espalda. Los enamorados enfrentaron severas necesidades económicas, sin embargo, iniciaron la escritura conjunta de un diario, mientras que cada uno leía y estimulaba al otro en su producción literaria. Al tiempo que Percy se esforzaba por conseguir dinero de todas las formas posibles, su esposa Harriet dio a luz a su segundo hijo y Mary, a una niña prematura que murió a las pocas semanas de vida.

Percy Shelley.

A fines de 1816, tras el suicidio de Harriet, Percy y Mary pudieron casarse legalmente, y esto posibilitó la reconciliación familiar y trajo cierto alivio financiero. En el aniversario de su fuga, el matrimonio decidió partir otra vez a Ginebra junto a su hijo William, recién nacido y Claire Clairmont, hija de la segunda esposa de

Godwin. Alquilaron una pequeña casa a orillas del lago Leman, vecina a la que ocupaba el aristocrático poeta romántico Lord Byron (1778- 1824) y un grupo de amigos. Los jóvenes trabaron inmediata amistad. Juntos compartieron caminatas, paseos por el lago y extensas conversaciones sobre temas literarios. Una noche, en la mansión de Byron, mientras se entretenían leyendo historias de terror junto al fuego, Byron, entusiasta, propuso un desafío literario: cada uno debía escribir una historia de fantasmas.

Así recuerda Mary aquella experiencia:

[...] ¿Has pensado ya una historia?, me preguntaban cada mañana y cada mañana me veía forzada a replicar con una mortificante negativa. [...] Muchas y largas fueron las conversaciones entre Lord Byron y Shelley, a las que yo asistía como una devota pero, casi siempre, silenciosa oyente. Durante una de esas conversaciones, se discutieron varias doctrinas filosóficas y, entre ellas, las referidas a la naturaleza del principio de la vida y también la posibilidad de que dicho principio pudiera algún día ser descubierto y divulgado. [...] Quizás un cadáver podía ser reanimado; el galvanismo había dado prueba de esa posibilidad: quizás se podrían fabricar los elementos que componen una criatura, unirlos entre sí y dotarlos de calor vital. [...] Cuando apoyé la cabeza en la almohada no pude dormir, mi imaginación me guió... [...] Vi –con los ojos cerrados- al pálido estudiante de artes diabólicas arrodillado al lado de aquella cosa que había conseguido juntar. [...] al día siguiente, anuncié que había pensado una historia.[1]

Bajo el impacto de esta pesadilla, la jovencita comenzó a escribir febrilmente la historia. De regreso a Inglaterra, Mary logró cierto reconocimiento como escritora con la publicación de *Historia de una excursión de seis semanas*, un diario de viajes que contenía el poema "Mont Blanc" de Percy. Esto la animó a seguir trabajando hasta el verano de 1817 en su primera novela *Frankenstein o el moderno Prometeo*, publicada en forma anónima, en 1818, dedicada a su padre y con un prólogo de Shelley. La novela fue un éxito inmediato de público. Los críticos dieron por sentado que estaba escrita por un hombre y alabaron su insólita imaginación. Ese mismo año, tras el parto, Mary y Percy, perdieron a su tercera hija.

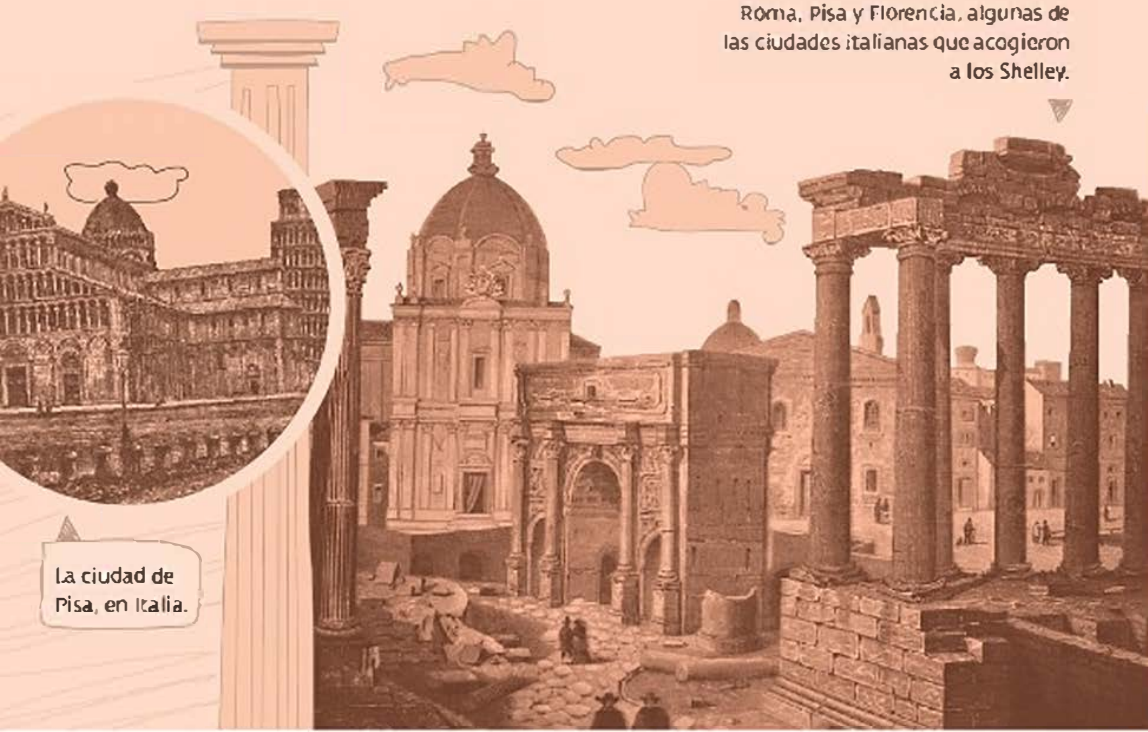
A pesar del reconocimiento logrado, la falta de dinero y los problemas de salud nunca dejaron de acosarlos. Sin embargo, la pareja continuó escribiendo y publicando, aún en medio de sus frecuentes crisis conyugales. En 1919, Mary publicó *Mathilda*, una historia de amores incestuosos, y se decidió la partida a Italia en busca de un clima más favorable para su salud. El diario que llevaban narra que, tratando de superar sus pesares, estudiaron italiano, leyeron

1 Fragmento de la Introducción escrita por Mary Shelley a la edición de *Frankenstein* de 1831. Tomado de la biografía: *Mary Shelley*. Buenos Aires, Lumen, 1997 de Muriel Spark.

a los clásicos y ascendieron al volcán Vesubio. Italia les resultó una tierra muy estimulante para la producción literaria, aunque el destino continuó siendo adverso. En Roma, Mary supo que estaba embarazada otra vez y, al mismo tiempo, padeció el dolor de perder a su pequeño hijo William, de tan solo tres años, víctima de la malaria. Su fallecimiento produjo a los Shelley una honda depresión. Percy decidió el traslado a Florencia donde la presencia de un medico escocés les ofrecía mayor confianza para el próximo parto. Allí, nació Percy Florence, quien creció sano y trajo a su madre alegría y ánimo para empezar su tercera novela de tema histórico, *Valpega*. Luego, se trasladaron a Pisa, donde los problemas de salud física y anímica de Percy comenzaron a hacerse evidentes, no obstante, el joven retomó la compañía de Byron y un grupo de amigos ingleses.

En 1822, los Shelley y sus amigos se instalaron en Villa Magni, en una casa en la bahía de Lerici, en la Liguria italiana para pasar el verano cerca del mar. Percy Shelley decidió disfrutar de una travesía en velero en compañía de un amigo. Partieron rumbo al sur en un viaje del que nunca regresarían. Una tormenta hizo naufragar la embarcación y, después de diez días, los cadáveres aparecieron en la costa. Mary ofreció a

Roma, Pisa y Florencia, algunas de las ciudades italianas que acogieron a los Shelley.



La ciudad de Pisa, en Italia.

Percy un funeral digno de su condición de poeta romántico. El cuerpo fue cremado en una fogata en la playa y su corazón, extraído antes de la cremación, guardado amorosamente por Mary.

Tras la muerte de su esposo, Mary Shelley vivió durante un año más en Génova, en donde a menudo veía a Lord Byron y transcribía sus poemas, pero su situación económica la obligó a volver a Inglaterra en 1823 a la casa de su padre. Se dedicó a su hijo, a la difusión de la obra de Shelley y a su propia escritura. No quiso volver a casarse y luchó por ser independiente. Con una pequeña ayuda de su suegro, logró irse a vivir sola a una pensión. Una forma de vida autónoma infrecuente para una mujer en aquellos tiempos. En los años siguientes, Mary escribió historias cortas para libros de regalo o anuarios, que le permitieron ganar algo de dinero propio y convertirse en una escritora profesional. En 1826, logró publicar su novela de ciencia ficción *El último hombre* y, con la ayuda de sus amigos escritores, libros de memorias acerca de Byron y de Shelley.

En 1830, publicó la novela histórica *Perkin Warbeck* y, en 1831, revisó el texto de *Frankenstein*, escribió una introducción donde relataba el proceso de escritura de la novela y lo publicó con su nombre. El texto continuó siendo favorito del público. Sus dos últimas novelas, *Lodore* (1835) y *Falkner* (1837) fueron muy exitosas. En el verano de 1838, un editor le pagó una suma considerable por editar una colección de la obra poética completa de Percy Shelley. Su último libro, escrito en forma de cartas y publicado en 1844, fue *Caminatas en Alemania e Italia en 1840, 1842 y 1843*, en el cual relató sus viajes con su hijo Percy Florence y los amigos universitarios de este. Vivió sus últimos años junto a su hijo y su nuera. Falleció en 1851, a los cincuenta y tres años.

Durante mucho tiempo, la crítica

literaria inglesa solo la valoró como autora de *Frankenstein* y esposa de Percy Shelley. A fines del siglo xx, se inició una revalorización de toda su obra y, actualmente, se la reconoce como una de las grandes figuras del Romanticismo en Inglaterra.

¿Novela gótica o ciencia ficción?

En Inglaterra, desde mediados del siglo xviii, había comenzado a desarrollarse una narrativa bastante alejada de toda racionalidad y equilibrio. Este género literario de gran popularidad en la época, conocida como *novela gótica*, se centraba en los deseos, temores y experiencias sobrenaturales de sus personajes. Los historiadores del Renacimiento habían utilizado el término gótico (del latín *gothicus*) como sinónimo de *oscuro* para caracterizar la extraña belleza de las catedrales medievales y sus altísimas torres. Por eso, se llamó "gótica" a esta narrativa que desarrollaba historias de terror en paisajes sombríos y antiguos castillos en ruinas.

Los textos fundadores se habían escrito en el siglo xviii. La primera novela gótica había sido *El castillo de Otranto*, publicada por Horace Walpole en 1765. Entre sus manifestaciones más relevantes, merecen citarse *Vathek*, de William Beckford (1786), *Los misterios de Udolfo*, de Ann Radcliffe (1794), *Las aventuras de Caleb Williams* (1794), de William Godwin, el padre de la creadora de Frankenstein, y *El monje*, de Matthew Lewis (1796). Todos los miedos y las fantasías ancestrales que la ciencia racionalista trató de despejar se trasladaron a la novela gótica, un género que cautivó rápidamente a una legión de lectores. En estos relatos, los personajes típicos eran doncellas inocentes o extranjeros confiados, perseguidos por fantasmas, hombres lobo, vampiros y otros representantes del Mal.

Los escritores románticos del siglo xix, consolidaron el género con "La caída de la casa Usher" (1839), del estadounidense Edgar Allan Poe; y, más adelante, con *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1886) y "Janet, cuello torcido" (1887), del escocés Robert Louis Stevenson, y *Drácula* (1897), de Bram Stoker.

Para Rosemary Jackson,[2] especialista en literatura fantástica, *Frankenstein o el moderno Prometeo* es uno de los textos de mayor calidad del gótico romántico. Según Jackson, Mary Shelley inaugura, con esta novela, una tradición alternativa del gótico: el gótico "femenino" formado por un conjunto de escritoras (las hermanas Emily y Charlotte Brönte, Elizabeth Gaskell, Christina Rossetti e Isak Dinesen) que imaginan historias que subvierten o ponen en cuestión la

2 Jackson, Rosemary. *Fantasy: literatura y subversión*. Buenos Aires, Catálogos Editora, 1986.

sociedad patriarcal y el orden simbólico de la cultura de su tiempo.

Otros estudiosos de su obra consideran que *Frankenstein* contiene ciertos elementos góticos, pero que la novela tiene el privilegio de ser, por sobre todas las cosas, el primer texto de ciencia ficción de la literatura inglesa. Desde la mirada de Muriel Spark,[3] biógrafa de Mary, el texto fue un *best-seller* porque ofreció a los lectores el novedoso desafío de la ficción científica en un momento en que la novela gótica había saturado a los lectores de castillos embrujados y escenas de muerte a la luz de la luna.

Prometeo y el "buen salvaje"

En la mitología griega, Prometeo era considerado el protector de la humanidad por ser el dios que había robado el fuego a los otros dioses para dárselo a los mortales y fue condenado al sufrimiento eterno por esta causa. El dios Zeus lo hizo llevar a los solitarios montes Cáucaso, donde encadenado, debió sufrir su tormento: cada día un águila le devoraba el hígado, que se le renovaba durante la noche.

El tema de la rebelión contra la opresión divina parece haber fascinado a los escritores románticos ya que no solo lo invocó Mary en el título de su novela, sino que un par de años antes, Lord Byron le había dedicado un extenso poema, "Prometeo" (1816), y Percy Shelley, una obra teatral en verso, *Prometeo liberado* (1819).

Prometeo, de Rubens (1612).

En la novela de Shelley, ¿qué es lo que convierte a Víctor Frankenstein en

3 Spark, Muriel. *Mary Shelley*. Buenos Aires, Lumen, 1997.

un Prometeo "moderno"? Se trata de un personaje que encarna el extremo de la audacia humana, ya que no solo desafía las tradicionales creencias religiosas acerca del origen de la vida, sino también pone a prueba las teorías científicas al experimentar con fuerzas aún inmanejables para la ciencia de su tiempo.

En la novela, Víctor Frankestein se cree capacitado para crear un ser humano y, en un gesto "romántico" por excelencia, lleva a cabo esta doble rebelión (teológica y científica), y su castigo, al igual que el del mítico Prometeo griego, es implacable. Víctor pasa de la condición de sabio respetado por la comunidad científica a la de huérfano, sin hogar y sin patria.

Igualmente trágico es el destino de la criatura que surge de este experimento científico desmesurado. *Nací bueno, pero los sufrimientos han hecho de mí lo que soy: un enemigo,* se lamenta el engendro ante su creador. Detrás de estas palabras, es posible percibir los ecos del pensamiento social de Jean Jacques Rousseau, el filósofo iluminista y revolucionario, quien en su obra *Emilio o de la Educación* (1762) sostuvo que el ser humano es bueno por naturaleza y que, si adopta la maldad, se debe a la falta de una educación o a la acción negativa de su entorno social. Esta teoría, conocida como la del "buen salvaje", seguramente le llegó a Mary por sus padres, y ella supo ficcionalizarla en la novela. Ahora bien, sobre este patético monstruo, hijo ilegítimo del iluminismo, recae la fuerza con que la estética romántica hizo de la fealdad, otra forma de la belleza. El cuerpo del monstruo naturalmente bueno resulta fascinante porque quiebra los modelos tradicionales de belleza y fealdad. Su figura armada con retazos de otros cuerpos humanos, no solo resulta atractiva por sus dimensiones y su fortaleza excepcionales, sino también en su gran capacidad intelectual y por la intensidad de sus sentimientos.

Frankenstein en la cultura popular

En el siglo xx, el cine se apropió de esta historia y la difundió por todas partes. Las imágenes del científico "loco" y del monstruo deforme se convirtieron en íconos del terror y se multiplicaron en miles de películas, dibujos animados, videojuegos e imágenes publicitarias.

De todas las versiones cinematográficas de la novela, merecen recordarse tres. La primera, de 1932, *Dr. Frankenstein*, del director inglés James Whale, un innovador del cine de terror en Hollywood, que se inspiró para su ambienración en "*El gabinete del Dr. Caligari*", una gran película del expresionismo alemán rodada en 1919.

Respecto de la persistencia de las imágenes de este film en la cultura popular, el escritor argentino contemporáneo Pablo de Santis afirma: *La cara que primero viene a la memoria cuando uno piensa en Frankenstein es la de Boris Karloff en la película*

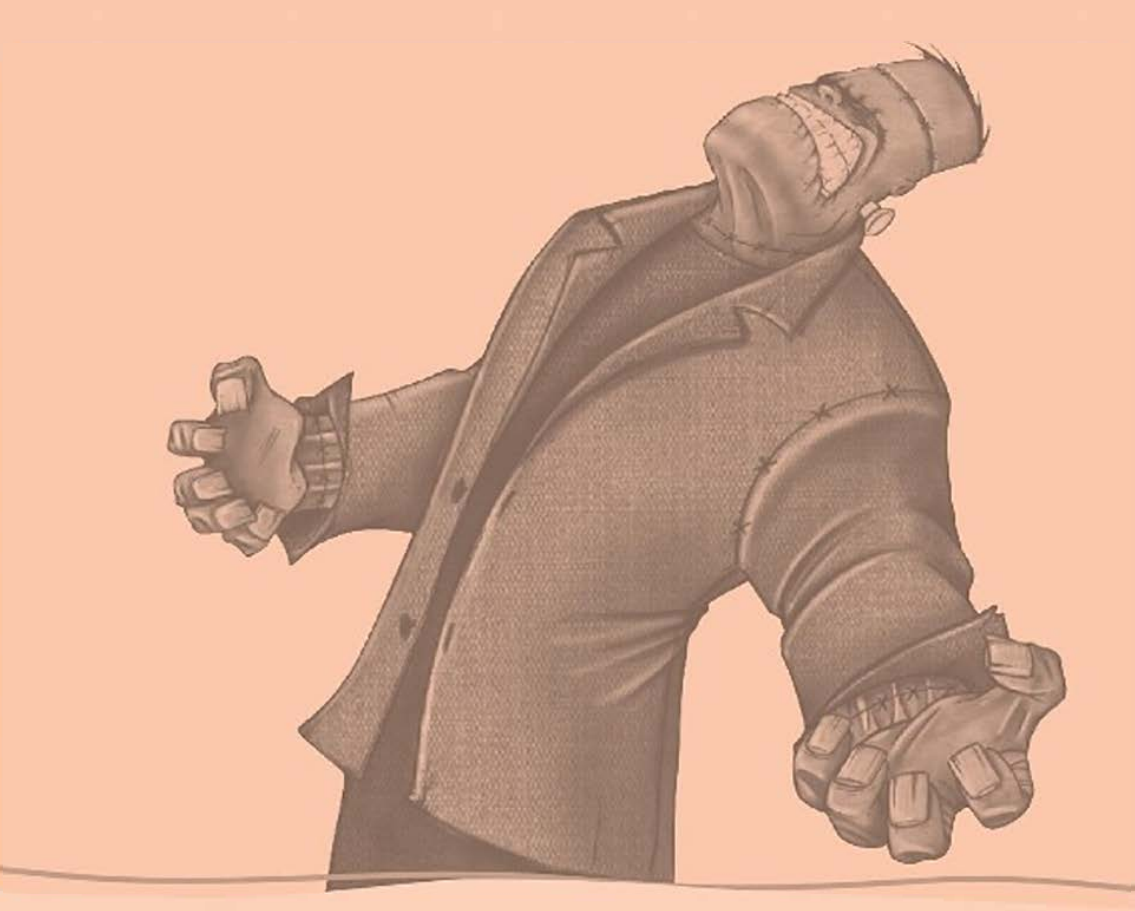
de 1932. Ahí están todos los rasgos por los que uno reconoce al monstruo, pero que no estaban en la novela original: el tornillo al costado del cuello, la frente enorme, la dicción torpe y dificultosa, el andar lento y tambaleante.[4]

Muy distante de los films de Whale, en el tiempo y en la estética, está la versión realizada, en 1974, por el gran comediante y director estadounidense Mel Brooks: *El joven Frankenstein*. Esta película es una divertida parodia de todas las películas de terror relacionadas con los personajes de Mary Shelley producidas por la compañía Universal Pictures. Con ella, Brooks realizó un homenaje a Whale y a Karloff, al utilizar la mayoría de las piezas del laboratorio que se habían usado en la película de 1932.

La tercera y última digna de mencionar es la versión llevada a cabo por el actor, guionista y director británico Kenneth Branagh, estrenada en 1994 con el actor Robert de Niro en el rol del monstruo: *Frankenstein de Mary Shelley*. La reconstrucción histórica de la película es impecable, y las escenas filmadas en el Océano Ártico y en los Alpes suizos son de una gran belleza visual. Branagh modificó la historia original para enfatizar la dimensión trágica del protagonista y la humanidad del monstruo.

Imágenes de *El joven Frankenstein* de Mel Brooks (1974) y *Dr. Frankenstein* (1932) del director inglés James Whale.

4 De Santis, Pablo. *Transilvania Express. Guía de vampiros y de monstruos*. Buenos Aires, Colihue, 1994.



Frankenstein

Prefacio

Carta primera
A la señora de Saville, Inglaterra

San Petersburgo,[1] *11 de diciembre de 17...*

Te complacerá saber que ningún desastre acompañó el inicio de esta empresa, a la que tú has presagiado tan graves resultados. Te escribo para contarte que tengo total confianza en el éxito de mis propósitos y que mi salud es perfecta.

Por las calles de San Petersburgo, tan lejos de Londres,[2] *siento que el viento helado del norte fortalece mis nervios y me llena de imágenes agradables. Esta brisa proviene de las regiones a las que me dirijo, el Polo Norte;*[3] *que, aunque no sea más que un páramo*[4] *de hielos eternos, para mi imaginación es un lugar de ensueño. Un lugar, querida Margaret, donde el sol está siempre presente, rozando apenas el horizonte; sin la interrupción de la noche. Quizá encuentre allí el maravilloso poder que atrae a la brújula,*[5] *o tal vez consiga mil observaciones astronómicas*[6] *para dejar resuelto este misterio. En todo caso, saciaré mi curiosidad al explorar una parte del mundo jamás hollada*[7] *por el hombre. Estas son mis ambiciones, hermana. Inicio el viaje como un chiquillo que se embarca por primera vez en su vida para recorrer un riachuelo de su villa natal. Aun si mis suposiciones son falsas, puedo aportar grandes beneficios a la humanidad si encuentro un camino más corto para llegar a países hoy distantes, o si descubro el secreto del magnetismo.*[8]

Estas reflexiones disiparon la agitación con que empecé a escribirte. Hay en mi corazón un sereno entusiasmo. Ya sabes que esta expedición ha sido el sueño favorito de mi juventud y que leí varios relatos de los viajes emprendidos hasta el Pacífico Norte, cruzando los mares que rodean al polo. Sin duda, recordarás el libro que reunía la historia de todos los viajes exploratorios, en la biblioteca de nuestro querido tío Thomas. Ya ves, tuve una educación desordenada, paliada[9] *en parte por mi amor a la lectura. Sé que mi padre le expresó al tío, antes de morir, y como*

1 **San Petersburgo** es una ciudad situada en el noroeste de Rusia, sobre el delta del río Neva.

2 **Londres** es la capital del Reino Unido de Gran Bretaña.

3 El **Polo Norte** geográfico se sitúa en el centro del océano Glacial Ártico, en una región cubierta por hielos.

4 Se llama **páramo** a una extensión de terreno desértico.

5 La **brújula** es un instrumento que sirve para orientarse en la superficie terrestre. Por medio de una aguja imantada señala el Norte magnético de nuestro planeta.

6 La **astronomía** es la ciencia que estudia los cuerpos celestes.

7 **Hollar** significa pisar dejando marca o huella en una superficie.

8 El fenómeno del **magnetismo** terrestre consiste en que toda la Tierra se comporta como un enorme imán. El físico inglés William Gilbert señaló esta similitud en 1600.

9 **Paliar** significa suavizar o atenuar un problema o dificultad.

última voluntad, que impidiera la realización de mi sueño; es decir, que yo me entregase a la vida de mar.

Estos deseos de viajar perdieron fuerza cuando conocí a los poetas. Durante un año me creí poeta y viví en un paraíso inventado por mí. Soñaba que iba a ocupar un lugar en el templo donde son venerados los nombres de Homero[10] *y de Shakespeare.*[11] *Tú conoces mi fracaso y la decepción que sufrí. Por fortuna, heredé el patrimonio*[12] *de mi primo, y mis antiguos sueños volvieron.*

Pasaron seis años desde que decidí entregarme a esta empresa. Empecé por acostumbrarme al mar y me embarqué en buques balleneros[13] *que salían hacia el norte: sufrí hambre, sed, frío y falta de sueño; trabajé con el ahínco*[14] *del más esforzado marinero. Dediqué las noches a estudiar matemáticas, medicina y las derivaciones de las ciencias naturales que pueden ser útiles en alta mar. El capitán de un ballenero groenlandés*[15] *llegó a ofrecerme el puesto de segundo de a bordo, cosa que me llenó de orgullo.*

Y ahora te pregunto, querida Margaret, ¿no merezco llevar a cabo, al fin, una gran empresa por mí mismo? Sé que mi vida podría transcurrir cómodamente, pero preferí la gloria a los placeres que la fortuna pueda poner en mis manos. ¡Cuánto daría por escuchar una voz que afirmase mis deseos! A veces mi ánimo decae, aunque mi valor y mi decisión son firmes.

Esta es la mejor época para viajar a Rusia.[16] *Gracias a la nieve, los trineos*[17] *vuelan sobre ella y son más cómodos, te aseguro, que las diligencias inglesas. Hay que abrigarse con pieles, pues no quiero morir helado entre San Petersburgo y Arkangel.*[18] *En esta última ciudad, estaré en dos o tres semanas y allí fletaré*[19] *un buque; cosa fácil si se paga el seguro para el propietario. Contrataré marineros de entre los que se dedican a la pesca de la ballena y zarparé en el mes de junio.*

Si el éxito corona mi empresa, volveré en meses, tal vez en años. Si lo que me aguarda es el fracaso, me verás muy pronto... o nunca.

Adiós, querida hermana. Que el cielo te colme de bendiciones y me proteja, así puedo agradecerte en persona tu amor y tu bondad.

Tu afectuoso hermano,

Robert Walton

10 **Homero** es el nombre del autor de la *Ilíada* y la *Odisea*.

11 William **Shakespeare** (1564-1616) fue uno de los mejores dramaturgos ingleses.

12 Se llama **patrimonio** al conjunto de bienes que alguien ha heredado.

13 En el siglo XIX, los barcos **balleneros** eran barcos comerciales que bajaban pequeños botes desde los que arponeaban las ballenas.

14 Trabajar con **ahínco** es hacerlo con eficacia o gran empeño.

15 Los **groenlandeses** habitan Groenlandia, una isla perteneciente a Dinamarca.

16 **Rusia** es un enorme territorio que puede dividirse en tres regiones geográficas: la Rusia europea, Siberia y el Extremo Oriente (o Rusia oriental).

17 El **trineo** era una forma de transporte, con esquís en la base y tirada por perros.

18 **Arkangel** es una ciudad del norte de la Rusia europea, cercana a la desembocadura del río Dvina.

19 **Fletar** un buque es embarcar personas o mercancías.

How slowly the time passes here, encompassed as I am by frost and snow! Yet a second step is taken towards my enterprise

¡Cuán lento es el transcurrir del tiempo, rodeado como estoy de nieve y de hielo! Me mantiene la esperanza de haber dado ya el segundo paso en mis proyectos.

Carta segunda
A la señora de Saville, Inglaterra

Arkangel, 28 de marzo de 17...

¡Cuán lento es el transcurrir del tiempo, rodeado como estoy de nieve y de hielo! Me mantiene la esperanza de haber dado ya el segundo paso en mis proyectos. He fletado un barco y me ocupo del reclutamiento[20] *de sus tripulantes; los que he contratado me dan la sensación de ser hombres de confianza y dotados de valor.*

Sin embargo, algo me produce malestar y es que no me acompaña nadie a quien pueda llamar amigo. Querida hermana, dirás que soy un romántico, pero echo de menos a un amigo en estos momentos, a un hombre agradable, valiente y culto; capaz de aprobar o de criticar mis proyectos.

A los catorce años, corría como un salvaje por los campos sin leer otra cosa que los libros de viaje del tío Thomas... Por entonces, tuve conocimiento de los más famosos poetas de nuestro país, pero tarde me di cuenta de lo importante de conocer otras lenguas. A mis veintiocho años, soy más inculto que muchos escolares de quince y, aun que mis pensamientos e ilusiones han ido más lejos, necesito de un compañero cultivado que pueda ayudarme a regular las locuras de mi imaginación.

No quiero despreciar a las almas sencillas que me rodean, marineros y comerciantes de Arkangel. Los hay entre ellos de sentimientos elevados. Un ejemplo es mi segundo, un hombre emprendedor y valeroso, que desea alcanzar la gloria y ascender dentro de su profesión. Se trata de un inglés a quien los prejuicios nacionales y profesionales no le impiden disfrutar de las más nobles virtudes humanas. Lo conocí en un ballenero, y el azar hizo que lo encontrara en este puerto, a la espera de un trabajo.

El contramaestre[21] *es, también, hombre valeroso e íntegro, cuyo gran talento consiste en imponerse con suavidad. Tú sabes que soy enemigo de la violencia, pero es común que en los barcos abunden los actos brutales para mantener disciplinados a los marineros; así que puse mucho empeño en contratarlo. Sin embargo, con todas sus grandes virtudes, este hombre carece de educación, es silencioso, reservado y, en consecuencia, no inspira el interés y las simpatías que, de no poseer tales defectos, despertaría sin duda alguna.*

20 **Reclutar** significa reunir gente para un propósito determinado.

21 El **contramaestre** es el oficial de mar que dirige la marinería, bajo las órdenes del oficial de guerra.

Bien, aunque extraño una amistad de mi talla, querida Margaret, mi decisión es firme, y los únicos retrasos que sufro son los impuestos por el tiempo. El invierno ha sido terriblemente crudo, aunque ahora se espera una primavera muy adelantada. Quizá pueda hacerme a la mar un poco antes de lo esperado. Confía, de todos modos, en mi prudencia; no expondré ni a mí ni a la tripulación a ningún peligro indebido.

Tus cartas son muy esperadas por mí y me ayudan a mantener el ánimo alto. Recuérdame con afecto aun cuando no sepas nunca nada más de mí.

Tu hermano,

Robert Walton

Carta tercera
A la señora de Saville, Inglaterra

3 de julio de 17...

Mi queridísima hermana:

Solo unas líneas para decirte que estoy bien y que nuestro viaje se encuentra ya en una etapa muy avanzada. Te envío esta carta por un navegante que regresa al hogar desde Arkangel. ¡Feliz de él! No creo que yo pueda volver a mi país en muchos años; aunque sabes que no me pesa y sigo optimista. La tripulación es valiente y no hay quejas. Continuamente, vemos témpanos que flotan y que nos indican los peligros que esconde la región. Alcanzamos una latitud muy al norte;[22] pero es como si estuviéramos en verano. La temperatura es bastante cálida, gracias a los vientos del sur, que nos empujan hacia las costas que tanto quiero conocer.

Adiós, querida Margaret, no dejaré de ser prudente, pero sé que el éxito coronará mis esfuerzos. ¿Qué puede detener a un corazón humano dispuesto a todo?

Que el cielo te colme de bendiciones.

Robert Walton

22 Con la expresión **latitud muy al norte**, el personaje se refiere a que se encuentra navegando en aguas ubicadas dentro del círculo polar ártico.

Carta cuarta
A la señora de Saville, Inglaterra

5 de agosto de 17...

Ocurrió un incidente tan extraño que quiero contártelo, aunque es probable que nos veamos antes de que estas líneas lleguen a tu poder. El lunes pasado (31 de julio) nos encontramos cercados por los témpanos. El buque apenas tenía espacio para flotar, y la niebla no dejaba ver nada. Serían las dos cuando la niebla se despejó y observamos una llanura de hielo que parecía no tener fin. Mis hombres comenzaban a lamentarse, cuando un espectáculo atrajo nuestro interés. A una media milla de distancia poco más o menos, vimos un trineo tirado por perros y conducido por un ser de formas humanas, pero de gigantescas proporciones, que se dirigía hacia el norte. Lo seguimos con los catalejos,[23] hasta que desapareció luego de un desnivel, característico en esta región.

Quedamos inmersos en un asombro sin límites. La presencia de este ser en un sitio tan desolado nos mantuvo entretenidos en conversaciones que no condujeron a ninguna parte, dado que estábamos allí, imposibilitados de avanzar, atrapados por los bloques de hielo.

Por la mañana subí al puente y encontré a los marineros hablando con un extraño. Sobre un témpano flotante, a la deriva, se hallaba un hombre con un trineo tirado por un perro solitario. El hombre llegó junto al barco durante la noche, y los marineros intentaban convencerlo de que subiera. A diferencia del gigante que habíamos visto antes, tenía el tipo europeo y no parecía un salvaje. Cuando aparecí, el contramaestre le dijo:

—Aquí llega nuestro capitán, y no consentirá que mueras en el mar.

El hombre respondió en inglés, con acento extranjero:

—Díganme qué rumbo[24] llevan, por favor.

Piensa, hermana: ese hombre debería estar llorando por la fortuna de habernos encontrado y solo parecía preocupado por el rumbo. ¡Se encontraba en un peligro que podía llevarlo a la muerte! Cuando le dije que íbamos en misión exploradora al Polo Norte, consintió en subir a

23 Un catalejo es un instrumento óptico empleado para ver de cerca objetos lejanos. Apareció entre los siglos XVI y XVII, y fue utilizado principalmente por marinos y naturalistas.

24 Rumbo es la dirección en la que nos movemos o navegamos.

bordo. Sus extremidades estaban casi heladas, y el cansancio en su cuerpo era supremo...[25] ¡nunca vi a nadie en peores condiciones! En el camarote se desmayó. Lo reanimamos por medio de fricciones, luego con licor; y, cuando se repuso, lo acercamos a la chimenea de la cocina, donde pudo tomar un poco de sopa. Luego de dos días de mutismo,[26] dio muestras de mejoría y de comprender lo que pasaba. Por cierto, tenía ante mis ojos a una criatura humana muy interesante: hay en su mirada una ferocidad rayana en la locura, pero, si alguien se muestra bondadoso con él, puede tener expresiones de una benevolencia absoluta. Sin embargo, su estado normal es de una gran melancolía y de una contenida desesperación. Le oí rechinar los dientes, como impulsado por un odio interno.

En cuanto estuvo mejor, permití que mi segundo[27] lo interrogara:

—¿Qué hacía en el trineo?

—Voy tras el que huye de mí —contestó serio.

—¿Y ese que huye de usted también viaja en trineo?

—Sí.

—Entonces, mis compañeros y yo lo hemos visto.

—¡Han visto al monstruo! —exclamó.

Enseguida, se mantuvo en silencio hasta que nos quedamos solos. Entonces me confesó:

—Son ustedes muy considerados conmigo; aunque sienten curiosidad, no me hacen preguntas. Y también admito que me salvaron la vida, pues mi trineo ya estaba destruido por el rompimiento de los hielos. ¿Usted cree que el otro trineo se habrá roto también?

Le respondí que no se lo podía asegurar, aunque me parecía más probable que no. De algún modo, esta charla lo animó, y, luego me pidió permiso para observar desde el puente,[28] por si veía a su enemigo. Lo convencí de que uno de mis hombres lo haría por él. Se recupera en su camarote, en silencio, y se altera si lo visita alguien que no sea yo; parece estar tranquilo solamente conmigo. Sin embargo, sus maneras son tan conciliadoras que todos lo aprecian. Su constante melancolía me resulta simpática, y yo mismo lo siento ahora un hermano. Se lo ve derrotado y, a pesar de eso, no deja de ser una persona muy interesante. El azar puso en mi camino, en estas desoladas regiones, a un hombre de quien, en sus mejores momentos, yo hubiera considerado un privilegio ser su amigo.

25 En este caso, **supremo** significa en un grado altísimo.

26 El **mutismo** es un silencio voluntario o impuesto.

27 Se llama **segundo** al oficial destinado personalmente a las órdenes de un general o jefe superior.

28 En el vocabulario marino, el **puente** es la plataforma estrecha y con baranda que, colocada a cierta altura sobre la cubierta, cubre todo el ancho del barco, y desde la cual el oficial de guardia comunica sus órdenes a los diferentes puntos del buque.

Páginas del diario de Robert Walton

13 de agosto de 17...

Mi simpatía por este hombre aumenta día a día; tanto lo admiro como lo compadezco. Se recuperó muy bien y pasa el tiempo en la cubierta, por si aparece el trineo con el gigante. Se siente desgraciado como el primer día que subió al barco, pero, al menos, demuestra interés por los demás. Le conté mis planes, y él se interesó con vehemencia.[29] Le dije que sentiría un gran placer en sacrificar mi fortuna personal, mi existencia y todas mis esperanzas con tal de hallar el conocimiento que deseo; un conocimiento que me daría la posesión de un gran dominio sobre los enemigos de nuestra raza, un poder que yo sabría transmitir a mis semejantes. Aunque intentó ocultar sus emociones, estas últimas palabras lo ensombrecieron. De pronto, exclamó:

—¡Desgraciado! ¿También compartes mi locura? ¿Acaso bebiste el elixir[30] de la misma copa que me embriagó a mí? Por Dios, escucha mi historia y, tal vez, quieras tirar lejos de ti esa copa maldita.

Tales palabras encendieron mi curiosidad, pero el hombre pareció debilitarse por su exaltación, y fueron necesarias muchas horas para que se recobrara. Entonces, lo primero que manifestó fue el desprecio que sentía por sí mismo y por dejarse llevar por su carácter vehemente. Me pidió que le contara la historia de mi juventud y, aunque lo hice en trazos breves y precisos, comenzamos a derivar la charla hacia otras cuestiones. Le confesé mis deseos de hallar un amigo, alguien con una mente semejante a la mía.

—Eso sería una bendición —dije.

—Estoy de acuerdo; un amigo más sabio nos apoya en el perfeccionamiento de nuestra naturaleza, tan plagada de defectos. Yo tuve un amigo así... Usted tiene esperanzas

29 Un interés **vehemente** es intenso y apasionado.
30 Se considera **elixir** a un medicamento o remedio maravilloso.

todavía, una vida por delante; yo, en cambio, lo perdí todo, y me está prohibido comenzar una nueva vida.

Después de estas palabras, triste, pero sereno, no habló más y se retiró a su camarote. Me asombra que, a pesar de su evidente desesperación, disfruta del paisaje, del cielo nocturno, del inmenso mar. Sus desgracias lo hacen sufrir, sin duda, pero también puede encontrar abrigo en sí mismo y permanecer aislado de todo.

19 de agosto de 17...

Ayer, el extranjero me dijo:

—Capitán Walton, usted busca el conocimiento y la sabiduría al igual que yo en otro tiempo. Espero que el resultado de su búsqueda no sea una víbora que envenene su vida, como a mí me sucede ahora. Voy a contarle algo que había decidido guardar para siempre en secreto. Su mismo recuerdo, temo, podría acabar conmigo; pero usted va tras los mismos fines que yo perseguí y se expone a iguales peligros; debo prevenirlo, aunque mi relato pudiera parecerle fantástico. En otro lugar, usted acaso se reiría de mí, pero, en estas regiones salvajes y misteriosas, verá que todo es posible. Llevo, además, pruebas que le confirmarán mis palabras.

Me agradó el ofrecimiento espontáneo de su confesión. Le dije que deseaba oírlo, pero también ayudarlo en sus tribulaciones.

—Le agradezco —me respondió—, pero mi suerte está echada, y solo espero un último acto antes de morir en paz. No hay nada en el mundo que pueda alterar mi destino. Escuche mi relato y entenderá.

Me propuso comenzar su narración al día siguiente. Y yo pasaré todo a mi diario.

CAPÍTULO I

Nací en la ciudad de Ginebra[31] y pertenezco a una familia distinguida. Mi padre desempeñó con honor numerosos cargos públicos, era respetado y admirado. Sirvió a su país de un modo tan absorbente que ya era muy mayor cuando pudo preocuparse por contraer matrimonio. La historia de su casamiento tiene detalles que no quiero pasar por alto.

Uno de sus mejores amigos era Beaufort, un comerciante viudo que supo gozar de una floreciente posición social y, en poco tiempo, se hundió en la miseria. Beaufort, hombre orgulloso e intransigente,[32] no aceptó la oferta de ayuda y crédito de mi padre para que pudiese comenzar de nuevo, y se mudó de barrio luego de pagar sus deudas, en compañía de su hija. Diez meses después, luego de muchas averiguaciones, mi padre logró dar con la dirección de su amigo, en una calle sucia y abandonada, a la orilla del río Reuss.[33] Él no podía concebir que, por orgullo, Beaufort no aceptara su respaldo y se condenara a una existencia apartada de todas las personas que había conocido. Pero, en la casa, lo recibió la peor de las tristezas: la hija lloraba junto al féretro de su padre. La desconsolada joven le contó las desventuras que ambos habían sufrido en los últimos meses.

Beaufort había salvado unos pocos ahorros, así que su intención era hallar un empleo respetable, pero no lo consiguió. La forzosa inactividad lo cubrió de pensamientos negros y, al cabo de tres meses, cayó enfermo de gravedad. Por fortuna, Caroline Beaufort, su hija, tenía un temple[34] poco común y consiguió un trabajo como trenzadora de rafia,[35] lo cual le proporcionó un ingreso mínimo para cubrir los gastos. Repartía su tiempo entre el trabajo y el cuidado de su padre, hasta que, en el transcurso del décimo mes posterior a la mudanza, el enfermo murió. Caroline, huérfana y desamparada, vio en la aparición de mi padre

31 Ginebra es una ciudad del oeste de Suiza, situada en el extremo occidental del lago Leman, en el nacimiento del río Ródano.

32 Una persona intransigente no acepta convivir con lo que no cree justo, razonable o verdadero.

33 El río Reuss es el cuarto río de Suiza en longitud, después del Rin, el Aar, y el Ródano.

34 Se llama temple a la fortaleza enérgica y serena para afrontar las dificultades y los riesgos.

35 La rafia es una fibra muy resistente y flexible obtenida de un tipo de palmeras de África y América.

la de un espíritu protector, y él no la defraudó. La llevó a Ginebra y la confió a un matrimonio amigo; dos años, después se convertían en marido y mujer.

La sensible diferencia de edad los unía todavía más; mi padre admiraba a Caroline y quería compensarla por sus antiguos sufrimientos; abandonó sus actividades públicas y se esforzó por protegerla y brindarle todo su afecto. Viajaron por Italia, donde nací, en Nápoles;[36] y ya conmigo, siguieron un largo periplo por Alemania y Francia. Durante cada hora de mi niñez viajera, recibí de ellos toda su paciencia y bondad; y yo creía que la vida era una ininterrumpida sucesión de motivos de alegría.

Mi madre deseaba una niña, pero yo continué como único descendiente hasta los cinco años. Entonces, pasamos una semana a orillas del lago de Como.[37] Mis padres habían adquirido la costumbre de, allí donde estuvieran, visitar los hogares de los necesitados. Para mi madre, esto era, más que una obligación, una necesidad de su espíritu: actuar como ángel guardián de los afligidos, debido a su propia experiencia. En el curso de un paseo por un valle, mi madre sintió curiosidad por una choza[38] desolada. En el patio, corrían unos chiquillos muy delgados, cuya vestimenta demostraba la penuria en que vivían. Otro día, mientras mi padre estaba camino de Milán, mi madre me llevó con ella al pequeño valle donde estaba la choza. Allí encontramos a un campesino y a su esposa, que repartían una comida mísera a sus cinco hambrientos chiquillos. Una niña atrajo la atención de mi madre: sus cabellos rubios brillaban como el oro, y sus ojos, de un azul límpido, expresaban, como todo su rostro, una distinción que iba más allá de las humildes ropas que vestía.

La señora le contó que no era hija suya, sino de un noble milanés[39] muerto por la libertad de Italia[40] o, acaso preso, en alguna inmunda cárcel austríaca mientras su esposa estaba embarazada. La mujer murió al dar a luz, así que la huérfana, con todas las propiedades familiares

36 Nápoles es la ciudad más poblada del sur de Italia. Posee una gran riqueza histórica, artística y cultural ya que griegos, normandos y españoles han dejado su huella en la ciudad.

37 El lago de Como está situado en la región de Lombardía en el norte de Italia.

38 Una choza es un tipo de construcción precaria de madera o de piedra.

39 Se llama milaneses a los habitantes de Milán, principal ciudad de la región de Lombardía en el norte de Italia.

40 La ciudad de Milán y sus alrededores, en 1763, en virtud del Tratado de Utrech, fueron cedidos a Austria y, tras la Revolución Francesa fueron ocupados por Napoléon. Posteriormente, la ciudad se convirtió en uno de los principales centros del nacionalismo italiano, que reclamaba por la independencia y la unificación de Italia.

confiscadas,[41] les fue confiada a ellos unos años atrás, cuando su situación no era tan precaria.

Poco después, de mutuo acuerdo, mis padres convencieron a los campesinos para que dejasen a la niña bajo su custodia; estos consultaron con el párroco[42] del lugar, y el resultado de todo ello fue que Elizabeth Lavenza se convirtió en algo más que una hermana para mí, en la dulce y bella compañera de mis juegos. El día anterior a su traslado a nuestra casa, mi madre me había dicho:

—Tengo un hermoso regalo para mi pequeño Víctor. Mañana te lo daré.

Y a la mañana siguiente, me presentó a Elizabeth. Con infantil seriedad, tomé las palabras de mi madre al pie de la letra y la consideré mi propiedad particular, a la que debía proteger. Convinimos en utilizar el título de primos, pues no había palabras capaces de expresar el carácter de nuestra relación.

41 Las propiedades **confiscadas** pasan a ser del fisco, organismo público que se ocupa de la recaudación de impuestos.

42 Dentro de la Iglesia Católica, el **párroco** es el pastor de la parroquia que se le confía, y ejerce la guía espiritual de esa comunidad celebrando bautismos, matrimonios y otras celebraciones religiosas.

43 En un sentido poético, **etéreo** significa perteneciente o relativo a lo celestial.

44 Un verano **efervescente** es un verano caluroso que agita los ánimos.

45 La **euforia** es un estado de ánimo propenso al optimismo.

46 **Errante** significa que anda de una parte a otra sin tener asiento fijo.

CAPÍTULO II

Solo nos diferenciaba un año de edad, así que nos educamos juntos. Vivimos en completa armonía, sin disputas. Éramos distintos, pero eso, en lugar de separarnos, nos unía más. Yo vivía con intensidad y entusiasmo, en tanto que a Elizabeth le gustaban las poesías etéreas,[43] contemplar las montañas que rodeaban nuestra casa, el silencio del invierno y la efervescencia[44] del verano alpino. Ella percibía las cosas con espíritu sereno y, para mí, el mundo era un secreto que yo debía descubrir; quería investigar y aprender las leyes de la naturaleza, y cada descubrimiento me producía una euforia[45] rayana en la locura.

Mis padres dejaron su vida errante[46] y se radicaron en su país natal. Teníamos una casa en Ginebra y una propiedad

en Bellrive,[47] junto al lago, a una legua de la ciudad; allí pasábamos la mayor parte del tiempo. Yo era poco comunicativo y solo me interesé en la amistad de un compañero de colegio, Henry Clerval, hijo de un comerciante ginebrino. Henry estaba fascinado por las grandes empresas y los riesgos mayores, y yo lo admiraba; le atraían, sobre todo, las relaciones morales entre las cosas, la virtud de los héroes, las acciones de los hombres. Mantenía la esperanza de llegar a ser un benefactor de la humanidad. Mis investigaciones, en cambio, se dirigían hacia los secretos físicos del mundo y, también, hacia el alma misteriosa y el espíritu oculto de la naturaleza. No me interesaban los códigos políticos, ni siquiera las artes.

Y en cuanto a la bella Elizabeth, era en nuestro hogar como el brillo de la llama sagrada en un santuario. Su sonrisa, su voz, la mirada limpia de sus ojos nos inspiraba y animaba. Mis estudios tendían a hacerme hosco[48] y a agudizar mi carácter violento, pero ella estaba allí, para comunicarme su dulzura y gentileza. Y lo mismo sucedía con Clerval; en él no había lugar para la maldad.

Ahora deseo exponer los hechos que determinaron mi predilección por las ciencias naturales. Cuando tenía trece años, fui con mi familia de excursión a los baños termales que hay cerca de Thonon;[49] el mal tiempo nos obligó a permanecer en la posada.[50] Allí encontré un volumen de Cornelio Agrippa[51] y, al leer el libro, mi aburrimiento se tornó en iluminación. Loco de alegría, le conté a mi padre sobre el hallazgo, y él, después de mirar distraídamente el libro, dijo:

—¡Ah, Cornelio Agrippa! Víctor, hijo, no pierdas el tiempo en un libro plagado de necedades.

Si en lugar de proferir esta exclamación, mi padre me hubiera contado que los principios de Agrippa ya habían sido superados por la ciencia moderna, yo habría arrojado el libro lejos de mí; pero la poca curiosidad que él había demostrado por el libro me convenció de que desconocía su contenido, así que lo leí con avidez.

47 **Bellrive** es una comuna suiza, cercana a Ginebra, situada en la ribera izquierda del lago Leman.

48 **Hosco** significa de carácter áspero e intratable.

49 **Thonon** es una población francesa de la región de Ródano-Alpes, cercana a la frontera con Suiza.

50 Se llama **posada** a un establecimiento donde los viajeros pueden encontrar comida, bebida y alojamiento sencillos.

51 **Cornelio Agrippa** von Nettesheim (1486-1535) fue un famoso escritor erudito y filósofo alemán. En su obra principal, *De occulta philosophia libri tres* (1531) recogió todo el conocimiento medieval sobre magia, astrología, alquimia, medicina y filosofía natural, y lo respaldó teóricamente.

Al volver a casa, me procuré las obras completas de Agrippa, así como las de Paracelso[52] y las de Alberto Magno.[53] Me zambullí en las alocadas fantasías y quimeras[54] de esos autores y creí ser uno de los pocos mortales con la fortuna de conocerlas. Sentía que, frente a mí, se encontraban los libros y los hombres que habían llegado más lejos que yo, y que me superaban en sabiduría. Me convertí, de algún modo, en su discípulo, aunque esto suene extraño en pleno siglo xviii.[55] Mientras me aburría con la rutina de mis cursos normales en la escuela de Ginebra, soñaba con lo extraordinario. Me interné de lleno en la búsqueda de la piedra filosofal[56] y del elixir de la vida, siendo este último el que ganó mi predilección. Me obsesionaba la gloria que podía alcanzar si liberaba a la humanidad de todas las enfermedades y de la misma muerte, salvo la producida por la violencia.

No me limitaba solo a estas visiones. El dominio de los espíritus y los demonios era algo que mis autores prometían y que yo deseaba conseguir. Si mis experimentos fracasaban, lo atribuía a mi falta de experiencia y no, a las teorías de mis maestros. Así, almacené gran cantidad de conocimientos disparatados y hasta contradictorios, guiado por mi ardiente imaginación. Finalmente, un día, un simple incidente cambió el curso de mis concepciones.

Tenía quince años cuando una terrible tormenta desató mi curiosidad. Estaba en la casa frente al lago, y yo veía de qué forma todos los rincones del cielo se colmaban de luces. Desde la ventana, observé cómo un roble se convertía en una columna de fuego, a pocos metros de la casa.

A la mañana siguiente, comprobamos que solo quedaba un tronco chamuscado y astillas de madera alrededor. El árbol estaba destruido. Antes de este hecho, yo sabía algo acerca de los fenómenos eléctricos; pero quiso la casualidad que, entre los vecinos, se hallara un hombre muy versado en las ciencias naturales y que nos explicó una teoría que él mismo había deducido al observar los

52 Teofrasto **Paracelso** (1493-1541) fue un alquimista, médico y astrólogo suizo, conocido por intentar la transmutación del plomo en oro.

53 **Alberto Magno** (1193-1280) fue un destacado teólogo, filósofo y hombre de ciencia alemán.

54 Una **quimera** es una idea que se propone a la imaginación como posible sin serlo.

55 El personaje se deslumbra por teorías y conocimientos de la época medieval plenamente superados en su tiempo.

56 Los alquimistas, primitivos químicos medievales, intentaron transformar los metales comunes en oro y plata, y experimentaron formas de prolongar la vida humana. Bajo las enseñanzas del antiguo filósofo griego Aristóteles, pensaban que todas las cosas tendían a la perfección e intentaron descubrir una sustancia más perfecta que el oro: la famosa **piedra filosofal**, capaz de transformar los metales en oro.

problemas de la electricidad y del galvanismo.[57] La teoría era nueva y asombrosa para mí y oscureció en gran medida a Cornelio Agrippa, Alberto Magno y Paracelso, mis antiguos ídolos. Los desprestigió hasta tal punto que dejé de estudiarlos. Todo lo que ellos enseñaban me sonaba ahora a engendros[58] de lo que pretendía ser una ciencia y apenas eran delirios. Me lancé al estudio de las matemáticas y sus derivaciones, estimándolas como las únicas ciencias dotadas de una base cierta. Si miro para atrás, pienso que este cambio de inclinaciones fue una insinuación de mi ángel guardián, un esfuerzo último para encarrilarme y que no fuera arrastrado por la tempestad que se avecinaba en mi vida.

El abandono de mis antiguos estudios me tranquilizó y terminé por identificarlos con el mal; pero el destino, demasiado potente, había decidido ya mi total destrucción.

CAPÍTULO III

Cuando cumplí diecisiete años, mis padres decidieron que continuara mis estudios en la universidad de Ingolstadt.[59] Mi padre consideró necesario que mi formación incluyera las costumbres de otro país. Poco antes de mi partida, sin embargo, aconteció una desgracia, convirtiéndose en un ejemplo de lo que más adelante serían mis sufrimientos.

Elizabeth cayó enferma de fiebre escarlatina,[60] y su estado era tan grave que nos hizo temer por su vida. Mi madre, a pesar de nuestras súplicas, terminó por no separarse de la cabecera de la cama de su predilecta y, en tanto que Elizabeth logró reponerse, ella se contagió al poco tiempo, de un modo fulminante. Un día, luego de que se retiraron los doctores con gesto adusto, unió mis manos a la de Elizabeth y, en su lecho de muerte, nos dijo:

57 Se conocía como **galvanismo**, en las ciencias físicas y biológicas de la época, a la teoría del fisiólogo italiano Luigi Galvani (1737-1798) según la cual el cerebro de los animales producía electricidad que era transferida por los nervios, acumulada en los músculos y disparada para producir el movimiento de los miembros. Esta teoría recorrió las universidades europeas, bajo la creencia de que, por medio de la electricidad, podrían sanarse enfermedades y reanimar cuerpos muertos.

58 En este caso, el personaje llama **engendros** a teorías científicas mal concebidas o disparatadas.

59 **Ingolstadt** es una ciudad de la zona sur del centro de Alemania que fue, desde 1472 hasta 1800, la sede de una célebre universidad.

60 La **escarlatina** es una enfermedad infecciosa y contagiosa, de gran riesgo en la época ya que no se conocían los antibióticos.

—Mis queridos hijos, mis esperanzas de felicidad estaban puestas en su matrimonio. Esta esperanza será ahora el consuelo de su padre. Elizabeth, querida mía, encárgate del cuidado de los pequeños... ¡Siento mucho tener que separarme de vosotros! Pero sé que nos reuniremos en un mundo mejor.

¡Cuánto dolor! Es inútil describirlo y, aun así, la vida continuaba. Nuestro deber era seguir con las ocupaciones, junto con los demás, y aprender a ser felices hasta que la muerte nos llevara también con ella.

Mi partida para Ingolstadt se aplazó dos semanas gracias a mi padre, quien comprendió lo doloroso que resultaba para mí ser lanzado al torbellino de la vida después de que la muerte hubiera visitado mi casa. Me desesperaba dejar a mis hermanos menores sin que acabaran de consolarse y, en especial, a Elizabeth, quien intentaba animarnos a todos. Jamás me pareció tan encantadora como entonces.

El día de mi despedida vino Clerval a saludarme. Había intentado sin éxito convencer a su padre para ser mi compañero de estudios; el hombre, un comerciante de miras estrechas, pretendía que su hijo continuara su negocio, eliminando de su futuro toda otra aspiración. Henry sufría esto, pero un brillo en sus ojos me demostró que no se dejaría encadenar a la rutina de un comercio; su sed de vivir grandes aventuras lo impulsaría a rebelarse, sin duda.

Me despedí de mi padre, de Elizabeth y de mi amigo, y salté al carruaje que me llevaría. Ya en mi asiento, supe que me alejaba de un mundo amable y protegido, y que, en la universidad, iba a encontrarme solo; allí tendría que cuidar de mí mismo. Adoraba a mis hermanos, a Elizabeth y a Clerval, y eso me hacía sentir rechazo hacia lo nuevo, y a la compañía de otros seres que no fueran ellos. En el trayecto, sin embargo, me reconfortó pensar que iba a adquirir más conocimientos.

Siempre tuve la ambición de destacarme entre los demás, y sentía que mis aspiraciones iban camino de realizarse.

A la mañana siguiente, entregué las cartas de recomendación que tenía en mi poder y visité a los principales profesores. El señor Krempe, profesor de Ciencias Naturales, era de modales toscos,[61] pero conocía los secretos de su ciencia. Cuando me preguntó sobre mis intereses previos, le conté de mi interés ya muerto sobre los grandes alquimistas. El profesor me contestó, enojado:

—Usted perdió el tiempo con muchos disparates. Llenó su memoria con datos de nombres y sistemas caducos por completo. ¡Dios mío! ¿En qué desierto vivió para no encontrar a nadie que le dijera que todo eso que estudió tiene miles de años de antigüedad y que son teorías no solo viejas, sino absurdas? Nunca pensé que en este siglo me encontraría yo con un discípulo de Alberto Magno y de Paracelso. Hijo mío, tendrá que empezar usted por el principio.

Me entregó una lista de obras sobre Ciencias Naturales para que las comprase. Antes de irse, me confió que empezaría sus clases la semana siguiente, mientras que su colega, el señor Waldman, dictaría lecciones de química en días alternos.

No me descorazoné por sus palabras; de hecho, los autores que me recomendó ya eran conocidos por mí y me había aburrido con ellos. No estaba ansioso por empezar las clases: el señor Krempe era pequeño, grueso, de voz áspera y apariencia poco agradable.

La verdad es que, siendo todavía un niño, no me habían bastado los resultados prometidos por las modernas doctrinas en esta rama científica y, así, por causa de una confusión atribuible a mi poca experiencia y a mi juventud, permuté los descubrimientos más modernos por los sueños olvidados de los alquimistas. Me decía que los científicos deberían dedicarse a la búsqueda de la inmortalidad y del poder. Según mi parecer, los antiguos, aunque habían fracasado en todo, tenían grandeza de espíritu.

61 Toscos significa groseros o faltos de educación.

A la siguiente semana, en primer lugar, asistí a una clase del señor Waldman, a quien no conocía todavía. Era distinto del señor Krempe. Tendría cincuenta años de edad y parecía un hombre bondadoso, ya maduro, de andar firme y erguido. Su conferencia comenzó con una recapitulación de la historia de la química y de los diversos descubrimientos realizados por los hombres de ciencia más relevantes. Habló luego del estado actual de la ciencia y, al terminar, hizo un elogio de la química moderna, con palabras que nunca podré olvidar:

—Los antiguos maestros de esta ciencia prometieron lo imposible, y sus experiencias prácticas fueron nulas. Por ello, los científicos modernos prometen muy poco. Saben que los metales no pueden transformarse y que el elixir de la vida es una simple quimera. Sin embargo, estos sabios realizaron verdaderos milagros, hurgando en el crisol[62] o en el microscopio. Descubrieron la circulación de la sangre y la composición del aire que respiramos, y alcanzaron un poder nuevo y casi ilimitado. Son capaces de dominar el rayo, imitar los terremotos y burlar el mundo invisible con sus propias sombras.

Estas palabras tan sabias iban a conducirme a mi propia destrucción.

Tocaron, una a una, todos los resortes que formaban el mecanismo de mi cuerpo. No tardé en ser poseído por un único pensamiento, un propósito, una meta: "Si se ha llegado a tanto, conseguiré más, mucho más. Aprovecharé los caminos ya trazados, exploraré otros y estudiaré fuerzas desconocidas para revelar todos los misterios de la creación".

Aquella misma tarde visité al profesor en su hogar. Le hablé de mis anteriores estudios, y me escuchó con atención. Sonrió al oír los nombres de Cornelio Agrippa y Paracelso, pero sin asomo de impaciencia o desprecio; en una actitud por completo diferente de la del señor Krempe. Les reconoció a aquellos hombres haber sido inspiradores de los sabios modernos y, luego de elogiarlos, concluyó:

62 Un crisol es un recipiente hecho de material refractario, que se emplea para fundir alguna materia a temperatura muy elevada.

—Un hombre de genio, por equivocado que esté, siempre dejará un aporte, un conocimiento beneficioso para la humanidad.

Le confesé que, gracias a su conferencia, había sacado de mi mente los prejuicios que albergaba contra los químicos modernos y le rogué que me aconsejara sobre los libros que debía procurarme. El señor Waldman me dijo:

—¡Entonces gané un discípulo hoy! Me siento dichoso. Veo talento en usted y le digo que la química es importante, pero no se limite a ella, ya que es solo una porción del conocimiento humano. Le aconsejo que estudie todas las ramas de las ciencias naturales y, también, las matemáticas.

Así me indicó todo aquello que debía obtener para mi trabajo y me mostró su laboratorio. Prometió ofrecerme su propio material cuando yo hubiera avanzado lo suficiente y me dio una lista de los libros más importantes.

Así terminó un día memorable, el que habría de decidir mi destino.

CAPÍTULO IV

A partir de aquel día, las ciencias naturales y más particularmente la química, se convirtieron en mi única ocupación. Leía libros, asistía a conferencias y frecuentaba la compañía de los profesores de la universidad. Incluso, el señor Krempe se me reveló como un hombre ecuánime[63] y de gran conocimiento, atributos que sus bruscas maneras me habían impedido apreciar en un principio. En el señor Waldman, encontré a un buen amigo, gentil y nunca dogmático.[64] Sus indicaciones eran francas y cordiales, y se preocupó de clarificar mis dudas.

Mis progresos fueron rápidos. Me convertí en el asombro de mis compañeros y de los profesores. Pasaron dos años,

63 Una persona **ecuánime** es estable y de juicio prudente.
64 Las personas **dogmáticas** quieren que sus creencias o sus ideas sean tenidas por verdades absolutas.

durante los cuales no hice ningún viaje a Ginebra. Quien no haya experimentado la seducción que ejerce la ciencia, jamás comprenderá su tiranía. En la investigación científica, siempre se puede llegar un poco más lejos que otros, siempre se puede avanzar un paso más, y yo estaba absorto con los experimentos. Entre mis logros, había descubierto algunos métodos para perfeccionar ciertos instrumentos químicos, que me valieron la consideración general. Llegué a un punto en que mis conocimientos no podían aumentar si permanecía en la universidad de Ingolstadt. Había decidido volver a ver a los míos, cuando se produjo un incidente que me hizo renunciar a la visita.

Siempre me había interesado por la composición del cuerpo humano y la de los seres vivos en general. Me preguntaba de dónde se originaba el principio de la vida. Era un interrogante osado,[65] cuya respuesta seguía siendo una incógnita. Me dediqué al estudio de la anatomía, pero esto no me bastó, y me vi obligado a concentrarme en el estudio de la descomposición del cuerpo humano después de la muerte. Gracias a la educación dada por mi padre, no tenía yo prejuicios sobrenaturales. Un cementerio era para mí tan solo un lugar donde se depositan los cuerpos humanos privados ya de vida, para ser pasto de los gusanos. Para ver las causas y las etapas de esta descomposición, me veía obligado a estar días enteros en osarios y panteones.[66] Comprobé cómo la belleza y la armonía de los cuerpos se corrompían hasta convertirse en despojos despreciables, cómo el color de las mejillas era sustituido por la palidez de la muerte y cómo un simple gusano se alimentaba de las maravillas que son el ojo y el cerebro. Analicé con todo detalle las causas por las que se produce el paso de la vida a la nada y de la muerte a la vida, hasta que de aquella oscuridad salió una luz que iluminó mi espíritu, desconcertándome, como es lógico, al saberme el único descubridor de un secreto perseguido con avidez por tantos hombres de genio.

65 **Osado** significa audaz o atrevido.
66 En las iglesias o los cementerios, el **osario** es el lugar destinado para reunir los huesos que se sacan de las sepulturas a fin de volver a enterrar en ellas, y los **panteones**, monumentos funerarios destinados a enterramiento de varias personas.

Debo recordar que no estoy loco y que lo que digo es tan cierto como el sol que brilla en los cielos. Aunque aquello podía ser el resultado de un misterio, y yo haberlo descubierto por un milagro, lo cierto es que las etapas que recorrí para llegar a ello, podían ser demostradas una tras otra.

Después de días y noches de trabajo sin reposo, conseguí descubrir las causas que generan la vida, y todavía más, me sentí capaz de dar vida a una materia inanimada.

Pasé del asombro a la alegría desbordante. Había llegado a la cima y me obnubilé,[67] solo vi el resultado y olvidé los pasos que di hasta llegar a él. Cuando me repuse de la sorpresa, comprendí que era poseedor de un poder enorme y dudé sobre cuál sería la mejor forma de utilizarlo. Por mucho que poseyera el poder de dar vida a lo inanimado, llegar a conseguirlo en un cuerpo, con todo lo que su complicado sistema de nervios, músculos y venas presupone, requería un esfuerzo inconcebible, fuera de mi alcance. Dudé de intentar el experimento en mi propio cuerpo o en un organismo más sencillo, pero mi imaginación estaba tan exaltada por mi primer éxito que terminé por suponer que daría vida a un ser tan complejo y bello como el hombre. Tenía materiales apenas suficientes para la tarea que me proponía y, sin embargo, ni por un momento dudé del éxito.

Así fue que me lancé a la creación de un ser humano. Debido a que algunas partes del cuerpo son de dimensiones mínimas, para progresar con mayor rapidez, resolví hacer un ser de proporciones gigantescas, que midiese ocho pies de alto.

Luego de tomar esta determinación, pasé unos meses dedicado a preparar lo necesario para comenzar la tarea.

Es imposible describir la diversidad de los sentimientos que me arrastraban, baste con decir que la vida y la muerte se me antojaban límites que yo iba a destruir. Nuevas especies me bendecirían como su creador, y otras me agradecerían la excelencia del ser que yo iba a darles. Sería un padre

67 **Obnubilarse** es confundir la razón o los sentimientos.

After days and nights of incredible labour and fatigue, I succeeded in discovering the cause of generation and life; nay, more, I became myself capable of bestowing animation upon lifeless matter.

Después de días y noches de trabajo sin reposo, conseguí descubrir las causas que generan la vida, y todavía más, me sentí capaz de dar vida a una materia inanimada.

rodeado de la gratitud de sus hijos... ¡En el futuro, daría nueva vida a los cuerpos muertos! Largas noches en vela, el esfuerzo incesante, acabaron por hacerme adelgazar demasiado. Cuando creía haber alcanzado el éxito, caía en el más rotundo fracaso y seguía adelante, convencido de mi resultado. Era dueño de un secreto que se había convertido en el único fin de mi existencia, y la luna era la compañera de mis arduos trabajos nocturnos, llevados a cabo en el más riguroso hermetismo.[68] Me salpicaba con el barro de las tumbas, torturaba a algún animal vivo para pasar su vitalidad a la materia inerte. Pienso ahora en ello, y el vértigo me domina, pero entonces me animaba un impulso frenético. Había perdido la capacidad de sensibilizarme para todo aquello que se alejara de mi objetivo. Fue, sin embargo, un período transitorio y sirvió para excitar más mi susceptibilidad[69] cuando, pasada la causa anormal que lo había provocado, recuperé mi antiguo modo de ser.

Profané sepulcros en busca de huesos, violé con mis sacrílegos[70] dedos los secretos más profundos de la constitución del hombre... En una solitaria habitación tenía mi taller. En lo alto de la casa donde vivía, separado de los demás por un pasadizo y una escalera, me dediqué al repugnante estudio de los materiales que obtenía, muchos de ellos provenientes de la sala de disección[71] y del matadero. A veces no podía dominar el asco que aquel trabajo me producía, pero no me detuve.

Transcurrió el verano, rico en cosechas, con viñedos desbordantes, pero no fui capaz de admirar tanta belleza; olvidé a mis amigos también, porque me había entregado en cuerpo y alma a mi propósito. Las palabras de mi padre al despedirse no se me borraban de la mente:

"Sé muy bien que mientras estés satisfecho de ti mismo pensarás en nosotros y nos enviarás noticias con regularidad. Así pues, perdonarás que considere cualquier retraso en tu correspondencia como signo evidente de que has olvidado todas tus otras obligaciones".

68 El hermetismo implica un secreto impenetrable o un lugar totalmente cerrado.
69 En este caso, susceptibilidad significa extrema sensibilidad.
70 Las manos del personaje realizan actos sacrílegos porque profanan los cuerpos de personas muertas.
71 En la sala de disección se cortan o dividen en partes cadáveres para su examen.

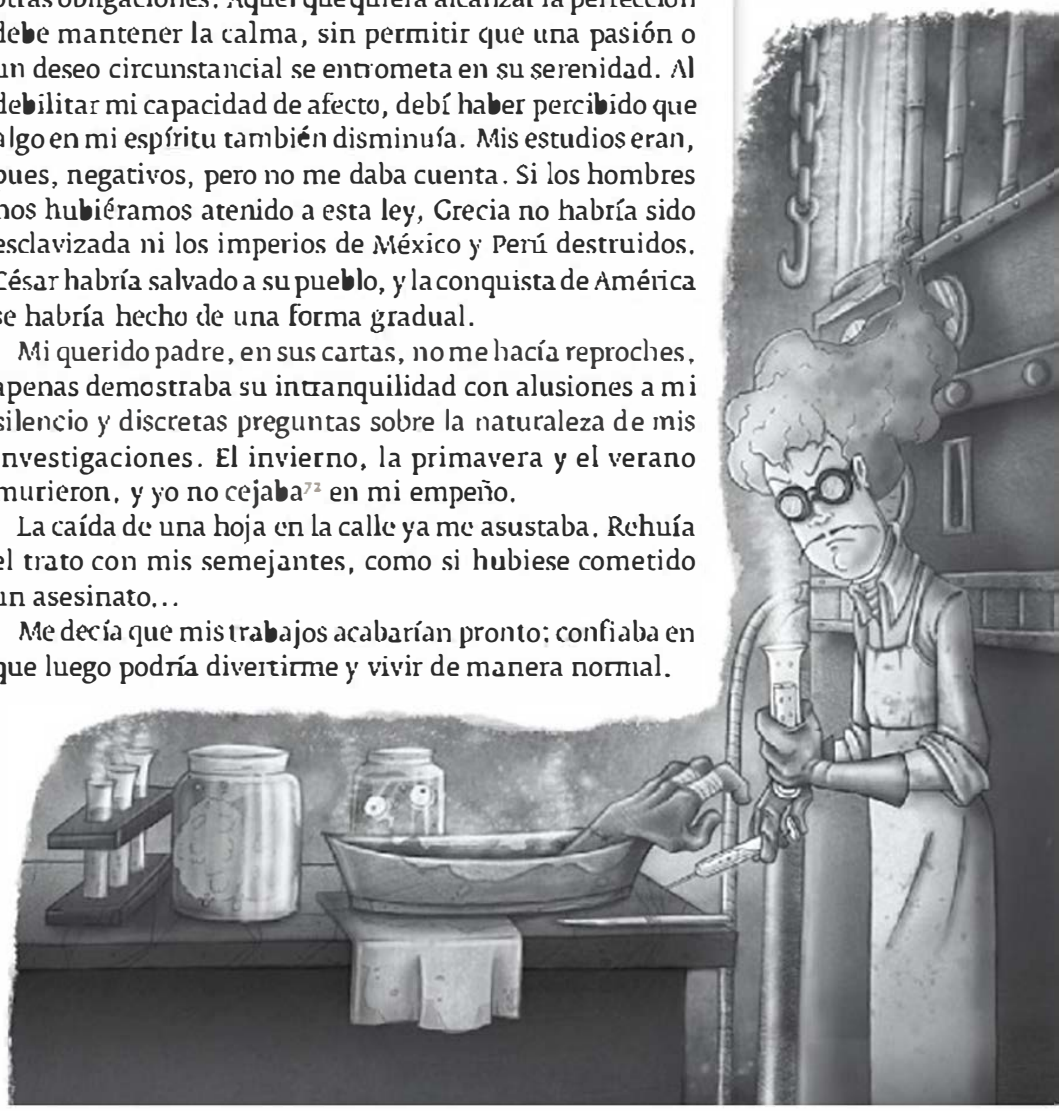
Por lo tanto, no me cabía la menor duda sobre lo que pensaría mi padre acerca de mí en aquellos momentos. Pero me era imposible distraerme del odioso trabajo en mi taller y retrasaba todo lo referente a mis sentimientos hasta tanto no hubiera alcanzado el gran objetivo. Hoy estoy convencido de que mi padre tenía razón, por lo menos en parte, en hacer la relación entre las cartas y mis otras obligaciones. Aquel que quiera alcanzar la perfección debe mantener la calma, sin permitir que una pasión o un deseo circunstancial se entrometa en su serenidad. Al debilitar mi capacidad de afecto, debí haber percibido que algo en mi espíritu también disminuía. Mis estudios eran, pues, negativos, pero no me daba cuenta. Si los hombres nos hubiéramos atenido a esta ley, Grecia no habría sido esclavizada ni los imperios de México y Perú destruidos. César habría salvado a su pueblo, y la conquista de América se habría hecho de una forma gradual.

Mi querido padre, en sus cartas, no me hacía reproches, apenas demostraba su intranquilidad con alusiones a mi silencio y discretas preguntas sobre la naturaleza de mis investigaciones. El invierno, la primavera y el verano murieron, y yo no cejaba[72] en mi empeño.

La caída de una hoja en la calle ya me asustaba. Rehuía el trato con mis semejantes, como si hubiese cometido un asesinato...

Me decía que mis trabajos acabarían pronto; confiaba en que luego podría divertirme y vivir de manera normal.

72 **Cejar** es aflojar o ceder en un negocio, empeño o discusión.



How can I describe my emotions at this catastrophe, or how delineate the wretch whom with such infinite pains and care I had endeavoured to form?

Quisiera poder describir las emociones que hicieron presa en mí ante semejante catástrofe, o tan solo dibujar al ser despreciable que tantos esfuerzos me había costado formar.

CAPÍTULO V

Una triste noche del mes de noviembre pude, por fin, ver realizados mis sueños. El reloj había dado la una de la madrugada, y la lluvia caía quedamente en los cristales de mi ventana. Con ansiedad casi agónica, dispuse todos los instrumentos necesarios para infundir vida en el ser inerte[73] que reposaba a mis pies. De pronto, los ojos de la criatura se abrieron; respiró hondo, y sus miembros se agitaron. Luego, comenzó a estremecerse, a agitarse en convulsiones.

Quisiera poder describir los sentimientos que hicieron presa de mí ante semejante catástrofe, o tan solo dibujar al ser despreciable que tantos esfuerzos me había costado formar.

Aquella criatura que yo había soñado bella... ¡santo cielo! Si bien sus miembros eran proporcionados a su talla, la piel era enfermiza y amarillenta; apenas lograba cubrir la red de músculos y arterias; su cabello, negro y abundante, era lacio; sus dientes mostraban la blancura de las perlas... Sin embargo, esta mezcla no conseguía, sino poner más de manifiesto lo horrible de sus vidriosos ojos, de color blanco sucio como sus cuencas, y de todo su rostro arrugado, donde se destacaban los labios finos y oscuros. Durante dos años me había esforzado por dar vida a este ser inmundo; ahora que lo conseguía, la realidad caía sobre mí. Incapaz de soportar la visión de aquella obra repugnante, huí del taller a mi dormitorio.

Durante horas, intenté en vano dormir.

Cuando por fin el cansancio me venció, tuve horribles pesadillas. Creí ver a Elizabeth desbordante de salud, paseando por las calles de Ingolstadt; yo, sorprendido y feliz iba a abrazarla, pero, cuando besaba sus labios fríos, su cara palidecía como la de un muerto, y su cuerpo se convertía en el de mi propia madre, envuelta en su sudario, por el que corrían los gusanos. Desperté horrorizado, tembloroso. Y entonces surgió él: el engendro[74] que yo

73 Inerte significa sin vida.

74 En este caso, engendro significa criatura informe que nace sin la proporción debida.

había creado, quien apartó las cortinas de mi cama y se quedó mirándome.

Abrió su boca y emitió unos sonidos, mientras una mueca espantosa contraía sus mejillas. Una de sus manos se extendía hacia mí, pero de un salto logré escapar hasta el patio, escaleras abajo. Allí, pasé el resto de la noche, dando vueltas, atento al menor ruido, sin poder creer que había dado vida a un cadáver demoníaco, a un miserable monstruo. ¡No hay ser sobre la tierra capaz de soportar la visión de aquel rostro! Mientras no estaba terminado, me hacía la ilusión de que la vida lo dotaría de una belleza celestial, sin embargo, se transformó en algo tan horrible que ni el mismo Dante hubiera sido capaz de imaginarlo en su descenso a los infiernos.[75]

Pasé la noche más amarga de mi vida.

Al día siguiente, en cuanto el portero abrió las puertas del patio, me lancé a la calle con paso rápido para alejarme del monstruo, al que creía ver en cada esquina. Solo tenía un plan: alejarme y alejarme de mi casa, del monstruo y no me preocupaba la llovizna que, de pronto, fue lluvia y me empapó. Enfermo de pánico, no volví la cabeza atrás. Recordé unos versos de Coleridge:[76]

Como aquel que en el camino solitario
avanza lleno de miedo y temor,
y tras mirar atrás sigue marchando
sin ya nunca volver la cabeza
porque sabe que un horrible enemigo
muy cerca, a su espalda, le acecha

En una posta de diligencias,[77] contemplé un coche que se dirigía a mí desde el otro extremo de la calle: era la diligencia de Suiza. Se detuvo cerca y, al abrirse la puerta, reconocí a quien descendía: ¡mi amigo Henry Clerval!

—¡Querido Frankenstein! —gritó al reconocerme—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Qué agradable sorpresa encontrarte justo en el momento de mi llegada!

75 Dante Alighieri (1265-1321) fue un poeta y pensador político italiano. En la primera parte de su obra fundamental, la *Divina Comedia*, narra el descenso del autor al Infierno, acompañado del poeta latino Virgilio. Dante describe el Infierno como un cono con la punta hacia abajo y nueve círculos en los que, según la gravedad de los pecados cometidos en vida, los condenados son sometidos a terribles castigos.

76 Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), poeta, crítico y filósofo inglés, líder del movimiento romántico en Inglaterra.

77 Se llamaba posta al conjunto de caballos preparados o apostados en los caminos a distancia de dos o tres leguas para que los correos y los viajeros fueran con rapidez de una parte a otra.

Nada en el mundo podía complacerme más que ver a Henry. Su presencia me trajo el recuerdo de Elizabeth y de mi padre. Lo recibí de la mejor manera que pude y, juntos, nos dirigimos a la universidad, mientras Clerval me contaba de la felicidad que sentía al haber sido autorizado a venir a Ingolstadt.

—Me resultó difícil convencer a mi padre de que no todo el saber está incluido en la contabilidad. En realidad, no lo convencí del todo, pero, por amor a mí, me permitió emprender este viaje de exploración al país de la sabiduría.

—¿Y cómo están mis hermanos, Elizabeth y mi padre? —le pregunté.

—Muy bien, contentos, aunque algo inquietos por la falta de noticias tuyas. A propósito de eso, te echaré un sermoncito[78] a título personal...

Entonces, se detuvo para mirarme fijamente a la cara; y prosiguió:

—¡Qué mal aspecto tienes! Estás delgado y pálido, das la impresión de que pasaste noches en vela.

—Acertaste. Estudié un tiempo con mucho ahínco y no descansé lo suficiente. Pero acabo de terminar estos estudios y, ahora, me considero libre.

Todavía temblaba como una hoja al recordar los acontecimientos de la noche, pero no quise hablarle de eso a mi amigo. Solo cuando estaba cerca de la Universidad comencé a interrogarme con espanto. ¿Estaría el monstruo esperándome en mi habitación? La idea de que Henry lo viese me resultaba intolerable. Al llegar, le rogué que me esperase y me lancé escaleras arriba. ¡La habitación estaba vacía! Aliviado, corrí por mi amigo, y desayunamos juntos. No podía disimular mi alegría, no podía quedarme quieto ni un momento; y me puse a saltar por encima de las sillas con aplausos y carcajadas. Clerval creyó que eran festejos por su llegada, pero, luego, mi risa alocada lo asustó.

—Querido Víctor —preguntó—. ¿Qué es lo que ocurre? ¡Por Dios, no te rías de ese modo! ¿A qué se debe todo esto?

78 Un sermón es una amonestación o reto insistente y largo.

—¡No me preguntes! —grité. Enseguida, creí que el monstruo entraba en la habitación para atacarme.

—¡Él puede explicarte todo! —dije, señalando al aire, presa de mis delirios, hasta que caí en tierra.

¡Pobre Clerval! ¡Qué dolor habrá sentido al ver a su amigo tan enfermo! Perdí el conocimiento y tardé mucho tiempo en recobrarlo.

Padecí unas fiebres que me retuvieron en cama algunos meses, durante los cuales Henry me cuidó con esmero. Más tarde, supe que ocultó mi enfermedad a mis seres queridos, dada la avanzada edad de mi padre, que le impedía realizar viajes largos, y para no entristecer a Elizabeth. Él mismo confió en que me curaría, y así fue. De no haber sido por sus cuidados, no hubiera recuperado jamás la salud.

La figura del monstruo estaba siempre presente, y esta visión me hacía delirar. Aunque al principio Henry lo atribuyó a los desvaríos de la fiebre, debido a que yo siempre volvía sobre el mismo tema, se convenció de que en todo aquello se escondía un secreto insólito y horrible. Pero el asunto es que me recuperé y, con la salud, volvió la alegría.

—Querido Clerval... ¡qué buen amigo has sido para mí! En lugar de estudiar, pasaste el invierno cuidándome. ¿Cómo puedo pagarte tantos desvelos y sacrificios?

—El mejor pago que puedes hacerme es reponerte del todo, pero, ya que estás de tan buen ánimo, quiero hablarte de algo —repuso él.

Al oírlo temblé: ¿acaso se referiría a lo que yo no quería recordar?

—Cálmate, es solo para pedirte que le escribas una carta a tu padre y a tu prima. Ellos no saben cuán grave era el estado en que te hallabas, pero tu largo silencio les preocupa mucho —me rogó.

—¡Solo se trata de eso! Claro que sí... ¡ellos son todo para mí! —respondí con alivio.

—Entonces te alegrará leer una carta que lleva aquí algunos días, enviada, al parecer, por tu prima.

CAPÍTULO VI

Elerval puso en mis manos aquella carta, escrita por Elizabeth y que decía lo siguiente:

Ginebra, 18 de marzo de 17...

Mi muy querido primo: sé que has estado enfermo y ni siquiera las numerosas cartas que nos envió Henry aliviaron mi preocupación por ti. Sé también que no te han permitido escribir, pero una sola palabra de tu puño y letra bastaría para dejarnos tranquilos. Durante días y días esperé en cada correo la llegada de tus cartas. Varias veces convencí a mi tío de que no emprendiera el viaje a Ingolstadt, debido a su edad... ¡y cuántas otras veces sentí el deseo de hacerlo yo!

Cúrate pronto y vuelve con nosotros; aquí encontrarás un hogar feliz y seres que te amaron siempre. La salud de tu padre es excelente, y su único deseo es verte, porque solo de esa forma podrá convencerse de que estás curado. Tu hermano menor, Ernest, tiene ya dieciséis años, y su sueño es entrar en el ejército, en el Servicio Exterior; está lleno de optimismo y quiere ser un buen ciudadano suizo. Pero no lo dejaremos ir hasta que tú no hayas regresado a casa. A mi tío, le desagrada la carrera militar en un país extraño, pero Ernest no ha demostrado ser amigo del estudio, como tú; ni tiene por asomo tu capacidad. Si le permitiéramos satisfacer sus gustos, se lo pasaría vagabundeando entre las montañas o remando en el lago. No hay más cambios aquí que el crecimiento de los niños. El lago sigue tan azul y las montañas tan nevadas. Mis ocupaciones me absorben, y me siento compensada cuando veo alrededor caritas felices y sonrientes. Sin embargo, sí hubo un cambio en nuestra casa. ¿Recuerdas el motivo por el que entró a nuestro servicio Justine Moritz? Es probable que tu memoria flaquee, así que te ayudo a recordar: la madre de Justine era viuda y tenía cuatro hijos. Justine era la tercera y la favorita de su padre, aunque a la muerte de éste, su madre empezó a maltratarla. Mi tía se dio cuenta y, cuando la pequeña cumplió doce años, persuadió a su madre para que la dejara vivir con nosotros. Estarás de acuerdo en

que las instituciones republicanas de nuestro país tienen la virtud de mantener costumbres más sencillas que en las monarquías de naciones vecinas. No es lo mismo ser sirviente en Ginebra que serlo en Francia o en Inglaterra. Así que, cuando Justine vino a nuestra casa, aprendió los deberes de una sirvienta, pero eso no significó que se la tratara con dureza o se la dejara permanecer sin educación.

Recordarás que la pequeña Justine era tu favorita. Solías decir que, cuando estabas de mal humor, te bastaba mirarla para alegrarte. Mi tía también la apreciaba mucho y, por ello, decidió darle una educación todavía mejor de la que tenía pensada.

Cuando la tía murió, la pena que sentíamos nos hizo distraer nuestra atención de Justine, quien durante su enfermedad la cuidó. Pero esto fue el comienzo de sus desgracias, pues fue perdiendo a sus hermanos, uno tras otro. Así las cosas, su madre terminó sola con la hija que tanto había maltratado. Los remordimientos le hicieron pensar a la mujer que la muerte de sus hijos había sido en castigo a su actuación con Justine. Su confesor de la iglesia católica parece que le confirmó esa idea. En resumen, que su madre la reclamó y... ¡pobrecita! ¡Cómo lloraba al separarse de nosotros! La madre era terriblemente inestable: a veces le suplicaba que la perdonara por sus malos tratos y, luego, la culpaba por la muerte de sus hermanos. Tanto veneno que la corroía por dentro terminó por minar la salud de la señora Moritz. La pobre desgraciada murió al comenzar el invierno, y Justine regresó con nosotros. Es muy inteligente y bonita, y la quiero con ternura; además, sus gestos me recuerdan a mi tía, tu querida madre.

En cuanto al pequeño William, el benjamín de la casa, está altísimo para su edad. Parece que ya tuvo dos novias, pero su favorita es Louisa Biron, una preciosa niña de cinco años.

Querido primo, al escribirte, me siento mejor; te di noticias y ahora espero las tuyas. Dile a Henry que le estamos muy agradecidos, y te lo suplico una vez más... ¡escríbenos!

Elizabeth Lavenza

—¡Querida, querida Elizabeth! —exclamé cuando terminé de leer la carta.

Decidí escribirle de inmediato para liberarla de la ansiedad en la que la había sumido.

Cuando salí a la calle otra vez, presenté a Clerval a los distintos profesores, cosa que me costó un gran esfuerzo, pues ahora sentía repulsión por las ciencias naturales. La simple visión de un instrumento de laboratorio repercutía en mis nervios. El señor Waldman me elogió calurosamente por mis progresos en las ciencias, lo cual me infligió una tortura espantosa; pero el discreto profesor, al darse cuenta de que sus palabras me molestaban, cambió de tema. Con seguridad, adjudicó mi malestar a la modestia. Debo decir que Henry, aunque sabía que yo guardaba algo, no me pidió que le contara mi secreto. Yo tampoco quise contárselo, pues temía que esa narración, me hiciera mal.

El señor Krempe no fue tan considerado como el señor Waldman. Sus alabanzas insensibles y estruendosas me hicieron mucho daño:

—¡Este joven nos hizo bajar los humos a todos! —exclamaba— ¡Un mequetrefe[79] que hace pocos años creía en Cornelio Agrippa como si fueran las sagradas escrituras se coloca en la cumbre de nuestra Universidad. ¡De seguir así, los demás ya no tendremos nada que hacer aquí!

Por suerte, luego de decir esto y de creer que sus elogios me asombraban en vez de horrorizarme, comenzó a alabarse a sí mismo y se olvidó de mí.

Clerval quería aprender lenguas orientales, puesto que se sentía atraído hacia la irradiación espiritual que provenía, para él, del Oriente. El persa, el árabe y el sánscrito le apasionaban, y no le costó convencerme para que yo fuera su compañero de estudios. No intenté, como mi amigo, penetrar en los secretos de esas lenguas, no había en mí un espíritu crítico, estudiaba para poder entender los textos, pero sabía que era una actividad temporal. Sin embargo, mi espíritu encontró consuelo al hacerlo.

79 Se llama **mequetrefe** a un hombre entrometido, bullicioso y poco serio.

Pasó el verano, y nosotros seguimos estudiando. Demoré la partida a Ginebra, prevista para el otoño, y, cuando llegó el invierno, los caminos quedaron cubiertos de nieve. De modo que tuve que postergar el viaje hasta la primavera. Esta demora me disgustó porque deseaba ver a los míos; por otra parte, no quería dejar solo a Henry antes de que se hiciera de más conocidos en la universidad.

Era el mes de mayo, y yo esperaba la carta de la que dependía la fecha de mi partida. Por entonces, Henry me propuso una excursión a pie por los alrededores de Ingolstadt, a modo de despedida.

Durante quince días, recorrimos aquellos lugares hermosos, en contacto con la naturaleza, el aire sano, disfrutando de largas conversaciones. Me sentí totalmente recuperado.

¡Querido Henry! Su bondad consiguió que yo volviera a tener un corazón, a ser sensible con los demás luego de haberme zambullido en mi egoísmo de investigador obsesivo. Volví a ser feliz en aquellos paseos, mirando el cielo y los campos reverdecidos. Henry parodiaba a los autores persas y contaba historias que él mismo inventaba; otras veces, me obligaba a entrar en discusiones tan ingeniosas como amistosas.

Volvimos a la universidad un domingo y nos encontramos en el camino con campesinos contentos; la alegría reinaba por doquier, y me contagié de todo aquello.

CAPÍTULO VII

Al llegar a mi cuarto, encontré la siguiente carta de mi padre:

Ginebra, 17 de mayo de 17...

Mi querido hijo: sé que aguardabas esta carta para fijar tu regreso. Al principio, pensé en enviarte unas líneas sin anticiparte nada, pero

luego me di cuenta de que sería una sorpresa cruel para ti. Porque..., ¿no sería una sorpresa atroz volver a casa y encontrarte con nuestros rostros afligidos en lugar de la alegría con que esperas ser recibido? Víctor, no sé cómo decirte la desgracia que estamos padeciendo... ¡William ha muerto! El hijo querido cuyas sonrisas me inundaban de calor y me llenaban de alegría, Víctor, ha sido asesinado. No intentaré consolarte, solo voy a relatarte las tristes circunstancias en las que se produjo tan horrendo drama.

El jueves pasado (7 de mayo), tus dos hermanos, mi sobrina y yo salimos a pasear por Plainpalais.[80] *Era una tarde cálida, y caminamos más de lo previsto. Cuando la noche estaba próxima, nos dispusimos a volver. William y Ernest no estaban a la vista, ya que se habían adelantado en el terreno. Enseguida nos reunimos con Ernest, quien nos dijo que habían jugado juntos un rato hasta que William, simplemente, desapareció.*

Alarmados, comenzamos su búsqueda hasta que cayó la noche y ya no pudimos seguir. Elizabeth esbozó una idea: quizá William, al verse solo, había decidido volver a la casa. Sin embargo, no estaba allí; provistos de antorchas, regresamos Ernest y yo a buscarlo. A las cinco de la mañana, lo encontré tendido en el pasto, sin vida, con las huellas de los dedos asesinos en su garganta.

Lo llevamos a casa, imagínate cómo reaccionó Elizabeth al enterarse. Quise que no viera el cadáver, pero ella insistió y, luego de examinarlo, exclamó: "¡Dios mío! ¡Yo soy la culpable! ¡Yo lo maté!". Después se desmayó, y nos costó reanimarla. Con lágrimas, nos contó que el día anterior William le había rogado que le dejara ponerse una miniatura que pertenecía a su madre, que ella guardaba. William no la tenía cuando lo encontramos, y Elizabeth cree que lo mataron para robarle ese valioso objeto. No tenemos idea de quién cometió el crimen, a pesar de que la búsqueda es incesante. Como sea, la vida de mi hijo no se podrá recuperar jamás.

Querido Víctor, vuelve pronto; solo tú podrás consolar a Elizabeth, que se acusa injustamente de ser la causante de esta tragedia. Te ruego que no guardes sentimientos de venganza en tu corazón para con el asesino; llena tu alma de amor para que las heridas cicatricen y no se abran todavía más. No traigas odio a esta casa enlutada.

Tu afligido padre que te quiere.

Alphonse Frankenstein

80 Plainpalais es uno de los parques más bellos de la ciudad de Ginebra.

Conmovido, tiré la carta sobre la mesa. Henry exclamó:

—¿Qué sucede, por Dios, amigo mío?

—Lee la carta, toma —le respondí.

Henry me dio el único consuelo posible, luego de sus lamentaciones.

—¡Pobre William! Dormirá para siempre junto a su madre. ¡Tan alegre y alborotador como era! ¿Qué clase de criminal puede atreverse a matar una vida tan temprana? El único consuelo cierto es que él está descansando mientras nosotros lloramos. Fue feliz y no conocerá jamás la angustia.

Eso decía Clerval mientras caminábamos para buscar un coche y regresar a Ginebra de inmediato. Tan pronto como los caballos estuvieron listos, me despedí de mi amigo.

Durante el viaje, tuve la sensación horrible de que el resto de mi vida estaría llena de padecimientos y de dolores. Esta profecía, finalmente, se cumplió, pero multiplicada.

Al llegar a Ginebra, las puertas de la ciudad estaban cerradas, así que pernocté[81] en un pueblo pequeño, en las cercanías. El cielo parecía sereno, y tomé la decisión de visitar el lugar del crimen. Crucé el lago en bote para llegar a Plainpalais. Mientras navegaba, vi que sobre el Mont Blanc[82] se preparaba una tormenta. Al desembarcar, subí a una colina para observar mejor el fenómeno meteorológico, pero, luego de unas primeras gotas, un diluvio comenzó a caer.

Bajé para protegerme del agua, en medio de tinieblas. Truenos brutales y relámpagos cegadores me asediaban, entre pasajes de oscuridad y silencio. Invadido por sentimientos de admiración hacia la lucha de los elementos, uní mis manos y dije en voz alta:

—¡William querido! Nadie tuvo nunca un funeral tan grandioso.

Al decir esto, creí ver una figura entre los árboles y me quedé inmóvil. Un nuevo relámpago alumbró a la gigantesca criatura de cuerpo deforme. ¡Allí estaba el

81 **Pernoctar** es pasar la noche en determinado lugar, especialmente fuera del propio domicilio.

82 El **Mont Blanc** o Monte Blanco es el pico más alto de los Alpes suizos.

repugnante y miserable ser creado por mí! Me pregunté si acaso él había matado a mi hermano y me estremecí, porque comprendí que la respuesta era un sí rotundo. La revelación me fulminó. Me apoyé en un árbol, mientras el monstruo desaparecía entre las sombras. Otro relámpago me permitió verlo mientras ascendía las rocas de un monte, hasta que lo perdí de vista, en la cumbre.

Pasé el resto de la noche muerto de frío, empapado, en aquel lugar. Pero no me molestaba la lluvia, sino el horror de haber sido capaz de dotar de vida a un engendro que encontraba placer en matar. Consideré que el culpable de todo era mi propio espíritu encarnado en aquel monstruo, destinado a destruir lo que yo más amaba.

Al amanecer, emprendí el regreso a la ciudad. Luego de mucho dar vueltas con mis reflexiones, comprendí que, de contar la verdad, nadie me creería. ¿Acaso era verosímil decir que, en medio de la tormenta, me había encontrado con un monstruo creado por mí mismo? Además, por lo que vi, la criatura poseía una agilidad asombrosa que le serviría para eludir cualquier persecución. Decidí guardar el secreto.

A las cinco de la mañana entré en la casa; saludé a los criados, les pedí que no despertaran a nadie y fui a la biblioteca para esperar a mis familiares. Allí, contemplando un retrato de mi madre y una miniatura de William, me puse a llorar. Enseguida me saludó Ernest, quien me había oído llegar. Alegre por mi retorno, pero con un trasfondo de tristeza, me dio la bienvenida:

—Querido hermano, lamento que no hubieras venido hace tres meses, cuando todo era alegría aquí; ahora solo podrás compartir nuestra pena. Espero que tu presencia calme el dolor de mi padre y alivie la falsa culpa de Elizabeth.

Emocionado, agregó:

—Más te necesita Elizabeth, dale tu cariño, Víctor. Pretende haber sido la causa de la muerte de William, pero, desde que han descubierto al asesino...

—¿Dices que atraparon al asesino? —no pude contenerme— ¿Cómo puede ser? ¿Cómo es posible encerrar al viento? Yo lo vi anoche, libre.

Ernest, extrañado, respondió:

—No entiendo lo que dices, Víctor. El descubrimiento del culpable no hace otra cosa que sumar dolor a esta familia. Al principio, nadie podía creerlo; Elizabeth aún se resiste, a pesar de las pruebas encontradas. ¿Quién podría suponer que Justine Moritz, tan dulce y apegada, hubiera sido capaz de matar a William?

Enloquecí:

—¡Justine! ¡Pobre muchacha! No es posible, eso es un error.

—Ya te dije, al principio nadie lo creía. Pero una serie de detalles nos convencieron. Hoy mismo será juzgada y podrás verlo con tus propios ojos.

Ernest me contó que, cuando se descubrió el cuerpo de William, Justine cayó enferma y debió guardar cama varios días. Una criada encontró en sus vestidos la miniatura de mi madre que William llevaba colgada al cuello y decidió darle el objeto al juez, sin decir nada a la familia. De inmediato, el juez la mandó a detener. La pobre muchacha adoptó una actitud extraña, que no hizo más que aumentar las sospechas sobre ella.

Sin embargo yo sabía..., ¡yo estaba seguro de que ella era inocente!, y lo grité:

—¡Yo sé quién es el asesino; nuestra querida Justine es inocente!

Mi padre entró en la sala. Hizo lo imposible por recibirme con alegría. Enseguida, Ernest dijo:

—Padre, Víctor dice que conoce al asesino de William.

Mi padre respondió:

—Me temo que todos lo conocemos, y te juro, Víctor, que hubiera preferido no saberlo jamás.

—Pero Justine es inocente, padre —afirmé.

—Hijo mío, si es así, quiera Dios que no sufra como culpable. Hoy será juzgada, y deseo que la declaren inocente con toda mi alma.

Pensé que nadie podría juntar pruebas contra ella y me calmé. Por otra parte, yo no podía divulgar mi versión del crimen, porque nadie la tomaría en serio. Me acusarían de loco y delirante.

Elizabeth bajó de sus habitaciones. Entonces, pude comprobar que el paso del tiempo y los dolores no habían hecho más que acentuar su belleza y el candor de su mirada. Más madura y con la vivacidad de siempre, me dio la bienvenida con el mayor de los afectos. De inmediato me dijo:

—Tu llegada, querido primo, me da esperanzas. Justine es inocente y, tal vez, puedas encontrar la forma de ayudarla. Esto es una desgracia doble: perdimos a William y estamos a punto de perder, de un modo todavía más cruel, a esta pequeña.

—¡Claro que es inocente, Elizabeth! Y voy a probarlo —exclamé.

—No entiendo por qué todos la culpan, eso me asusta, te aseguro.

Mi padre, mientras ella rompía en llanto, agregó:

—Si Justine es inocente, haremos esfuerzos para que el juicio sea imparcial y justo, querida sobrina.

CAPÍTULO VIII

A las once de la mañana, comenzó esa maldita parodia de justicia. Justine era una muchacha buena, llena de cualidades, y, ahora, su vida estaba a punto de ser destruida por mi culpa. Hubiera preferido ser yo el acusado del crimen, pero el día del asesinato estaba lejos de Ginebra, así que aun si me hubiera acusado ante el juez, lo tomarían como un desvarío.

El aspecto de Justine era tranquilo y digno. Vestía de luto, y todos sus rasgos, de por sí atractivos, habían adquirido con los últimos padecimientos una belleza exquisita. No se mostraba asustada, sin duda no concebía la posibilidad de ser declarada culpable. Al vernos en la sala, una lágrima rodó por sus mejillas.

Comenzó el proceso. El fiscal expuso los cargos, y varios testigos confirmaron una serie de hechos aislados que, entretejidos, evidenciaban que Justine era culpable. Salvo para mí, claro, que tenía la prueba indudable de su inocencia. Justine había pasado fuera de casa la noche del crimen. Al amanecer, fue vista cerca de donde estaba el cadáver por una mujer que iba al mercado. Cuando la mujer le preguntó qué hacía allí, Justine respondió con un murmullo ininteligible. A las ocho, entró en la casa y dijo que había estado buscando a William. Cuando le mostraron el cadáver, fue presa de una crisis nerviosa que la dejó en cama.

Entonces surgió el tema de la miniatura de la madre. Elizabeth declaró con voz temblorosa que le había dado esa joya al niño antes de salir de excursión. Un murmullo de horror se extendió en la sala. Justine dijo al respecto:

—Dios es testigo de que soy inocente. Puedo dar una única explicación: la verdad.

Enseguida explicó que, autorizada por Elizabeth, pasó la tarde de aquel día en casa de una de sus tías en Chêne, un pueblo mínimo situado a una legua de Ginebra. A las nueve, cuando volvía, un hombre le preguntó si había visto al niño perdido. Alarmada, comenzó a buscarlo por su cuenta, y se le hizo tarde: las puertas de la ciudad estaban cerradas. Vio la casa de una gente que conocía, pero no se atrevió a llamar y durmió en el pajar, luego de un rato de estar desvelada. Despertó aún de noche y continuó buscando a William, sin imaginar que cerca de allí estaba el cuerpo sin vida del niño.

—Cuando vi a esa mujer, le hablé en forma vaga porque casi no había dormido y estaba consternada por la suerte

The appearance of Justine was calm. She was dressed in mourning; and her countenance, always engaging, was rendered, by the solemnity of her feelings, exquisitely beautiful.

El aspecto de Justine era tranquilo y digno. Vestía de luto, y todos sus rasgos, de por sí atractivos, habían adquirido con los últimos padecimientos una belleza exquisita.

de William. Y, sobre la miniatura, no sé qué decir; no tengo idea de cómo pudo llegar al bolsillo de mi vestido. Si el asesino, para perjudicarme, quiso colocar eso en mi bolsillo, no sé cómo pudo hacerlo. Y tampoco entiendo por qué robaría algo que devolvería al poco tiempo. Confío mi vida a los jueces de este tribunal, pues yo misma no puedo entrever una esperanza. Solo pido a algunos testigos que den fe de mi reputación y, si sus declaraciones no son suficientes, pido ser condenada. Con todo, espero que mi inocencia sea mi salvación ante el Señor.

Pasaron los testigos que la conocían, y todos hablaron bien de ella. No obstante, se notaba que también esa gente la creía culpable del horrendo crimen. Elizabeth, desesperada, pidió hablar:

—Soy la prima del niño asesinado o, mejor dicho, su hermana ya que fui educada por sus padres y viví siempre a su lado. Siento que por cobardía, sus amigos no la han defendido bien. Conozco a Justine, la conozco profundamente. Es bondadosa y, sobre todo, agradecida. Cuidó a la señora Frankenstein con celo cuando estaba muy enferma y lo mismo hizo con su propia madre. Sentía un afecto especial por William y lo cuidaba como si fuera su hijo. A pesar de las pruebas que recaen contra ella, no dudo de su inocencia. No podía sentirse tentada a robar esa joya y menos a llevar a cabo un crimen tal; esa joya, que parece la prueba mayor contra ella, yo misma se la habría regalado si me la hubiera pedido.

La gente aprobó el comentario de Elizabeth, pero esa aprobación estaba dirigida a ella y no a Justine, a quien, por el contrario, se la acusaba ahora de ingratitud, además de asesina. La pobre solo se puso a llorar. Yo no podía creer que el engendro demoníaco no solo hubiera asesinado a mi hermano, sino que además tuviera inteligencia para planear la treta que empujaba a Justine a una muerte ignominiosa. No soporté más y huí de la sala, presa de la angustia y de los remordimientos.

Después de una noche atroz, a la mañana siguiente, supe que los jueces habían decidido condenarla. Más extraño me resultó saber que Justine se había declarado culpable. ¿Qué significaba? ¿Es que mis ojos me habían engañado haciéndome ver a un monstruo inexistente? Cuando volví a casa, me aguardaba Elizabeth, ansiosa. Fue un duro golpe enterarse de la confesión de Justine. Conmocionada, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Cómo puede ser que haya fingido tanta inocencia? ¿Cómo pudo haber sido capaz de...?

Enseguida nos dijeron que Justine pidió, como última gracia, ver a Elizabeth. La acompañé. En la siniestra celda, sentada sobre un montón de paja, estaba la muchacha. Tenía las manos atadas; al vernos, se puso de pie y luego se arrojó a los pies de Elizabeth, quien le reprochó:

—Justine, ya no me queda ni un consuelo. ¿Cómo es que mataste a...?

Desesperada, Justine la interrumpió:

—¿Es que también usted me acusa como si fuera un enemigo? ¿De verdad me condena?

—Querida amiga, si eres inocente ponte de pie. Sabes bien que no soy tu enemiga y que te creía inocente hasta que me dijeron que tú misma te declaraste culpable. Ahora dices que eso es falso, no entiendo.

—Es cierto, confesé el crimen, pero es mentira. Mi consejero no dudó nunca de que yo era la asesina y me presionó para que me declarase culpable, prometiéndome que así lograría la absolución del jurado. ¡Nadie estaba a mi lado para ayudarme! ¡Todos me consideraban un ser depravado[83] destinado a la muerte! Tuve un momento de debilidad, creí que podía salvar mi vida, cedí. Y ahora estoy en una maraña de falsedades todavía mayor... Después que lo hice, pensé con horror que usted podía creer que yo, realmente, había hecho eso. ¡Mi querido William! ¡Mi bendito niño! Me consuela que estaré junto a él en el cielo.

Elizabeth le pidió perdón por haber dudado de ella y se comprometió a salvarla del patíbulo,[84] en una conversa-

83 Un ser **depravado** es vicioso en sus costumbres y malvado, sin corazón.

84 Se llama **patíbulo** al tablado o lugar en que se ejecuta la pena de muerte.

ción tan penosa que me obligó a retirarme al rincón más oscuro del calabozo. Estaba tan angustiado que apreté mis dientes, y estos rechinaron tanto que Justine se volvió hacia mí y me dijo:

—Mi querido señor, qué bueno que haya venido a verme. ¿Usted también cree en mi inocencia?

Desesperado, con la garganta anudada, no podía responder. Fue Elizabeth quien intercedió:

—Justine, él está más convencido que yo de tu inocencia, pues ni siquiera te consideró culpable cuando se enteró de tu confesión.

La desdichada muchacha se deshizo en palabras elogiosas y de agradecimiento. ¡A mí! Si había un culpable, ese era yo. Estuvimos muchas horas con ella, acompañándola.

Al amanecer del día siguiente, fue ajusticiada.

Para los jueces, para todos, ella era una criminal. En vano fueron mis protestas. Yo había provocado la tortura de Elizabeth, la pérdida de la felicidad de mi padre en su vejez, la muerte de William y de Justine. Todo era fruto de mis actos, de mis manos tres veces malditas. Mi familia lloraba sobre las tumbas de las dos primeras víctimas inocentes de mis demenciales obras.

CAPÍTULO IX

Justine había muerto; una calma mortal me invadía después del primer duelo. El peso de los remordimientos me oprimía. Volví a aislarme de los demás, y cualquier manifestación de alegría me resultaba insoportable. Mi padre intentaba animarme, en vano:

—Víctor, tenemos la obligación de esconder tanto sufrimiento para no aumentar el de los que nos rodean. Eso es un deber, hijo, y además el dolor excesivo impide

cualquier consuelo y nos hace olvidar de nuestras tareas cotidianas. ¿Crees, acaso, que yo no sufro?

Por entonces, nos fuimos a vivir a nuestra propiedad en Belrive. El cambio me agradó. Ahora, por las noches, mientras todos descansaban, me quedaba con mi barca en medio del lago. Sentí la tentación de arrojarme al agua y dejarme morir para guardar mi secreto, pero amaba a Elizabeth. Pensé también en toda mi familia y comprendí que no merecían más pérdidas. Un solo deseo me animaba: destruir a la inmunda criatura y vengar las muertes de Justine y de William.

La salud de mi padre andaba mal, y Elizabeth estaba completamente abatida. Se había apagado su sonrisa luminosa y el brillo de sus ojos claros. Y yo era incapaz de darles algún consuelo. Un día, ella me dijo:

—Víctor querido..., ¿qué te pasa que no puedes recobrarte? ¿Es qué perdimos toda capacidad de hacerte feliz?

Ningún intento por elevarme de mi estado calamitoso servía de nada. Ni mi padre ni Elizabeth, las personas a quienes yo más respetaba, tenían el poder para aliviar mis culpas. Un día, me encaminé a los valles alpinos, exactamente al valle de Chamonix, lugar que había conocido en mi juventud. Solo me separaban seis años de aquel paseo, pero ahora me sentía una ruina humana. Crucé un puente por encima de un barranco y empecé a subir la colina. Al rato, penetré en el valle y vi los inmensos glaciares cuyas bases bordeaban el camino. El Mont Blanc dominaba el valle. Volví a sentir un estremecimiento de placer, después de tanto tiempo. La hermosa jornada se coronó cuando alquilé una habitación para pasar la noche en el pequeño pueblo de Chamonix. Por la ventana, vi los relámpagos que chispeaban en la cumbre del Mont Blanc y, cuando apoyé la cabeza en la almohada, me abandoné en un sueño profundo.

All men hate the wretched; how, then, must I be hated, who am more miserable beyond all living things! Yet you, my creator, detest and spurn me, thy creature, to whom thou art bound by ties only dissoluble by the annihilation of one of us.

Todos los hombres odian a un ser desgraciado. ¡Cuánto debes odiarme a mí, miserable entre los miserables seres vivos! Tú, mi creador, rechazas tu propia obra, me rechazas a pesar de estar ligado a mí por vínculos que sólo se romperán con la muerte de uno de nosotros.

CAPÍTULO X

Contemplar la naturaleza siempre me hizo bien, por eso decidí subir a una de las montañas, solo, sin guía, para no arruinar la comunión con aquel paisaje grandioso. Los pinos que encontré en mi camino estaban raquíticos; los aludes[85] habían sembrado destrucción a su paso arrollador, la lluvia caía melancólicamente y, en ese momento, me hubiera gustado ser un bruto o un animal, consciente apenas del hambre y de la sed, del frío y del calor, ya que mi culpa me agobiaba tanto.

Al mediodía, llegué a la cumbre y me senté en una roca para contemplar el mar de hielo. Desde allí, podía ver el inmenso y abrumador Mont Blanc. Caminé un poco y hallé una cueva. Me protegí dentro de ella, y una brisa de felicidad se instaló en mí. De pronto, vi a un hombre que ascendía como yo lo había hecho antes, pero mucho más rápido. A medida que se acercaba, noté que sus proporciones eran las de un gigante y no tardé en percibir de quién se trataba: el monstruo a quien yo había dado vida. Sentí ira y un odio absoluto; en ese instante, me dispuse a una pelea a muerte. Su fealdad extraterrena era casi imposible de ser vista por ojos humanos, aun así, su rostro expresaba una angustia amarga, y un gesto de desdén y de maldad. Entonces exclamé:

—Ser demoníaco, ¿cómo osas acercarte? ¿No temes acaso la venganza de mi brazo? ¡Aléjate, insecto vil! ¡O mejor quédate, para que pueda reducirte a polvo! ¡Ay, si fuera posible ponerle fin a tu existencia inmunda y devolver la vida a tus asesinados!

—Esperaba una acogida semejante por tu parte —dijo el monstruo—. Todos los hombres odian a un ser desgraciado. ¡Cuánto debes de odiarme a mí, miserable entre los miserables seres vivos! Tú, mi creador, rechazas tu propia obra; me rechazas a pesar de estar ligado a mí por vínculos que sólo se romperán con la muerte de uno de

85 Un alud es una gran masa de nieve que se derrumba de los montes con violencia y estrépito.

nosotros. ¿Quieres matarme? ¿Dispones así de la vida y de la muerte?

Luego agregó:

—Tienes un deber conmigo y, si lo cumples, yo te dejaré en paz a ti y a los tuyos; pero si te niegas, haré que la guadaña de la muerte[86] no tenga descanso.

Embriagado por el odio, le respondí:

—¡Monstruo aborrecible! Las torturas del infierno serían suaves para vengar tus crímenes.

Lo ataqué con mis brazos, ciego, pero me esquivó sin esfuerzo, y volvió a hablar:

—Amo la vida y la defenderé. Me hiciste más fuerte que todos, pero no lucharé contra ti; soy tu criatura, y te debo afecto y sumisión;[87] tú me debes a mí justicia, clemencia[88] y, también, afecto. Frankenstein, eres bueno con todos, menos conmigo. Debería ser tu Adán,[89] pero me empujas a ser el ángel caído[90] y me excluyes de la alegría del mundo. Nací bueno, pero los sufrimientos han hecho de mí lo que soy: un enemigo. Te pido, pues, la felicidad.

Sin dudar, le respondí:

—¡Aléjate de mí! No hay lazo entre nosotros, no te escucharé. O midamos nuestras fuerzas hasta que uno muera.

—¿Cómo puedo llegar a tu alma? Soy tu hijo, que te implora bondad y compasión. Si tú, mi creador, me aborreces, ¿qué puedo esperar de los demás?

Hace días que ando por estas soledades, oculto en grutas heladas; solo las montañas y los glaciares me acompañan. En tus manos está liberarme de mis sufrimientos; si no lo haces, mi ira vengadora se extenderá por toda tu familia y la humanidad entera. ¿No conoces la compasión, acaso? Hablas de crímenes y dices que me matarías; matarías sin remordimientos al ser que creaste. No quiero ahora tu perdón, sino que me escuches. Y luego, si puedes, si quieres, me destruirás.

—¿Por qué reavivas mis recuerdos? ¡Maldigo el momento en que abriste los ojos, asquerosa figura! No puedo

86 La expresión "guadaña de la muerte" hace referencia a la representación medieval de la imagen de la Muerte como un espectro encapuchado y que portaba una guadaña. Bajo la creencia de la Muerte que "cosecha" vidas, se colocaba en su mano este instrumento.

87 La sumisión es la acción de someterse al juicio de otra persona sin oponer resistencia.

88 Se llama clemencia al sentimiento de compasión o moderación al aplicar justicia.

89 Tanto en los escritos bíblicos como en el Corán, Adán fue el primer hombre creado por Dios sobre la Tierra.

90 En las religiones judía, cristiana e islámica, un ángel caído es un ángel que ha sido expulsado del cielo o paraíso por desobedecer o rebelarse contra los mandatos de Dios. El ángel caído más reconocido por la historia es Lucifer, quien para los cristianos es una manifestación más del demonio.

pensar en justicia para ti, solo quiero que desaparezcas de mi vista.

—Así lo haré, creador mío —dijo él, poniendo su mano sobre mi hombro, a la que aparté, asqueado—. Pero antes acompáñame a un lugar protegido, el frío y el viento te hacen tiritar. Hay una cabaña en el monte, te contaré mi vida desde que me abandonaste y, antes de que se ponga el sol, habremos terminado.

La curiosidad y, debo decirlo, un destello de compasión me movió a seguirlo. Cruzamos los campos de hielo en silencio. Al fin, saldría de toda duda con respecto a la muerte de William, pero, además, pensé en mi responsabilidad como creador. Llovía cuando entramos en la cabaña. Él, de inmediato, encendió el fuego con gran habilidad, y me dispuse a escucharlo.

CAPÍTULO XI

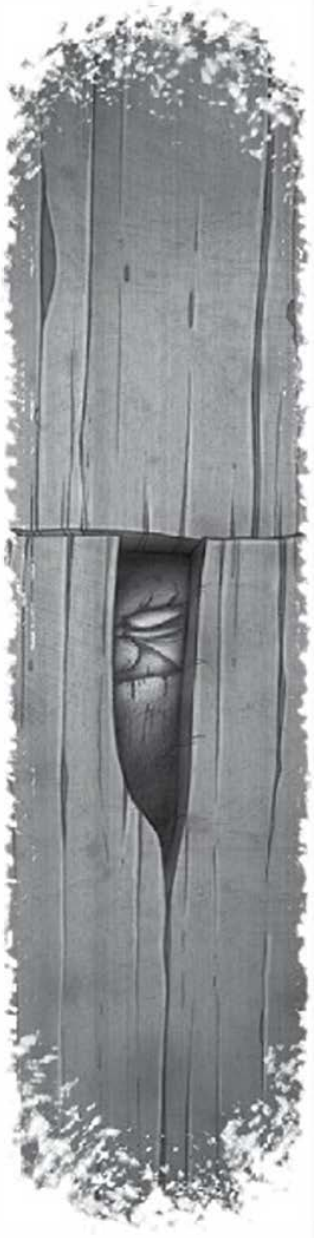
La primera parte de mi existencia apenas la recuerdo; sé que me levanté y bajé unas escaleras y caminé; podía ver, oler, oír, sin distinguir cómo hacía estas cosas. La luz me hacía mal, y buscaba la oscuridad. De pronto, descubrí que podía correr y, así, llegué a un bosque próximo a Ingolstadt —más adelante sabría los nombres de los lugares—. Atormentado por la sed y el hambre, comí moras y bebí agua de un arroyo. Luego me dormí, y estaba oscuro. Me sentía solo y desamparado, con ropas insuficientes, que saqué de tu casa. Más tarde, volvió la claridad y un disco que se elevó hacia el cielo; y me gustó. Comí moras silvestres otra vez y, al pie de un árbol, encontré un capote que me abrigó del frío. Poco a poco, descubrí a los pájaros, y pronto aprendí a distinguir el canto de unos y de otros. Conocí la sucesión del día y de la noche, y la hermosa luna y los insectos y las hierbas;

llegué al arroyo, donde bebí agua por primera vez y comencé a sentirme mejor. Un día, descubrí un fuego que unos leñadores habían abandonado. Me gustó el calor, pues el frío me atormentaba; lo toqué con la mano y me quemé; quedé maravillado de que algo pudiera producir dos efectos tan distintos. Descubrí que se alimentaba de madera, así que agregué leños. Probé restos de comida asada, y me gustó su sabor; puse las moras en el fuego y no sabían bien, pero sí las nueces y las raíces. Había poco alimento en las cercanías, y me lo pasaba buscando bellotas; mi hambre era permanente. Tuve que alejarme y abandonar aquel fuego tan agradable. Caminé tres días hacia el sol poniente, por el bosque, hasta que llegué a un campo cubierto de nieve. Vi una cabaña que parecía el refugio de algún pastor. Toqué la puerta y se abrió, así que entré; había un hombre frente a un fuego, cociendo alguna cosa; al verme, huyó despavorido con un grito de terror. Esto me sorprendió, pero la cabaña era una maravilla para mí, así que me quedé junto al fuego y devoré la comida del pastor: leche, pan, queso y un poco de vino, que no me agradó. Luego, me dormí sobre un montón de paja.

Desperté al mediodía y caminé hasta un pueblito encantador. ¡Qué lindo me pareció aquello! Los hoteles, las casas humildes, las mansiones y los jardines. Vi verduras en los huertos, quesos y jarros de leche en los alféizares[91] de algunas ventanas, y se despertó mi apetito. Penetré en una casa hermosa, pero apenas pisé el umbral, unos chiquillos comenzaron a gritar, y una mujer se desmayó. El griterío alertó a los vecinos y fui perseguido con palos y piedras, más allá del pueblo. Herido, encontré refugio en un cobertizo[92] miserable que lindaba con una cabaña. Era tan bajo que debí quedarme sentado; el suelo era de tierra, y el viento penetraba por las hendijas. Pasé la noche allí. Al amanecer salí, cauteloso; bebí de un arroyo y luego tapé los agujeros de mi nueva morada. Ahora que

91 Se llama **alféizar** a la superficie que hace la pared en el corte de una puerta o ventana, tanto por la parte de adentro como por la de afuera.

92 Un **cobertizo** es un sitio cubierto ligera o rústicamente para resguardar de la intemperie personas, animales o efectos.



conocía la crueldad de los hombres, no deseaba ser visto. Volví al cobertizo y, poco después, vi a una muchacha agradable, vestida con humildad, de pelo rubio trenzado, con expresión de tristeza y resignación, llevaba un cubo sobre la cabeza. Poco después, reapareció, ahora con el cubo lleno de leche, caminando penosamente, debido al peso. Un hombre joven también, aunque deaspecto menos resignado, salió a su encuentro y murmuraron entre ellos, con gestos de pesadumbre; hasta que el hombre tomó el cubo, y ambos entraron en la cabaña. Rato después, noté que el hombre se alejaba de la casa, portando unos utensilios raros para mí, y la joven se afanaba en trabajos dentro y fuera de la cabaña. La ventana que daba a mi cobertizo estaba cubierta con maderas, pero podía espiar por las hendijas. Obsevé una habitación limpia y blanca, casi sin muebles, y un anciano junto al fuego. El anciano tenía la cabeza entre sus manos, en actitud de desconsuelo. Poco después, la muchacha se sentó junto a él con algo que sacó de un cajón, un instrumento que le dio al anciano, quien se puso a tocar una música aún más hermosa que el canto de los ruiseñores. Cuando ejecutó una melodía dulce y melancólica, la muchacha no pudo contener las lágrimas. Sentí respeto por el hombre de cabello plateado y un sentimiento de amor por la joven, emociones nuevas, poderosas, que no tenían que ver con la sed, ni con el frío, ni con el hambre.

Poco después entró el hombre con la leña cargada en su espalda; ella lo ayudó a depositarla en el suelo y, enseguida, eligió algunas ramas para avivar el fuego, en tanto que él fue hasta un rincón, y volvió con queso y pan para la muchacha. Ella salió y volvió con raíces, que puso en un recipiente con agua en el fuego. Luego el joven se marchó otra vez y estuvo un rato arrancando hierbas. Más tarde, todos comieron juntos y, luego, mientras ella atendía los quehaceres de la casa, el joven y el anciano pasearon al sol. El contraste entre los hombres era magnífico: uno

era viejo, y su rostro expresaba amor y benevolencia; el otro era joven, y su rostro perfecto manifestaba, a pesar de su belleza, desaliento y amargura. Más tarde, entraron en la casa y el muchacho, con otras herramientas, volvió a salir al campo y regresó al caer la noche. Con alegría, vi que mantenían la luz con velas, así que pude seguir observándolos. Los jóvenes estaban sentados juntos, y él emitía un sonido monótono, que no tenía nada que ver con los que hacía el viejo; luego hizo lo mismo la joven. Más adelante, aprendería que estaban leyendo en voz alta, pero, por aquel entonces, desconocía todo lo relacionado con la ciencia de las palabras y de las letras.

CAPÍTULO XII

Esa noche, me costó dormir pues no paraba de pensar en todo lo que había visto. Me gustaba el comportamiento suave de esa familia, y yo quería ser uno más de ellos; pero temía presentarme, pues me acordé de la gente del pueblo. De todos modos, decidí observarlos todo lo que pudiera.

Supe, al día siguiente, que el anciano era ciego y pasaba la mayor parte del día meditando y haciendo música con aquel instrumento. Los dos jóvenes trataban al anciano con respeto y amor, pero cada tanto los veía llorando; yo desconocía la causa de su dolor, aunque me sentía afectado también. Tenían lo necesario: una casa hermosa, fuego y alimento. Disfrutaban de su mutua compañía. Pasaron muchos días hasta que entendí que la pobreza era lo que tenía tan mal a esa familia. En cuanto al alimento, solo comían lo que extraían de su quinta y la leche de una vaca, escasa en invierno. A veces los jóvenes no comían nada en todo el día, pues los veía dejarle todo el alimento al anciano ciego. Algunas noches, les había robado algo de

comida, pero, cuando supe de esto, volví a comer moras y cosas que encontraba por ahí. Como forma de ayudarlos, aprendí a usar las herramientas para cortar leña por las noches. Recuerdo que el primer día que ella vio la enorme cantidad de leña frente a la casa se asombró y lanzó muchas exclamaciones. El joven aprovechó ese día para hacer reparaciones domésticas y cultivar el huerto.

Luego aprendí algo extraordinario: ellos se comunicaban entre sí por medio de unos sonidos especiales. Presté atención y me di cuenta de que algunos sonidos transmitían tristeza; otros, alegría; el que escuchaba, a veces sonreía o respondía con otros sonidos. Con dificultades, aprendí a aplicar las palabras: fuego, leche, pan y leña. Y sus nombres. Los jóvenes llamaban padre al anciano, ella era hermana o Ágatha, y él respondía a los nombres de Félix, hermano o hijo. También, aprendía pronunciar otras, cuyo significado era oscuro para mí: bueno, querido, desgraciado.

Así pasó aquel invierno.

A veces, los visitaban otros hombres y, por sus rudas maneras, comprendí cuán especiales y bondadosos eran mis vecinos.

El anciano trataba de animarlos, y ella lo adoraba. Descubrí que Félix era el que más sufría de los tres, pues ella se alegraba con el anciano, pero él nunca lograba apartar de sí la tristeza. Supuse que trabajaría también para algún granjero vecino, pues algunas veces se iba temprano y volvía muy tarde.

Me intrigaban las lecturas que hacían por las noches, hasta que descubrí que repetían palabras iguales a las que decían cuando hablaban entre ellos. Pensé que sobre el papel habría signos que se podían pronunciar, y ese descubrimiento me llenó de ardor. ¡Quería hacer lo mismo! Me di cuenta de que podría vencer la repugnancia de los hombres si les podía hablar en su idioma. Sus rostros eran bellos, y un día vi el mío reflejado en el agua... ¡Qué horror sentí! Una profunda amargura me invadió.

Luego, el sol comenzó a calentar más, la nieve se derritió y, en el huerto, crecían otro tipo de plantas. Entonces, sus problemas de hambre fueron desapareciendo. Yo me recluía en el cobertizo, pero por las mañanas los estudiaba. Dormía cuando sus ocupaciones los llevaban fuera de la casa y volvía a mi observatorio al anochecer. Cuando descansaban, me dirigía al bosque en busca de alimento y leña para ellos. Al volver, quitaba la nieve del camino, si la había, o hacía cualquier tarea de las que había visto realizar a Félix. Esto les causaba gran asombro. Y de su boca brotaban palabras como espíritu del bien o maravilla, cuyo significado yo aún no comprendía.

Hasta en mis sueños tenía ante mí la venerable figura del anciano, a la grácil Ágatha y al hermoso Félix. Suponía que acabarían siendo mis bienhechores y que, pobre de mí, podría darles esa felicidad que no sentían. En mi imaginación, los veía aterrorizados al observarme por primera vez, pero luego yo me ganaba su amor y confianza con mi docilidad.

Alegre con estos pensamientos, me empeñaba en estudiar su idioma.

CAPÍTULO XIII

Ahora contaré la parte más conmovedora de la historia, pues fue el origen que me llevó a convertirme en lo que soy en estos momentos. Aquel era un día como todos: el anciano tocaba la guitarra, y sus hijos lo escuchaban ensimismados en sus pensamientos. Alguien llamó a la puerta. Al abrirse esta, pude ver tras el marco a una dama montada a caballo, acompañada de un campesino que conducía la montura. La dama vestía de negro, y un velo le cubría la cara. Agatha le preguntó a quién buscaba, y la mujer pidió por Félix. El joven

salió de inmediato y, al verla, se puso loco de alegría; ella levantó el velo, y dejó ver su rostro hermoso y sus cabellos morenos. Félix le besó la mano, la llamó "Mi dulce musulmana", y luego la hizo entrar en la casa, no sin antes despedir al campesino que la había guiado. Más tarde, descubrí que aunque ambos emitían sonidos por la boca, no se podían entender, aunque hacían esfuerzos y se prodigaban sonrisas. En la casa, reinaba la alegría por la visita de la extranjera.

Luego, sucedió algo muy beneficioso para mí, porque comenzaron a enseñarle su idioma a la dama. Al caer la noche, Agatha y la musulmana se retiraron; Félix se despidió de la dama diciéndole: "Buenas noches, mi dulce Safie".

Por el motivo que fuera, Safie era muy importante para ellos.

Con los días, descubrí que Félix usaba un libro para instruir a Safie en su idioma (lecciones que yo aprovechaba muy bien, espiando desde la ventana). El libro se titulaba *Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios*.[93] Con él, supe de los diferentes gobiernos, costumbres y religiones de las naciones de la Tierra. Supe, también, del genio de los antiguos griegos, de las virtudes de los romanos clásicos, de la decadencia de su imperio y de cómo nacieron la cristiandad, las órdenes de caballería y las monarquías. Lloré por la suerte de los naturales de América, cuando aprendí acerca de su descubrimiento. Comprobé, confuso, la virtud y las bajezas de los hombres.

Cada conversación de la gente de la cabaña era para mí una fuente de maravillas, pues me encontraba ávido de conocimientos. Me enteré del extraño sistema con que se rige la sociedad humana. Supe de la división de los bienes y las propiedades, de las grandes fortunas y la pobreza extrema y, también, de las clases sociales, la nobleza y el rango. Una de las cosas más apreciadas por los hombres era una ilustre ascendencia unida a la riqueza material; con poseer una de las cualidades, bastaba para que un hombre fuera

93 Ruinas o Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios (1791) es un texto del escritor francés Constantin François de Chasseboeuf, conde de Volney, (1757-1820) en el que se proclama la tolerancia religiosa, la libertad y la igualdad.

respetado, pero, si alguien carecía de las dos cosas, se lo consideraba un vagabundo, un esclavo apto para trabajar en el mantenimiento de la riqueza de los demás. Pensé: "¿Yo quién soy?" Mi figura era repugnante, y no tenía riquezas. Es cierto que superaba a los hombres en agilidad, que podía vivir con menos alimentos, que soportaba el frío extremo. Además, mi altura era muy superior. ¿Sería yo un monstruo del que todos huirían aterrados?

Amaba a esos vecinos y sus buenos modales, pero solo podía espiarlos. Me estaba prohibido vivir entre ellos, y ese conocimiento solo me hacía crecer el deseo de ser querido y aceptado. Pensé que la muerte era la única solución. Me impresionaron también otras enseñanzas: las diferencias de los sexos, cómo nacen y crecen los hijos, de qué forma los padres disfrutan con la alegría de los chiquillos, cómo las madres están pendientes de la preciosa misión de cuidar a esos pequeños. Así, entendí que se los educaba, el significado de las palabras hermano y hermana, y los lazos que se dan en una familia.

¿Dónde estaban mis parientes? No había tenido padre que riera de mis gracias, ni madre que vigilara mi crecimiento. Hasta en mis evocaciones más remotas, no recordaba una infancia; siempre había sido tal como me veo ahora. Nadie era como yo, nadie quería mi compañía, entonces..., ¿qué era yo?

CAPITULO XIV

Pasó un tiempo hasta que supe la historia de mis protectores, tal como yo llamaba ingenuamente a mis vecinos.

El anciano, de apellido De Lacey, pertenecía a una noble familia de Francia, y Ágatha había frecuentado a las damas de la gran sociedad. Vivían en una casa lujosa,

en una ciudad a la que llamaban París. Ningún placer les faltaba; sus amigos eran refinados e inteligentes como ellos, además, poseían fortuna. La mala situación en la que ahora se hallaban —y por la que vivían en esa digna, pero humilde vivienda de la cual yo usaba el cobertizo—, había comenzado cuando al padre de Safie, un rico comerciante, había sido acusado de indeseable por el gobierno, y se lo había encarcelado el mismo día en que Safie llegaba de Constantinopla[94] para vivir con él. Se lo juzgó y se lo condenó a muerte, pero fue una injusticia tan grande que el pueblo de París reaccionó indignado y se comentó que se lo quería matar por causa de su religión y su fortuna.

Félix presenció el proceso y se indignó con la sentencia. Se juramentó liberar al prisionero. Consiguió entrar en una zona poco vigilada de la cárcel y, a través de una ventana, pudo hablar con el condenado. El hombre le prometió riquezas sin fin si lograba liberarlo; promesas que Félix rechazó, pero enseguida vio a la única persona que podía visitar al prisionero: Safie, la hija. El turco captó el interés de Félix, y le ofreció a su hija en matrimonio. A Félix no le interesaba un casamiento por obligación, pero lo cierto es que ambos se enamoraron.

Desde entonces, Safie le enviaba cartas ardorosas y agradecidas, y le contó la historia de su madre, una árabe cristiana, raptada y esclavizada por los turcos. Era muy bella y cautivó al padre de Safie con el que, finalmente, se casó. La madre le enseñó a Safie los principios de la religión, pero, le indicó que debía perseguir y obtener la independencia espiritual negada a las mujeres que siguen a Mahoma.[95] La mujer murió joven. Safie no quería volver a Asia por temor a quedar encerrada en un harén;[96] deseaba casarse con un cristiano y vivir en un país donde las mujeres ocuparan un puesto en la sociedad.

Félix sacó de la cárcel al padre de la muchacha la noche anterior a la ejecución. El joven condujo al padre y a la hija por Francia, hasta Leghor. Desde allí, el comerciante

94 La ciudad de Constantinopla (actual Estambul, en Turquía) está ubicada en el punto donde se unen Europa y Asia.

95 Mahoma (570-632) fue el profeta fundador del Islam.

96 El término harén designa al mismo tiempo el conjunto de mujeres que rodeaban a un personaje importante, así como el lugar en el que estas residían.

intentaría regresar a su país, y Safie decidió quedarse con el padre hasta que partiera; luego, se casaría con Félix. Sin embargo, el padre ya tramaba otros planes. Los jóvenes se entendían más con las miradas que con las palabras, y el turco lo permitía, pero, en realidad, no consentía la idea de que su hija se casase con un cristiano, aunque fuera su salvador. Como sabía que el muchacho podía denunciarlo y, así, volver a la cárcel, decidió dar largas al asunto; hasta que una noticia favoreció sus proyectos de traición.

El gobierno de Francia descubrió que Félix había ayudado al preso y encarceló a su padre, De Lacey y a su hermana Agatha. Esto sacó al joven de su nube de amor, y partió a París para entregarse, en tanto que acordó con el padre de su amada que, si él se iba, dejaría a Safie en un convento cercano, para que, tras su liberación, pudiera encontrarse con ella.

Su entrega no sirvió para que las cosas mejoraran mucho, puesto que, luego de tres meses de encierro, fueron todos juzgados y condenados a la privación de sus bienes y al destierro. Una vez exiliados, se refugiaron en esa humilde casa, donde yo los conocí. Félix supo que el turco lo había traicionado cuando este les envió dinero, con la promesa de entregarles aún más.

Por eso, Félix era un muchacho tan triste. Ahora, la sorpresiva llegada de Safie representaba una gran alegría para él.

Safie le explicó, en cuanto pudieron comunicarse bien, que su padre la había obligado a partir con él, había fletado un barco que lo llevaría a Constantinopla y debían zarpar de inmediato. Para que su hija viajara sin peligro, pues temía que lo detuvieran en el trayecto, debería hacerlo más adelante. Entonces, la dejó al cuidado de un viejo sirviente. La hija meditó qué hacer y, dueña de sus actos, reunió algunas joyas y un poco de dinero, y abandonó Italia. Con una sirvienta que hablaba el idioma alemán, se dirigió a Alemania, pues sabía, por unos documentos que había encontrado entre las pertenencias de su padre,

que allí se habían exiliado Félix y su familia. La sirvienta enfermó de gravedad y murió; y Safie quedó sola y sin poder comunicarse con la gente del lugar. La dueña de la pensión donde se hospedaba conocía, porque la criada se lo había dicho, el lugar adonde se dirigían. Así, pudo llegar Safie a la casa de su amado.

CAPÍTULO XV

Mientras yo sentía cada vez más deseos de ser parte de aquella familia, a principios del mes de agosto del mismo año, sucedió algo que favoreció el desarrollo de mi inteligencia. Una noche, en el bosque, encontré una maleta llena de libros y prendas de abrigo. Así leí, en mi cobertizo, *El paraíso perdido*,[97] *Vidas paralelas*[98] y *Las desventuras del joven Werther*.[99]

Al leer, me identifiqué con los seres que protagonizaban esas historias y, a la vez, me sentí diferente de ellos. Una luz radiante iluminó temas que para mí estaban en la oscuridad, especialmente con Werther. Seguía sin encontrar respuesta para mis preguntas, a pesar de mis esfuerzos, pero tenía mucho para meditar.

El volumen de *Vidas paralelas* hizo que yo amara a los héroes de épocas anteriores. En *El paraíso perdido*, mis emociones fueron mucho más profundas; la imagen de un dios omnipotente que luchaba contra sus propias criaturas me estremeció, y me turbaba la semejanza con cosas que yo mismo había vivido. Al igual que Adán, yo no tenía, aparentemente, nada que ver con otro tipo de existencia, aunque en todo lo demás éramos diferentes. Adán había salido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, cuidada por su creador. Yo era un ser desgraciado, falto de toda ayuda y abandonado. Llegué a considerar que Satanás[100] era el ser que reflejaba

97 **El paraíso perdido** es un extenso poema de John Milton (1608-1674). Es una epopeya acerca del tema bíblico de la caída de Adán y Eva que se cuestiona por qué un Dios bueno permite el mal y el sufrimiento.

98 **Vidas paralelas** es una colección de veintitrés pares de biografías escritas por Plutarco, un historiador griego del siglo I.

99 **Las desventuras del joven Werther** es una novela epistolar del escritor alemán Johann Wolfang von Goethe (1749-1932), publicada en 1774 presentada como una colección de cartas escritas por Werther, un joven artista de temperamento sensible y apasionado, enamorado sin esperanzas de una mujer casada.

mi condición, puesto que yo conocía, también, la envidia al contemplar la felicidad de mis protectores.

Cuando huí de tu laboratorio, en la prenda con que me vestí, hallé unos papeles que pude leer más adelante. Era un fragmento de tu diario, y fue un tesoro de valiosa información para mí, ya que hablabas de los cuatro meses previos a mi creación, donde contabas en detalle cada paso que diste para conseguir tu propósito, con escenas de tu vida cotidiana. Debes recordar ese diario, aquí lo tienes. Su lectura me puso enfermo, pues también manifestabas, al final, lo horrorizado que estabas por mi aspecto. Te maldije. ¿Por qué formaste un ser tan desagradable que, incluso tú, su creador, huyes de él? Satanás tiene compañeros que lo admiran y lo siguen, pero yo hasta de eso carezco; estoy solo, y todos me odian.

Con mis vecinos, mantenía la esperanza de que, si me conocían, se compadecerían de mí y aceptarían mi deformidad. Nunca vi a un mendigo que llamara a su puerta, marcharse con las manos vacías... Así pasó un año entero. Había decidido hablar primero con el anciano, ya que era ciego, y mi voz no era desagradable. Supuse que De Lacey, más tarde, podría influenciar favorablemente en sus hijos. Por fin, llegó la ocasión; el anciano estaba solo, y me dirigí con las piernas temblorosas a la cabaña.

Llamé a la puerta.

—¿Quién está ahí? ¡Adelante! —dijo el anciano. Obedecí al instante.

—Perdone mi intromisión. Soy un viajante y desearía descansar un momento al lado del fuego, si usted me lo permite.

—¡Acérquese, acérquese! Mis hijos salieron, y yo estoy ciego, así que me temo que no podré darle comida —dijo el hombre, amable.

—Solo deseo calor y descanso, muchas gracias —respondí.

—Por su forma de hablar, diría que usted es compatriota mío... ¿Nació en Francia? —preguntó.

—No, pero fui educado por una familia francesa; ahora

100 Satanás (en hebreo 'el adversario') es considerado por el Cristianismo, al igual que Lucifer (en latín 'portador de luz') como la misma persona: el Diablo o Demonio, un ser sobrenatural que es capaz de influir en las vidas humanas.

voy a pedir ayuda a una familia amiga, ya que estoy solo en el mundo. Esta familia ni siquiera me conoce, y yo aún no sé si querán ayudarme. El miedo me tiene paralizado, porque si me rechazan estaré condenado.

—¡No pierda las esperanzas! Desde luego que es una pena no tener amigos, pero en los hombres hay amor y caridad; no desespere...

Así habló el anciano, y yo agregué:

—Son buenos, lo sé. Pero tienen ciertos prejuicios hacia mí, aunque nunca hice daño a nadie, tanto es así que mi vida hasta hora fue casi inútil... Es como si un velo nublara sus ojos y, donde debieran ver a un amigo sensible y bueno, ven a un monstruo detestable.

—¿Dónde viven sus amigos? —quiso saber.

—Muy cerca de aquí — respondí, ansioso.

—Si usted me revela los detalles de su caso, trataré de ayudarlo. Soy ciego y no puedo impresionarme por su aspecto, pero por sus palabras me doy cuenta de su sinceridad y bondad. Soy un viejo exiliado[101] y sería un placer ayudar a quien está sumido en la desgracia. ¿Querría decirme dónde viven sus amigos?

Era el momento decisivo. Comencé a llorar, sin poder atreverme a decirle la verdad; entonces, oí que sus hijos se acercaban. Lo tome de las manos y grité:

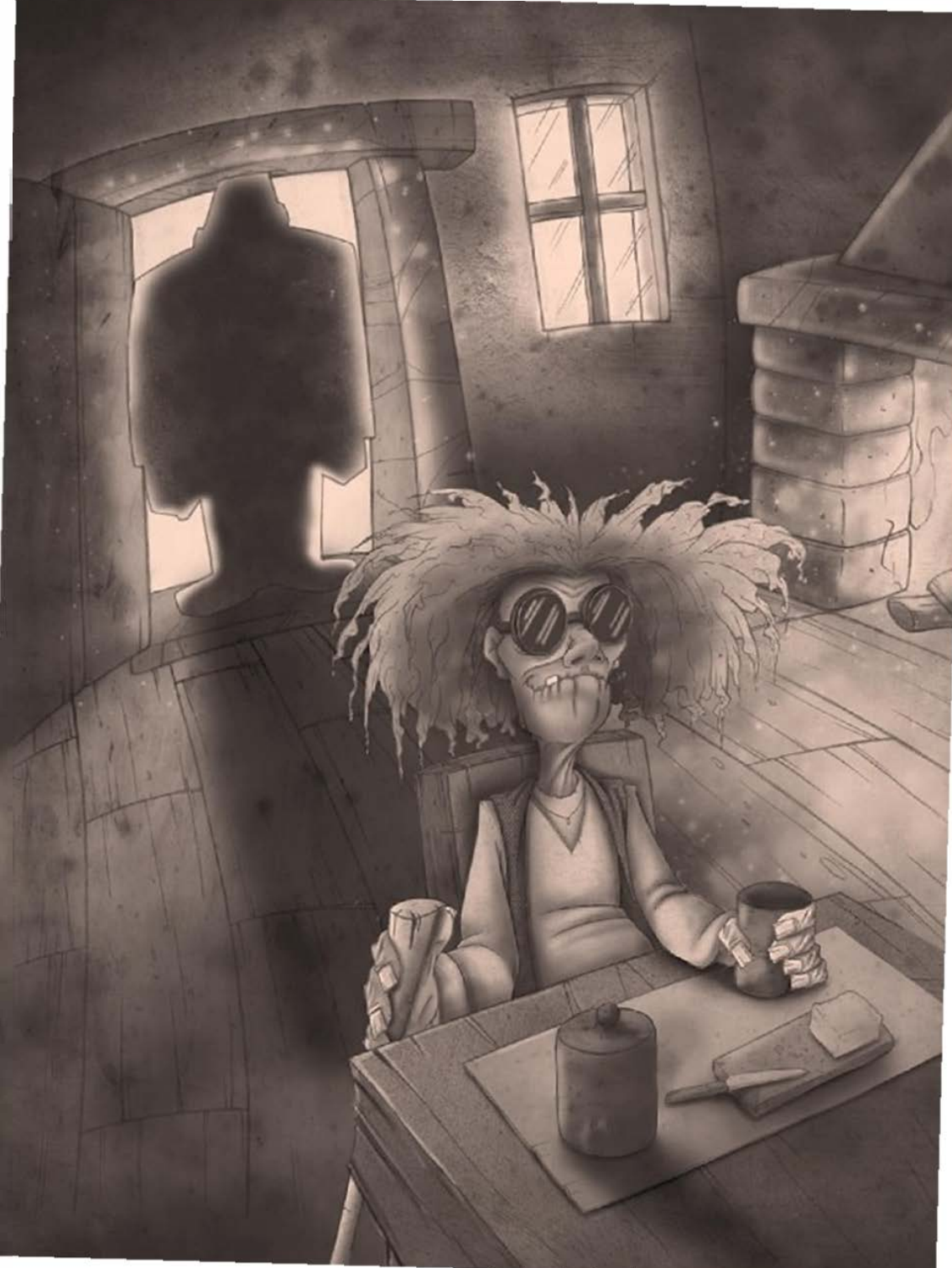
—¡Sálveme! Usted y sus hijos son los amigos que busco! ¡No me deje solo ahora!

El anciano exclamó, mientras posaba sus manos sobre mi cabeza:

—¡Buen Dios! ¿Quién eres?

La puerta de la cabaña se abrió, y Félix, Ágatha y Safie entraron. Se horrorizaron al verme, abrazado a las rodillas del ciego. Ágatha se desmayó, Safie huyó hacia fuera y Félix comenzó a darme con un palo. Si hubiera querido, lo habría destrozado, pero, lleno de amargura, huí de la cabaña y conseguí entrar en el cobertizo sin ser visto.

101 Un **exiliado** es quien se ve obligado a dejar su patria, generalmente por motivos políticos.



CAPÍTULO XVI

¡Maldito creador! ¿Para qué vivía yo? En aquel momento debí destruir mi vida y acabar con todo; pero la ira era más fuerte que mi desesperación. Hubiera sentido un placer terrible matando a todos los habitantes de la cabaña.

De noche, salí de mi escondrijo y deambulé por el bosque. Me sentía una bestia salvaje liberada de sus ataduras; ya no temía que me descubrieran. Quería causar ruinas y gozar después; hasta el canto suave de un pájaro me recordaba que todos disfrutaban estar vivos, menos yo. Llevaba en mi interior un fuego que me quemaba. Me declaré en guerra contra todo el género humano, aunque centré mi odio mayor en aquel que me había creado. Más tranquilo, reconocí que había sido imprudente al exponerme a los hijos de De Lacey. Una vez que él me hubiera conocido, tendría que haberme ido para que, poco a poco, al anciano revelase mi verdad a su familia. Pensé que no todo estaba perdido y decidí acercarme a la cabaña. Me introduje en el cobertizo y esperé a que se hiciera de día. Sin embargo, nadie salió de la casa avanzada la mañana; un silencio y una quietud total lo invadía todo. Luego, para mi sorpresa, vi a Félix llegar en compañía de otro hombre. Al fin, escuché palabras que me aclararon lo ocurrido: Félix devolvía la cabaña a su propietario; quien estaba sorprendido por la determinación:

—Quédese con su casa, con los productos del huerto, con todo: nos marchamos. La vida de mi padre estuvo en peligro, y no sé si mi esposa y mi hermana se recuperarán del horror.

Nunca más volví a ver a un miembro de la familia De Lacey. Mis protectores, con su huida, habían roto el único lazo de unión que me ataba al mundo. Mi mente albergaba ideas de muerte y destrucción, pero, a veces, recordaba a la dulce Ágatha, a la hermosa Safie, al anciano de voz tan

agradable, y los ojos se me cubrían de lágrimas. Un día, tuve en cuenta que me habían abandonado y destrocé el huerto, prendí fuego la cabaña, y dancé y aullé alrededor de ella, en una ronda macabra.

Entonces me acordé de ti, creador, y decidí salir a buscarte. En tu diario, hablabas de Ginebra, y yo, por escuchar las clases de Félix a Safie, tenía nociones de geografía. Solo sabía que debía dirigirme al Sudoeste, con el sol como único guía.

Algo horrible me sucedió cuando salvé a una niña que se ahogaba en un riachuelo; la saqué del agua con denodados esfuerzos y, al verla sin sentido, con mis rudimentarios conocimientos, intenté ayudarla. En eso, llegó un rústico aldeano quien, al verme, me sacó a la pequeña de los brazos y se fue corriendo; sin saber por qué, lo seguí. Entonces, el hombre se detuvo, me encañonó con su arma y disparó. La bala penetró en mi hombro y caí, mientras el hombre huía con la niña. Acababa de salvar a un ser humano de la muerte, y otro, en recompensa, me había herido. La sed de venganza me hacía rechinar los dientes, pero pronto caí desmayado.

Semanas después, la herida cicatrizó y pude reiniciar el viaje. El aire primaveral era un placer, pero recordé que yo no tenía derecho a disfrutar nada de este mundo. Al cabo de dos meses, me encontré a las puertas de Ginebra. Decidí meditar en los bosques cercanos la mejor manera de acercarme a ti. Tenía hambre y sueño, tanto que ni siquiera disfruté del maravilloso atardecer y caí en un sopor liviano, cuando un chiquillo hermoso, me despertó. Corría hacia mí, lleno de vida y de salud. Pensé que por ser un niño, no tendría prejuicios contra mi apariencia; tuve la vana idea de apoderarme de él y de acostumbrarlo a mi presencia, así nunca más estaría solo. Lo atrapé cuando pasó a mi lado, pero, apenas me vio, comenzó a gritar de terror. Se tapó los ojos con las manos, mientras yo lo obligaba a mirarme mientras le decía:

I, too, can create desolation; my enemy is not invulnerable;

–¡También yo soy capaz de crear destrucción y muerte! ¡Mi enemigo no es invulnerable!

—Escucha, niño, no te haré daño, no temas.

Pero él solo hacía esfuerzos por soltarse y decía que yo lo quería comer.

—¡Eres un monstruo! ¡Un ogro! ¡Déjame ir o se lo diré a mi papá! —gritaba.

—Ven conmigo, niño, olvida a tu padre: te necesito.

—¡Monstruo! Suéltame, mi papá es el señor Frankenstein, es síndico[102] y te castigará si no me dejas ir.

—¿Frankenstein? ¡Eres de la familia de mi enemigo y serás mi primera víctima!

El pequeño me insultaba, y eso me producía más furor: lo tomé del cuello para obligarlo a callar y, de pronto, cayó sin vida a mis pies. Mi corazón se llenó de alegría al contemplar el triunfo infernal que había alcanzado.

Entonces, agitando mis manos, exclamé:

—¡También yo soy capaz de crear destrucción y muerte! ¡Mi enemigo no es invulnerable!

En el cuello del niño, había algo colgado; lo tomé y vi el retrato de una mujer hermosa que consiguió calmarme un momento, pero enseguida pensé que, si esa mujer me veía, cambiaría su dulce expresión por otra de horror y de asco. Empecé a lamentarme de nuevo y a llorar por mi desgracia, y busqué un lugar para pasar la noche. Entré en un cobertizo que me pareció vacío, pero, encima de un montón de paja, dormía una muchacha preciosa. Me incliné sobre ella y murmuré:

—Despierta, muchacha hermosa. Daría mi vida por obtener de tus ojos una mirada de amor. Despierta, amada mía.

El cuerpo de la mujer se agitó y sentí un escalofrío de terror al darme cuenta de que ella gritaría espantada de verme allí. Entonces, otra forma de ira me sacudió y decidí castigarla. Gracias a las lecciones de Félix, sabía cómo se podía crear falsedad y mentira: ella sería a los ojos de todos la autora del crimen y sufriría por mí, tan solo porque la humanidad me negaba el sencillo placer de ser amado.

102 El **síndico** es un hombre elegido por una comunidad o corporación para cuidar de sus intereses en los ayuntamientos o concejos.

Entonces, dejé el retrato que había quitado al niño muerto y lo puse en uno de los bolsillos de su vestido.

Ahora estoy aquí, en estas montañas, vagando, y consumido por una pasión que solo tú puedes mitigar.[103] Así es; dado que todos me rechazan, solo un ser con iguales defectos y proporciones que yo no lo haría. Solo tú puedes crearlo, y eso te pido. ¡Hazlo! Tienes que crear una hembra para que sea mi compañera; es lo único que pretendo.

CAPÍTULO XVII

Así habló el repugnante monstruo. Mi cólera se había desvanecido cuando me contó de su pacífica temporada en el cobertizo, junto a la cabaña. Pero esta última parte me había excedido por completo.

—¡Jamás te secundaré! Y no habrá tortura en el mundo que me haga cambiar de opinión. ¿Cómo crees que haría otro ser tan despreciable como tú para que juntos siembren el terror en la tierra? ¡Márchate! ¡Esa es mi respuesta!

—Estás completamente equivocado —respondió—. No pretendo conseguir nada con amenazas. Mi maldad es consecuencia de mi desgracia, de no ser feliz. ¿Cómo puedo ser generoso con los demás si se muestran implacables conmigo? Si tú me mataras ahora, no lo considerarías un crimen. ¿Por qué, entonces, yo debo respetar a quien me desprecia? Haz que el hombre me ame y me acepte, e intercambie conmigo sus bondades. Entonces, verás que en lugar del mal puedo atraer sobre él beneficios y prosperidad. Pero sé muy bien que esto no puede realizarse. No estoy dispuesto a someterme a la esclavitud. Vengaré cada injuria[104] y, si no puedo generar amor, causaré terror. Y empiezo, creador, por jurarte odio eterno a ti. ¡Tú lo has querido! Forjaré tu destrucción lenta, pausadamente, a

103 **Mitigar** significa aplacar, disminuir o suavizar algo doloroso o áspero.

104 Una **injuria** es una ofensa, agravio o ultraje de obra o de palabra.

fin de que puedas maldecir muchas veces la hora en que viniste al mundo.

Al cabo de unos segundos, el furor de su rostro se trasuntó en calma y continuó:

—Sé que la cólera no me favorece, estoy dispuesto a razonar. Si alguien me amara, yo le devolvería su amor cien veces y estaría dispuesto a hacer las paces con la humanidad. Quiero una criatura de sexo femenino tan horrible como yo. Nos unirá nuestra monstruosidad. ¡Quiero que un ser vivo sienta simpatía por mí!

Sus argumentos tenían buenas razones; me di cuenta de que podía pensar de un modo refinado. Temblé por mi propia aceptación; el monstruo se dio cuenta de que yo dudaba y afirmó:

—Si cumples lo que te pido, te prometo que me iré con mi compañera a las regiones inhabitadas de América del Sur. Me basta comer nueces y moras para estar alimentado, y, con lo mismo, se contentará mi compañera.

—Prometes benevolencia y dices que te irás a la selva con las fieras..., pero, allí, tus pasiones se desatarán otra vez, lo sé. Y tu compañera de infortunio solo podría ayudarte a destruirlo todo. Ya ves que no puedo consentir tu deseo.

—¡Qué variables son tus sentimientos! Ahora niegas la compasión que vi en tus ojos; yo te juro por ti, que eres mi creador, que me iré lejos para vivir en el lugar más salvaje, sin la compañía de los hombres. Solo con mi compañera. Mi vida transcurrirá dulcemente, pues tendré quien me dé afecto.

Sentí pena por él y hasta hice un intento por consolarlo. Le dije:

—Juras que serías inofensivo, pero... ¿cómo podría creerte?

—Ya te dije: el amor de otro semejante bastará, me colocará en el engranaje de la existencia de la que ahora estoy excluido.

Después de meditar algunos momentos, concluí que debía dar satisfacción a su demanda. Lo que pedía era

justo, y yo, como creador, debía proporcionarle una esperanza de felicidad.

—Bien, haré lo que me pides. Pero prométeme que abandonarás Europa y cualquier lugar cercano al hombre, tan pronto como te entregue a tu compañera de destierro.

A los gritos, me prometió que así lo haría, con un brillo de alegría en su mirada; y luego se fue, temiendo, sin duda, que yo cambiara de parecer.

CAPÍTULO XVIII

Me di cuenta de que necesitaría muchos meses de estudio y de investigación para hacer una hembra de la misma especie que el monstruo.

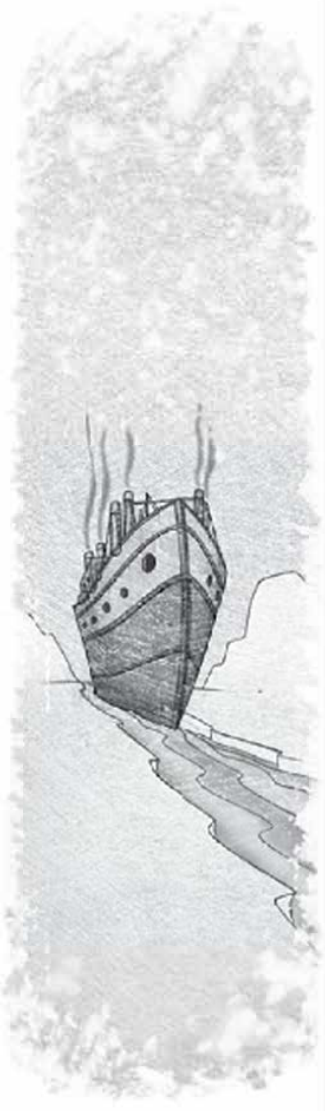
Recordé que en Inglaterra había un sabio cuyos experimentos podían serme útiles, y pensé en pedirle autorización a mi padre para viajar; pero siempre encontraba motivos para no hacerlo. Mi ánimo se elevaba cuando lograba quitar de mis pensamientos la morbosa[105] promesa; mi salud en general había mejorado y me sentía más vital.

En los días malos, me iba al lago y me quedaba largas horas en el bote, contemplando el cielo. Mi padre veía con satisfacción mis mejoras, pero seguía preocupado y, en busca de hallar causas para mi infelicidad, intentó liberarme de un futuro casamiento con Elizabeth:

—Acaso consideres a Elizabeth una especie de hermana para ti, hijo mío, y no desees en absoluto que sea tu esposa. También puede ocurrir que estés enamorado de otra mujer y que, por una cuestión de honor, te consideres ligado a Elizabeth, y eso te hace sufrir.

—Querido padre, no te preocupes por eso. Amo a Elizabeth, y nunca otra mujer ocupará su lugar. Me casaré con ella cuando llegue el momento.

105 El morbo es una tendencia obsesiva hacia lo desagradable, lo cruel o lo prohibido. La promesa de la criatura creada resulta morbosa para Frankenstein porque este considera que la personalidad del ser que ha creado tiende al mal.



—Hijo, eso me alegra mucho. Quizá podamos volver a ser felices, por eso me gustaría saber si quieres casarte de inmediato. Eres joven y dispones de una fortuna considerable, por lo cual no creo que el matrimonio sea incompatible con los planes que hayas forjado para tu futuro.

Por un momento no supe qué responder. Tenía que cumplir antes con una tarea macabra y me horrorizaba mezclar a Elizabeth en todo ello; por otra parte..., ¿cómo disfrutar un acontecimiento tan feliz mientras pendía sobre mi cabeza el filo de ese terrible secreto? Otro asunto era el viaje que debía hacer a Inglaterra para entrevistarme con el sabio inglés y obtener los secretos que necesitaba para culminar con éxito mi trabajo.

Además, no podría trabajar en mi casa, pues, tarde o temprano, me descubrirían. Por otra parte, mis nervios estarían al desnudo de todos; la vez anterior pasé por frecuentes pérdidas de dominio de mí mismo.

Le manifesté a mi padre mi deseo de hacer aquel viaje, cuidando de no decirle las verdaderas razones. Él dio su consentimiento y, luego, adoptó una medida muy paternal: invitó a Clerval, que se uniría conmigo en Estrasburgo,[106] para que me acompañara. Hubiera preferido ir solo, aunque la presencia de mi amigo me libraría de algunos pensamientos penosos.

Así que partí a Inglaterra con la decisión de casarme apenas llegara del viaje, acaso un año después.

El monstruo había dicho que me seguiría a donde yo fuese, por eso supuse que, de un modo u otro, lograría llegar a Inglaterra para vigilarme.

En Estrasburgo, esperé dos días la llegada de mi amigo y, cuando llegó..., ¡qué alegría desbordante tenía! ¡Qué diferente de mí! Cualquier detalle lo convocaba a disfrutar: el paisaje, el aspecto del cielo, el viaje en sí.

—¡Esto es vivir, querido amigo! —decía—. Ahora es cuando disfruto de la vida, de lo que la existencia tiene de maravilloso. Y tú, mi estimado Frankenstein, ¿por qué estás tan abatido?

106 La ciudad francesa de Estrasburgo es la capital de la región de Alsacia próxima a la frontera con Alemania

A Henry, la naturaleza le despertaba una especie de pasión poética; no estaba signado como yo, por la maldición. Yo mismo era la maldición, yo la había provocado en mi vida y en la de mi familia. ¡Ah, Henry Clerval, querido amigo!

CAPÍTULO XIX

La primera parte de nuestro viaje culminó en Londres, donde pensábamos quedarnos unos meses. Mi amigo estaba lleno de cartas que lo recomendaban ante los naturalistas[107] más célebres; yo solo quería adquirir el conocimiento que me permitiera entregarme a mi trabajo.

Veía en Clerval lo que yo hubiera querido ser antes de mi tragedia; alguien interesado en las cosas buenas de la vida, en obtener experiencia y sabiduría. Según sus planes, más adelante viajaría a la India, y este paso por Inglaterra le resultaba fundamental. En realidad, todo lo entusiasmaba: las costumbres, la educación de los ingleses, tan distintas de las nuestras. Solo le preocupaba mi tristeza.

Me rehusaba a acompañarlo a algunos lugares, para poder concentrarme en obtener los materiales que me interesaban, y esome sumía en nuevas torturas, porque cada pensamiento dedicado al monstruo y a la creación de su compañera me era apenas soportable. Meses después, recibimos carta de un amigo escocés[108] que nos había visitado en Ginebra y nos invitó a su tierra. Clerval se entusiasmó, y yo mismo pensé que podía acabar mi obra en cualquier rincón de la hermosa Escocia. Habíamos llegado en octubre a Inglaterra y, en marzo, partimos hacia Edimburgo.[109] Permanecimos allí una semana, y, luego, cruzamos Coupar[110] y Saint Andrew.[111] Orillando el Tay,[112] llegamos a Perth,[113] donde nuestro amigo nos aguardaba.

107 Se llama **naturalistas** a los científicos, que siguiendo el método experimental, estudian los aspectos físicos del mundo.

108 Se llama **escocés** al habitante de Escocia, país del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte.

109 **Edimburgo** es una ciudad, capital de Escocia, en la orilla meridional del estuario del río Forth.

110 **Coupar Angus** es una población del condado de Perth en el centro de Escocia.

111 **Saint Andrew** es una ciudad en la costa este de Escocia. Según dice la leyenda, en el siglo XII, San Régulo trajo hasta allí, las reliquias de San Andrés, patrono de Escocia.

112 El **Tay** es el río más largo de Escocia. Nace en los Highlands (región montañosa del norte) y fluye hacia el centro del país.

113 **Perth** es un condado situado en el centro de Escocia. Su capital lleva el mismo nombre y fue durante la Edad Media la capital de Escocia.

Mi ánimo no estaba para esas charlas y bromas que se dan entre camaradas. Le pedí Henry que él se quedara allí, porque yo quería recorrer Escocia en solitario por unos dos meses. El pobre no tuvo más remedio que aceptarlo y solo me pidió que le escribiera con frecuencia.

Me fui con mis instrumentos químicos y mis materiales; recorrí las tierras altas y elegí un islote de las Orkneys,[114] una tierra yerma, rocosa, que apenas podía alimentar a cuatro vacas. La población consistía en cinco personas muy pobres. Lujos como el agua potable, las verduras y el pan debían traerse de un poblado a cinco millas de distancia, sobre tierra firme. Alquilé una de las tres chozas disponibles, que constaba de dos habitaciones en míseras condiciones.

Estaba convencido de que el monstruo me había seguido de un modo u otro. Ordené algunas reparaciones inevitables y, después de comprar algunos muebles, me instalé. Los vecinos, consumidos por la miseria en que vivían, se mostraron indiferentes a mi presencia, y eso era lo que yo más quería. Aislado en aquel refugio, comencé a trabajar por las mañanas. Por las tardes, si el tiempo lo permitía, caminaba en las playas pedregosas, para ver el paisaje y escuchar las olas cuando chocaban contra los riscos.

Los progresos de mi trabajo no me causaban placer, solo repugnancia. Hacía mi trabajo con frialdad y sin el entusiasmo de la primera vez; era más consciente de las horribles tareas en que se ocupaban mis manos.

Temía alejarme de mis vecinos, en los paseos, por miedo a encontrarme solo, cara a cara con el monstruo.

El plan avanzaba, y no me permitía pensar en un fracaso.

114 Las islas Orkneys (conocidas como Orcadas) son un archipiélago de aproximadamente setenta islas, de las cuales veinte están habitadas, ubicado frente a la costa norte de Escocia.

CAPÍTULO XX

Una anochecer, mientras esperaba que la luna llena asomara por encima del mar para continuar el trabajo con su luz, reflexioné los alcances de mi nueva obra.

Podría ocurrir que el nuevo ser naciera con una tendencia natural al crimen, podía ser que no aceptara el acuerdo que yo había hecho con su compañero y que no quisiese irse lejos de los hombres. Podía suceder, también, que, al verse, se odiaran mutuamente por su espantoso aspecto reflejado en el otro. Y aun si ella aceptaba irse al nuevo mundo, podían llegar a tener hijos, lo que daría lugar a una raza nueva, peligrosa para la humanidad. ¿Tenía derecho yo a hacerlo por pensar en mi propio interés y seguridad? ¿No lanzaba una maldición sobre las generaciones venideras?

Los hombres del futuro podían llegar a aborrecer mi nombre.

Entonces lo vi, parado ante la puerta, iluminado por la luna. Con un gesto de malicia y de interrogación, observaba mi mesa de trabajo para ver los progresos.

En un arrebato de emoción y lucidez, destruí ante la vista del monstruo todo lo que había hecho. Comprendí que mi promesa era una locura. El monstruo emitió un alarido demoníaco y, en vez de atacarme, se fue, desesperado al ver borradas sus esperanzas.

Durante horas estuve alerta, mirando el mar a través de la ventana de mi dormitorio. Había unos botes con pescadores sobre las aguas inmóviles. De pronto, unos pasos apagados resonaron en el corredor, la puerta de mi alcoba se abrió, y apareció allí, tal como yo me había temido, el monstruo. Quería gritar y no podía, quería huir, pero adónde. Me sentía dentro de una pesadilla. Entonces, el engendro me habló, amenazante:

—Destruiste tu obra. ¿Vas a faltar a tu palabra? Sabes que pasé miserias sin fin. Salí de Suiza tras de ti, me arrastré

Presently I heard the sound of footsteps along the passage; the door opened, and the wretch whom I dreaded appeared.

Unos pasos apagados resonaron en el corredor, y finalmente se abrió la puerta de mi alcoba, apareciendo en ella, quien yo me había temido.

por las riberas del Rin, trepé por las colinas inglesas hasta llegar a los desiertos de Escocia; con sed, con hambre, con frío. Solo para que tú rompas mis esperanzas.

Le respondí:

—¡Márchate! ¡Jamás crearé otro ser de tu especie! ¡Me niego a cumplir lo que juré hacer en un momento de debilidad!

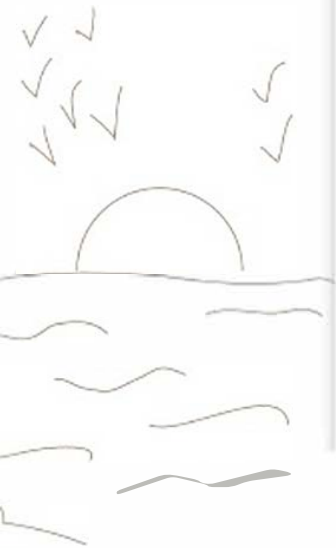
—Tú eres mi creador, pero recuerda que me hiciste poderoso, así que yo, ahora soy tu dueño. Y tú, mi esclavo. Harás lo que yo diga.

—No, ya terminó la hora de mi indecisión. Y ya concluyó también tu poder sobre mí. Tus palabras no lograrán nada.

El monstruo rechinó los dientes de impotencia y comenzó a proferir amenazas sin límites.

—Pasarás cada minuto de tu vida atemorizado. Nunca serás feliz. Podrás anular todas mis pasiones, pero no la sed de venganza. Te vigilaré, como la víbora a su presa antes de destruirla. Y ahora me iré, pero recuerda estas palabras: estaré contigo el día de tu boda.

Ciego de furia, intenté atacarlo, pero me esquivó con facilidad, para perderse en la playa y subirse a un bote. Me maldije por no poder seguirlo y hundirlo en las aguas, por no entablar con él un combate mortal. Recordé sus palabras: "Estaré contigo el día de tu boda". ¡Ese sería el momento que elegiría para mi ejecución! La idea de ver a Elizabeth horrorizada ante mi muerte me desesperaba. Decidí que, antes, lucharía con el monstruo hasta el final.



La noche pasó, y, al amanecer, miré el océano que me separaba de mis semejantes, una muralla que cruzaría solo para morir o ver morir a mis seres más queridos. Vagué por la isla como un alma en pena, hasta que, cerca del mediodía, me tumbé sobre la hierba y me dormí, agotado. Horas después, desperté con la mente más fresca.

Más tarde, en la playa, un hombre en bote me trajo varias cartas de Ginebra y una de Clerval. Me rogaba que

volviera con él, puesto que se aburría con los escoceses y me extrañaba. Además, debía retornar pronto a Londres, ya que sus contactos allí le habían escrito para que volviese, con motivo de mantener algunas reuniones previas a su próximo viaje a la India. En suma, quería estar conmigo antes de marcharse. Esta carta fue para mí como una explosión de vida, y decidí partir dos días después.

Antes, tuve que reunir fuerzas para entrar en mi laboratorio y recoger el instrumental. Allí se encontraban esparcidos los restos del ser que estaba creando; por momentos, me pareció ver un cuerpo humano destrozado en vida. Caí en la cuenta de que no podía dejar esos restos allí, porque levantaría las peores sospechas de mis vecinos. Decidí arrojarlos al mar, durante la noche, en un cesto lleno de piedras. A las tres de la madrugada, cuando salió la luna, me subí a un bote y me hice a la mar. Me alejé de algunas lanchas que regresaban, con la sensación de estar cometiendo un crimen. En el instante en que la luna se ocultó tras una nube, arrojé mi carga al agua.

La brisa era suave, y me sentí liberado. Decidí seguir embarcado un poco más; dejé los remos y, sin saber cómo, me quedé dormido. Me despertó el sol, alto en el cielo, y un viento fuerte que hacía peligrar mi frágil bote. Iba sin rumbo, sin brújula, y no conocía la región. Corría el riesgo de verme lanzado al furioso Atlántico. Pensé que, si yo moría, la inmunda criatura saciaría su sed de venganza en Elizabeth, en mi padre, en Clerval.

Horas después, atormentado, vi que me acercaba a una isla. La desesperación se trocó en alegría. La isla tenía un aspecto algo salvaje y estaba llena de riscos, pero también se veían prados cultivados y barcas ancladas. Es decir, había allí civilización. Yo tenía algo de dinero, y podría reponer mis fuerzas en ese lugar. Con mayor felicidad todavía, divisé el campanario de una iglesia, el puerto, un poblado. Mientras amarraba el bote, ya la gente se acercaba a mí. Parecía sorprenderles mi aparición, pero

no me ayudaban, sino que murmuraban con gestos más bien hostiles. Hablaban en inglés, por lo que me dirigí a ellos en su propio idioma.

—Amigos..., ¿podrían decirme en qué lugar me hallo, el nombre de este pueblo?

Un hombre me respondió con brusquedad:

—Pronto lo sabrá. Y tal vez no le gustará enterarse; pero su opinión no importará mucho.

—¿Por qué me trata de un modo tan grosero? Tengo entendido que los ingleses no reciben así a los extraños que llegan a sus costas —dije, sorprendido.

—No sé los ingleses, pero los irlandeses[115] odiamos a los criminales.

Quedé perplejo. Quise saber de una posada, pero nadie me respondió y, cada vez, se reunía más gente que me estudiaba con curiosidad y enojo. Uno de ellos me pidió que lo acompañara hasta la casa del magistrado[116] del lugar, el señor Kirwim.

—¿Por qué?¿No estoy acaso en un país libre?

—Desde luego, un país libre para gente honesta. Y usted deberá explicar algunas cosas respecto de un caballero que apareció asesinado anoche.

Me desconcertó la respuesta, pero yo era inocente. Sin embargo, todavía no imaginaba la calamidad que después se abatiría sobre mí.

CAPÍTULO XXI

El magistrado era un venerable anciano de aspecto bondadoso que, sin embargo, me miraba con severidad. Preguntó a mis acompañantes quién quería salir como testigo. Eligió uno de seis que se ofrecieron, un hombre joven y enérgico, quien no vaciló en acusarme.

115 Se llama irlandeses a los habitantes de la isla de Irlanda, un país ubicado al noroeste de Europa, en el Océano Atlántico Norte.

116 Un magistrado es la persona que tiene el oficio o el cargo de juez.

Dijo que la noche anterior había estado pescando con su hijo y su cuñado, hasta que se levantó un viento fuerte y volvió hacia el puerto. Desembarcaron en un arroyo pequeño, como de costumbre, a unas dos millas del puerto. La noche era oscura, porque todavía no había luna. Su hijo tropezó con algo y cayó al suelo. Cuando lo ayudaron a levantarse, a la luz del farol, vieron que era el cuerpo de un hombre. Un hombre que, al parecer, estaba muerto. Tenía las ropas secas, y el cuerpo, todavía caliente. Lo llevaron a una cabaña cercana, donde intentaron su recuperación, pero todo había sido en vano.

Se trataba de un muchacho bien parecido, de unos veinticinco años: tenía huellas de estrangulamiento en el cuello.

Al principio, la declaración no me intranquilizó, pero en cuanto oí lo del estrangulamiento, me estremecí. Recordé la muerte de William. Me puse muy nervioso, cosa que no me favoreció a los ojos del magistrado.

El hijo confirmó la declaración del padre, y el cuñado agregó algo más: que había visto un bote poco antes del macabro[117] encuentro, tripulado por una sola persona, internándose en el mar. Y que le parecía el mismo bote en el que yo había desembarcado en esas orillas.

Lo mismo declaró una mujer y otra y varias personas más. Todos dedujeron que la furia del viento me habría impedido gobernar el bote y, por tal motivo, sumado a mi evidente ignorancia de la región, había regresado al lugar donde antes había abandonado, según ellos, el cuerpo del hombre que yo había matado.

El magistrado ordenó que me condujeran en presencia del cadáver; sin duda, quería analizar mis reacciones. Nunca podría describir las sensaciones que experimenté al ver el cuerpo que yacía en aquel cuarto. Todo, interrogatorio, magistrado, testimonios, absolutamente todo dejó de tener importancia para mí al ver en el féretro[118] el cuerpo sin vida de Henry Clerval. Me arrojé sobre él gritando:

117 Lo **macabro** es aquello que está relacionado con la muerte, y con las sensaciones de horror y rechazo que esta suele provocar.

118 Se llama **féretro** a un ataúd.

—¡También a ti, amigo mío, te han llegado mis criminales maquinaciones! ¡Dos de mis seres queridos han sido ya destruidos!

Me sacaron de la habitación, presa de convulsiones.[119] Estuve dos meses con fiebres y delirios en los que, según me contaron, me acusaba de las muertes de Henry, de Justine y de William. Solo el señor Kirwin entendía mi idioma natal,[120] pero aún así, los demás se asustaban con mis gritos y expresiones.

Al cabo de dos meses, me encontré despierto: estaba condenado a vivir. Yacía sobre un catre, en un calabozo. A mi lado había una mujer vieja, sentada en una silla, que me observaba con indiferencia: era mi enfermera y, a la vez, esposa de uno de mis carceleros. Me había cuidado y ayudado a salvar mi vida, aunque con toda naturalidad me dijo que no la pasaría muy bien.

—Más te valdría haber muerto. Pero cumplí con mi obligación de asistirte.

Sentí repugnancia por la frialdad de aquella mujer. Por momentos, dudaba de cuanto había sucedido y, al reflexionar sobre los amargos acontecimientos, volvió la fiebre y la oscuridad. No había nadie que me dirigiera una palabra amable. Apareció el médico y me recetó algunas pócimas[121] para que me preparase la enfermera. Yo era un asesino y, a ellos, no les interesaba nada de mí.

Pronto supe, a pesar de lo miserable de mi calabozo, que era el mejor de la prisión. El señor Kirwin así lo había decidido, lo mismo que poner enfermera y médico a mi servicio. No dejaba de ser una muestra de afecto que me visitara para cuidar de que yo estuviera bien atendido. Un día vino a verme, con una sonrisa que expresaba tanto simpatía como compasión. Tomó una silla y, sentado, me dijo:

—Temo que este lugar no le agrada. ¿Qué puedo hacer para mejorar su estancia[122] aquí?

—Se lo agradezco, pero ya no hay un lugar donde pueda sentirme a gusto —respondí.

119 Las convulsiones son contracciones intensas e involuntarias de los músculos del cuerpo, de origen patológico.

120 El idioma natal es el que se aprende desde el nacimiento o en el lugar donde se ha nacido.

121 Las pócimas son bebidas medicinales resultado del cocimiento de materias vegetales.

122 En este caso, el vocablo estancia hace referencia al tiempo que permanece alguien en un lugar.

—Nos será muy fácil demostrar su inocencia: pronto lo sacaremos de la cárcel. Ya verá —me anunció.

—No hay desgracia mayor que me pueda suceder, y la muerte sería una liberación, se lo aseguro.

El hombre era bondadoso, pero también muy inteligente:

—Ciertamente, nada peor podría haberle ocurrido. Es arrojado usted a esta playa, famosa por su hospitalidad; pero se lo detiene y se le acusa de asesinato. Peor aún: la víctima es su mejor amigo, puesto en su camino por algún enemigo suyo.

Las palabras del magistrado me produjeron sorpresa, porque parecía tener fundamentos para decir estas cosas. Enseguida agregó:

—Vi los papeles que llevaba encima y encontré las cartas que su padre le envió desde Ginebra; le escribí de inmediato..., pero... ¡tiembla usted! Lo estoy agitando demasiado.

—Siga, por favor, dígame que no ha ocurrido una nueva desgracia en mi familia —le rogué.

—Su familia está perfectamente bien —respondió el señor Kirwin con calma —, y alguien, un amigo suyo, vino a visitarlo.

No sé por qué asocié esa visita a la presencia del monstruo, a que había tenido la audacia de venir a burlarse de mí y a exigirme el cumplimiento de mi promesa.

—¡Por Cristo crucificado! ¡Aléjenlo de mí! No quiero verle. ¡No, no!

El señor Kirwin, perplejo, me dijo con severidad:

—Joven, pensé que la visita de su padre le gustaría.

—¡Mi padre! —grité— ¿Es cierto que está aquí?

Nada podría darme mayor alegría que la visita de mi padre. Mis rasgos se dulcificaron, y mi angustia se convirtió en una súbita felicidad, lo cual pareció agradarle al magistrado.

Luego de tranquilizarme con respecto a Elizabeth y a Ernest, mi querido progenitor me dijo:

—¡En qué sórdido[123] lugar caíste, hijo! Buscabas felicidad en este viaje y mira..., ¡y el pobre Clerval!

El nombre de mi amigo me provocó convulsiones y comencé a llorar con un dolor sin límites.

El señor Kirwin entró en la celda y nos impidió hablar de lo que había sucedido, debido a que no me encontraba en condiciones. Con todo, saber que mi padre estaba conmigo me ayudó a recuperar mis fuerzas. Pasé un total de tres meses en la cárcel: el magistrado mismo se encargó de verificar y de comprobar mi inocencia, con testimonios que certificaron que, al hallarse el cuerpo de Clerval, yo estaba en las islas Orkneys. Se me ahorró la vergüenza de un juicio público, y fui puesto en libertad.

Mi aspecto era el de un esqueleto: la piel se pegaba a mis huesos. Aun así, mi querido padre compró los pasajes para un buque que zarpaba con destino a El Havre-de-Grace.[124]

CAPÍTULO XXII

Tras desembarcar, proseguimos con dirección a París.[125] Allí me vi obligado a descansar unos días. Mi padre insistía en ayudarme, pero los medios de que se valía eran contrarios a los que yo necesitaba. Me rodeaba de otras personas, cuando yo aborrecía a todos los hombres. ¡Oh, no, no eran ellos a quienes odiaba! Eran mis semejantes, eran iguales a mí, y aun el más horrible de ellos me atraía como si fuese una criatura angelical. Pero la idea que me dominaba era que yo no tenía derecho a disfrutar de su compañía por haber lanzado al mundo a una criatura cuyo placer era derramar sangre y gozar con el sufrimiento de sus víctimas. ¡Todos me odiarían si supieran lo que había hecho!

Mi pobre padre creía que mi orgullo estaba herido por la

123 Un lugar **sórdido** es un lugar precario, sucio y miserable.

124 **El Havre-de-Grace** es una ciudad del noroeste de Francia, situada en la orilla derecha de la desembocadura del río Sena en las aguas del Canal de La Mancha. Havre significaba, antiguamente, "puerto". La ciudad se llamó Le Havre de Grâce debido a la presencia de una capilla que honraba a la Virgen María, llamada Notre-Dame-de-Grâce (Nuestra Señora de la Gracia), que ya existía en el lugar antes de la fundación de la ciudad.

125 **París** es la capital de Francia, situada en el centro norte del país, a orillas del río Sena.

estadía en la cárcel. Y él me oyó, no una, sino muchas veces, decirle:

—Padre, Justine murió víctima de la justicia y era inocente, se la acusó de algo idéntico a lo que se me acusó a mí. Ella murió por mi culpa. William, Henry, Justine... ¡a todos los maté yo!

Mi padre trató de que yo profundizara, que le dijera algo más...; hasta que terminó pensando que tales ideas habían arraigado en mi mente durante mis delirios en la cárcel y que eran obra de una imaginación enferma. Yo sabía que, si le contaba la verdad, él mismo me daría por loco perdido. Y aun si no lo hiciera..., ¿cómo decirle la verdad? Lo sumiría en una intranquilidad permanente. Así, reprimí la voz de mi conciencia, que con frecuencia quería gritar la verdad al mundo entero. Mi comportamiento se fue tranquilizando. Mis conversaciones se hicieron coherentes.

Pocos días antes de volver a Suiza, recibí carta de Elizabeth.

Ginebra, 18 de mayo de 17...

Mi querido amigo: sentí un inenarrable placer al recibir la carta de mi tío, desde París. No estás ya a una distancia tan grande de mí, por lo que espero verte antes de quince días. ¡Pobre primo mío, cuánto has debido sufrir! Solo ansío comprobar que hay calma en tu corazón y que el amor no te es ajeno, a pesar de todo.

Me atenaza[126] *la duda de que los sentimientos que te mortificaban hace un año aún persistan y que, acaso, se hayan incrementado con el paso del tiempo. No quiero causarte disgustos, pero es preciso que te explique algo antes de que nos reunamos.*

Ya sabes que nuestra unión fue el sueño de tus padres desde niños. Fuimos los mejores compañeros de juegos y, creo yo, los mejores amigos a medida que crecimos. Me pregunto... ¿no será que nuestro amor se parece al de dos hermanos? ¿Que nos queremos con locura, pero sin desear un tipo de intimidad más profunda? Víctor: te ruego que me digas con claridad, por nuestra futura dicha, si amas a otra mujer.

126 **Atenazar** significa sujetar fuertemente con tenazas o como si fuera con tenazas. Se utiliza también como sinónimo de torturar o afligir.

Viviste muchos años en Ingolstadt, has viajado mucho, y no puedo evitar pensar que, por honor, te sientas obligado a casarte conmigo. Confieso que te amo, pero no solo pienso en mí, pienso también en ti. Siento un amor demasiado sincero como para desear atarte a mí si tú no lo deseas. ¡Quiero que seas feliz, mi buen amigo! ¡Eso espero para ti tu prima, tu compañera de juegos, tu amiga!

No te apures en responder. A tu vuelta, si veo asomar en tus labios una sonrisa por mi causa, no desearé, te aseguro, otra felicidad.

Elizabeth Lavenza

Esta carta hizo resucitar en mi memoria la odiosa frase del monstruo: "¡Estaré contigo el día de tu boda!" Pero no le temería. Mi matrimonio estaría signado por una lucha a muerte con el engendro.

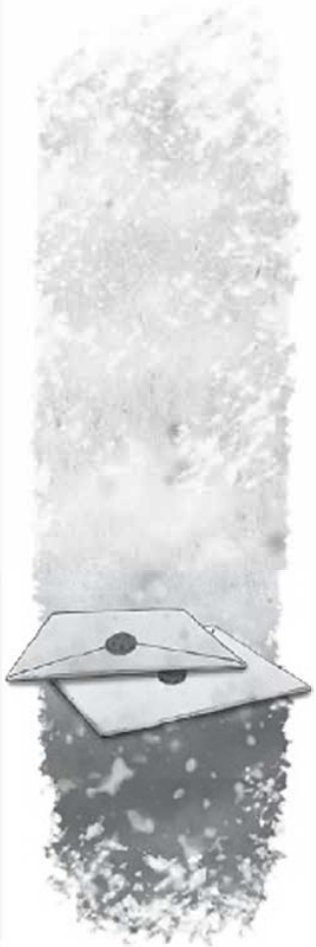
Respondí a la carta de mi prima con afecto y ternura y, entre otras cosas, le decía:

"Temo, amada mía, que no queda mucha felicidad en el mundo para que podamos disfrutarla. Pero, sea como sea, lo que espero alcanzar en esta tierra puede venir tan solo de ti. Olvida los temores que manifiestas en tu carta, es a ti a quien quiero consagrar mi vida; a nadie más que a ti.

Tengo un secreto terrible que contarte, querida prima: un secreto que helará tu sangre cuando lo sepas. Te lo revelaré al día siguiente de nuestro matrimonio, porque entre nosotros debe reinar la confianza más perfecta. Por favor, no digas nada a nadie".

Una semana después, llegamos a Ginebra, y mi amada me recibió con su calidez insuperable; lloró, sin embargo, al ver mi semblante tan demacrado. Ella estaba más delgada y había perdido parte de su encantadora vitalidad; a cambio se veía más dulce y suave, lo cual la convertía en la compañera ideal para un hombre agotado física y mentalmente como yo.

Incluso, intentó hacerme comprender que debía resignarme, aceptar. Pero resignarse es bueno para un inocente; los culpables, como yo, no conocen la paz jamás.



Las agonías del remordimiento envenenan los placeres más pequeños.

Cuando mi padre propuso llevar a cabo la boda cuanto antes, respondí con un largo silencio. Mi padre se preocupó, quiso saber si yo tenía otros compromisos y, ante mi negativa, dijo:

—Hijo mío, nuestra familia es reducida, pero las desgracias la unieron aún más. Y vendrán nuevos integrantes a quienes amar y a quienes proteger.

Recordé la amenaza del monstruo, pero me consolé pensando que, con mi vida, podría salvar la de Elizabeth; una súbita alegría me invadió y acordamos una fecha pronta con mi padre, si mi prima accedía.

Si por un momento hubiera sospechado las malvadas intenciones del monstruo, me hubiera ido de mi casa para vagar por el mundo y jamás hubiera consentido tan desgraciado matrimonio.

Los días siguientes no hicimos más que preparar la boda. Nuestra casa se llenó de amigos que venían a felicitarnos. Mi padre consiguió que el gobierno austríaco le devolviera a Elizabeth parte de la herencia familiar, una propiedad a orillas del lago de Como. Acordamos que, después de concretada la boda, partiríamos hacia allí.

Llevaba conmigo una pistola y una daga,[127] por si el monstruo aparecía. Más tranquilo, inmerso en la nube de los preparativos, llegué a suponer que la amenaza no se cumpliría.

El día llegó. Al término de la ceremonia, los invitados festejaban en la casa de mi padre, en tanto que Elizabeth y yo partíamos de viaje. Nuestra intención era cruzar el lago y hacer noche en Evian,[128] para continuar viaje al día siguiente.

Tomé la mano de Elizabeth, luego de embarcar, y le dije:

—No estés triste, amada mía. Disfrutemos, a veces pienso que hoy es el único día en que podré estar contento durante el resto de mi vida.

Ella me respondió:

127 Una daga es un arma blanca de mano, de hoja corta y ancha.
128 Evian es un famoso balneario de la costa francesa del lago Leman.

—No te dejes llevar por la pena, querido Víctor. No obstante, siento que no debiera confiar mucho en el porvenir...; pero no quiero hacer caso de ese mal presentimiento. Mira qué día hermoso, qué bellas las nubes del Mont Blanc. Se pueden ver los peces en el agua y las piedras en el fondo del lago. ¡Qué día tan maravilloso!

CAPÍTULO XXIII

Cuando desembarcamos, el reloj del campanario desgranaba, una tras otra, ocho campanadas. Nos dirigimos a la posada, desde la cual admiramos el paisaje: las aguas, los bosques y las siluetas de las montañas que se oscurecían en la penumbra del crepúsculo que finalizaba, para dar paso a la noche.

Volvieron a surgir los temores. Estaba alerta al menor ruido.

Elizabeth me preguntó:

—¿Qué te preocupa tanto? ¿Qué temes?

—Tranquilízate, querida mía. Será esta noche una noche terrible, pero, luego, el peligro habrá pasado.

Una hora después, me di cuenta de que lo mejor era que ella se retirara a descansar, así no la obligaba a soportar mi inquietud. Me obedeció, y comencé una guardia intranquila por los corredores de la casa. De pronto, un grito horrible me estremeció. Quedé paralizado, hasta que un nuevo alarido me hizo correr como loco al cuarto de mi amada. Ella, mi amor, yacía sobre la cama, lívida y sin vida. Sus hermosas facciones aparecían convulsionadas por entre el desorden de su cabellera.

Me pregunto aún cómo no caí muerto allí mismo; solo perdí la noción de todo y me desmayé.

Cuando recuperé el conocimiento, me encontraba rodeado por las gentes de la posada. Me miraban con rostros

When I recovered, I found myself surrounded by the people of the inn; their countenances expressed a breathless terror: but the horror of others appeared only as a mockery, a shadow of the feelings that oppressed me.

Cuando recuperé el conocimiento, me encontraba rodeado por las gentes de la posada. Me miraban con rostros aterrorizados, que parecían una caricatura del mío propio.

aterrorizados, que parecían una caricatura del mío propio. Corrí al cuarto y abracé a mi amada, aunque el frío mortal de su carne me hizo comprender que mi Elizabeth ya no habitaba ese cuerpo. Las huellas criminales del asesino estaban impresas en su cuello.

Levanté la cabeza y vi al monstruo más allá de la ventana, alumbrado por la luna: su rostro deforme reflejaba una mueca de burla, y su dedo índice señalaba el cuerpo de mi esposa. Disparé contra él, pero se zambulló en el lago, y lo perdí de vista.

El estampido atrajo la atención de la gente. Muchos botes, yo en uno de ellos, fueron tras el monstruo. Todo fue inútil; horas después, nada se sabía del asesino. Me tiré sobre una cama, ardiendo de fiebre. Al rato volví al cuarto de mi esposa, donde unas mujeres lloraban; y yo también lloré. Poco a poco recobré la lucidez y pensé en mi padre, en Ernest y decidí volver de inmediato a Ginebra, tal vez a ellos podía salvarles la vida.

Regresé por el lago, al amanecer, con viento desfavorable y una lluvia torrencial. A pesar de que el ejercicio físico siempre había sido un consuelo para mí, movido por la desesperación, cegado por la lluvia y el dolor, en un momento arrojé los remos lejos de mí. Lloré sin consuelo cuando vi los peces en el agua, tal como los había visto Elizabeth el día anterior.

No podía haber nadie en la vida más desgraciado que yo.

Lo que queda por explicar, no creo que interese mucho: uno a uno mis seres queridos me fueron arrebatados, hasta que quedé completamente solo. Sin embargo, lo contaré brevemente.

Mi padre murió de tristeza, en mis brazos, pocos días después; Elizabeth era su última esperanza en la tierra.

Desde entonces, perdí la noción de todo y me sumí en las tinieblas. Algunas veces, soñaba que estaba paseando en

campos floridos, al sol; pero, al despertar, me encontraba en un calabozo. Se me permitió salir de la prisión cuando recuperé el dominio de mí, aunque a cambio, la tristeza de mi vida se me hizo consciente. Más tarde supe que me habían creído loco y que por ese motivo me encerraron en una celda solitaria, donde permanecí muchos meses.

Hice un intento por denunciar al monstruo ante un juez, quien escuchó mi relato con educación, pero incrédulo. Me dijo que un monstruo tan poderoso no podría ser apresado por la justicia, dado su poder indestructible, y no aceptó mi demanda.

Decidí que yo mismo abocaría el resto de mi vida a destruirlo.

CAPÍTULO XXIV

Si antes me dominaba la fiebre y el delirio, ahora me obsesionaba el cálculo y la frialdad; todo ello motivado por el deseo de venganza.

Abandoné mi tierra natal, pues allí solo había recuerdos de dolor para mí. Así empecé un peregrinar que durará hasta el día de mi muerte. Recorrí el globo entero; viví en países salvajes, en regiones yermas,[129] dormí a la intemperie, soporte mil penurias y contratiempos que solo conocen los viajeros. Cuando muera mi enemigo, podré darme sosiego.

Una noche, antes de partir, pasé por el panteón donde reposaban los restos de Elizabeth, William y mi padre. Ante sus ataúdes, en la soledad del cementerio, lleno de odio y de furia, junté mis manos y exclamé:

—Por la tierra sagrada en la que me arrodillo, juro perseguir al ser demoníaco que causó tan inmensa desgracia,

129 Las regiones yermas son territorios inhabitados o no cultivados.

hasta que uno de los dos muera en combate. Espíritus de mis queridos muertos, ayúdenme en este, el único propósito de mi vida miserable.

Entonces, en medio del silencio, resonó una carcajada que parecía salida del infierno mismo. Reconocí la voz aborrecible:

—¡Estoy satisfecho, maldito! Has decidido vivir, y eso me llena de satisfacción.

Me acerqué hacia el lugar de donde provino la voz, y en efecto, el monstruo estaba allí; pero me eludió con facilidad y desapareció rápidamente.

Desde entonces, guiado por los rastros que va dejando en su ruta, lo persigo. Por el Ródano,[130] por el azul Mediterráneo, donde lo vi una noche zarpar en un barco hacia el mar Negro.[131] En vano lo perseguí por las salvajes zonas de Rusia y Tartaria,[132] guiado por los campesinos asustados que lo habían visto. Con el comienzo de las nieves, me fue fácil ubicar sus huellas bien marcadas.

En ocasiones, el monstruo me dejaba mensajes en la corteza de los árboles o en las rocas. Uno de sus mensajes decía: "Mi reinado no ha terminado todavía. Vives, y mi poder sobre ti es total y absoluto. Sígueme. Voy en busca de los eternos hielos del Norte, donde sufrirás el tormento del frío glacial, que a mí me deja impasible. A poca distancia de aquí, te dejé una liebre muerta para que repongas fuerzas; sacia tu hambre con ella. Aún falta que sufras mucho hasta que nos encontremos. Adelante, enemigo".

Así atravesé los mares helados, hasta llegar al océano Ártico.[133] Compré un trineo y unos perros, y me acerqué mucho al monstruo, que me llevaba un día de ventaja.

Los habitantes de una pobre cabaña me dijeron que el día anterior había entrado un ser gigantesco, armado de un rifle y de varias pistolas. Se había apoderado de los alimentos que tenían para todo el invierno y, luego de colocarlos en un trineo, tomó la dirección que conduce al Polo Norte.

130 El río **Ródano** nace en los Alpes suizos, cruza el lago Leman, atraviesa la ciudad de Ginebra y desemboca por el golfo de León en el mar Mediterráneo.

131 El **mar Negro** es un mar interior que se extiende entre el sureste de Europa y Asia Menor.

132 **Tartaria** es el nombre que los europeos medievales dieron a una gran extensión de tierra del centro y norte de Asia habitada por pueblos túrquicos y mongoles, a los que genéricamente se llamaba "Tártaros". Incluía lo que en la actualidad se conoce como Siberia, Turquestán, Mongolia y Manchuria.

133 El océano Glacial **Ártico** es una masa de agua que constituye el más pequeño de los cuatro océanos del mundo. Se extiende al sur del Polo Norte hasta las costas de Europa, Asia y Norteamérica.

Esta noticia me sumió en la desesperación, pues me vería obligado a emprender un viaje peligroso por los témpanos del océano, soportando temperaturas bajísimas. Anduve semanas por las aguas heladas en el trineo. Un día en que mis pobres animales lograron superar una cumbre de hielo, percibí una mancha apenas perceptible a lo lejos. ¡Era él! Vi al monstruo en un trineo. Luego, cuando ya parecía que lo tenía, el hielo se partió en dos con un rugido impresionante, y las aguas se agitaron con mayor fuerza. El hielo siguió quebrándose y me separó de mi enemigo.

Quedé a la deriva sobre un témpano. Mis perros morían uno tras otro. Así divisé tu barco, Walton, mi última esperanza. Jamás pensé que en estas latitudes encontraría un barco. ¿Podré alcanzar al monstruo, para lograr el descanso que tanto deseo? ¿Será que debo morir mientras él continúa viviendo? Si esto ocurre, Walton, júrame que no dejarás que él saque provecho de mi muerte. Júrame que lo buscarás y lo matarás. No. No quiero transferirte mis padecimientos. Pero si la suerte lo cruza en tu camino, mátalo. Que no siga acumulando víctimas. Que no triunfe así sobre mí. No lo escuches, porque puede ser persuasivo. Su figura es un pálido reflejo de su alma. Está lleno de diabólica malicia.[134] Llama a los espíritus de William, Justine, Clerval, Elizabeth y mi padre, invoca el mío propio, y húndele tu espada en mitad del corazón.

Continuación del diario de Robert Walton

26 de agosto de 17...

Margaret, ahora que has leído esta historia, aún debes de tener la sangre congelada en tus venas. No sabes cómo variaban las expresiones y el tono de voz de Frankenstein. Por momentos, relataba los incidentes más espeluznantes con la voz tranquila, pero súbitamente descomponía sus facciones, y la violencia se apoderaba de él; entonces, gritaba terribles juramentos contra su enemigo.

134 Se llama **malicia** a la intención solapada u oculta, generalmente maligna o pícara, con que se dice o se hace algo.

Al darse cuenta de que yo iba tomando notas de todo lo que me decía, mostró interés por verlas y corregirlas. Me confesó:

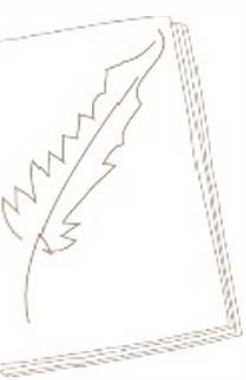
—No me gustaría que estas notas pasaran a la posteridad con errores que las falseen.

Así es como pasé una semana escuchando este relato extraordinario y único en la historia humana. No sé cómo despertar en un ser tan desgraciado el deseo de vivir. Mi huésped solo espera la muerte, y el único alivio lo tiene cuando sueña y cree que vuelve a estar rodeado de sus amigos y familiares queridos.

Me dijo:

—Cuando era más joven, me creía destinado a alguna gran empresa y era consciente de que no debía lamentarme ni desperdiciar tiempo para lograr mi objetivo. Cuando medité sobre lo que acababa de conseguir, es decir, la creación de una criatura capaz de sentir y razonar, ya no me era posible alinearme en las filas de los demás investigadores. Me siento como el ángel que aspiró de manera insensata a la omnipotencia y, por eso, fui arrojado al Infierno. Aún hoy, sin embargo, recuerdo con entusiasmo el período que pasé enfrascado en mis trabajos. Un gran destino, mi amigo, me arrastró en medio del vértigo, pero me caí para no levantarme más.

Mi querida hermana, no puedo abandonar a este admirable ser. Pensar que yo deseaba un amigo y lo vengo a encontrar en estas aguas desiertas, tan solo para perderlo. ¿Cómo podría reconciliarlo con la vida? Dice que ya no podrá sustituir los lazos de los afectos perdidos. Solo quiere vivir hasta matar a su enemigo...



2 de septiembre de 17...

Mi muy querida hermana: te escribo rodeado de peligros. Grandes bloques de hielo no nos permiten avanzar ni retroceder. La vida de la tripulación está en riesgo; no sé si

volveré a Inglaterra. Mi huésped me mira con compasión e intenta darme aliento. Los mismos marineros se ven influenciados por su elocuencia y, cuando les habla, olvidan su miedo y renuevan sus fuerzas. Sin embargo, sé que un motín[135] puede sobrevenir de un momento a otro.

5 de septiembre de 17...

Acaba de suceder algo muy interesante. Lo escribiré, aunque estos papeles quizá nunca lleguen a tus manos.

Nos rodean las montañas de hielo. El frío es glacial, y ya murieron los primeros compañeros. Todo es desolador. Frankenstein tiene una salud precaria, está afiebrado, agotado, en un sopor parecido a la muerte. Estaba con él esta mañana, cuando media docena de marineros entraron al camarote. Te dije, en mi carta anterior, que temía un motín; pues bien, el que parecía ser el jefe me quiso arrancar la promesa de que, si los hielos nos liberaban el paso, debíamos regresar y no seguir adelante.

Me indigné, pero había justicia en aquella petición. Iba a contestar, cuando Frankenstein salió de su letargo[136] y se puso de pie, con las mejillas ardientes, para decir:

—¿Ya perdieron el ánimo? Desde luego que el camino no es fácil, y el peligro y la muerte los acechan; existen una multitud de obstáculos que vencer. Pero esto es lo que hace a la gloria de una empresa. Ahora los veo actuar como chiquillos que quieren regresar a su hogar, tiritando de frío. Para esto, no era necesario haber llegado hasta aquí. ¡No llenen de vergüenza el corazón de su capitán con una derrota! ¡Sean hombres o, si es preciso, más que hombres! ¡Regresen como héroes!

Sus palabras conmovieron a los duros hombres de mar que lo escuchaban, y prometieron pensar en todo esto. Apenas se fueron del camarote, mi amigo volvió a desfallecer en su lecho.

Me pregunto cómo terminará todo esto, querida hermana.

135 Un **motín** es un movimiento desordenado de una muchedumbre de protesta o contra la autoridad constituida.

136 Se llama **letargo** al estado de somnolencia profunda y prolongada causada por varias enfermedades nerviosas o infecciosas.

7 de septiembre de 17...

Me vi obligado a conceder el regreso si los hielos que nos rodean no nos destruyen antes. La cobardía de mis hombres me decepcionó.

12 de septiembre de 17...

Iniciamos el regreso a Inglaterra. Mis sueños se han roto. Y lo que es todavía peor, mi amigo murió. Intentaré describirte las circunstancias terribles de su muerte; intento, también, no caer en la desesperación y, por eso, te escribo.

El día 9 de este mes el hielo cedió. Las islas flotantes chocaban entre sí y producían crujidos aterradores.

Mi huésped estaba inmóvil en su cama.

El día 11 se liberó el camino hacia el sur. Los tripulantes se sintieron felices porque el regreso a Inglaterra se iniciaba.

Frankenstein despertó y preguntó el porqué de tantos gritos. Le expliqué que regresábamos y me contestó:

—Tú eres libre de regresar, pero mi destino está dictado por los cielos.

Se puso de pie, pero estaba tan débil que cayó desvanecido sobre los almohadones. Me di cuenta de que su fin era inminente. Al rato, con una voz que era un gemido, me dijo:

—Ay, las fuerzas me abandonan. Querido Walton, se aproxima el final, y mi enemigo está lleno de vida. Loco de mí, hice a un ser racional. Hubiera querido hacerlo feliz, pero me debía a mis semejantes y me negué a darle una compañera. Por este motivo, él reaccionó con maldad y un egoísmo único en el mundo. Debe morir para que no siga cometiendo crímenes. Yo no puedo matarlo, fracasé. Dominado por mi egoísmo, una vez te pedí que te hicieras cargo de eliminar a esta criatura; ahora, lo razoné y me veo obligado a hacerte el mismo pedido. Sé que no puedo solicitarte que no vuelvas a tu patria ni que renuncies a tus amigos ni a todo lo que te es

querido para dedicarte a esta empresa. Dejo en tus manos, pues, la decisión y haz lo que te parezca conveniente. Mis pensamientos se nublan ya, y puedo ver las sombras de mis seres queridos; me reuniré con ellos, y eso me hace dichoso. ¡Adiós, Walton! Busca serenamente la amistad y evita la ambición..., aunque quizá otro triunfe donde yo fracasé...

Apretó mi mano con suavidad, sus ojos se cerraron, y, en sus labios, apareció una sonrisa débil.

Así murió un espíritu brillante, Margaret. Te escribo con lágrimas en los ojos y espero encontrar en Inglaterra el consuelo que no tengo ahora.

Me interrumpen..., ¿qué ruido es ese? Es medianoche. El ruido persiste: es como una voz humana, pero más tosca. Viene del camarote donde yacen los restos de mi buen amigo. Iré a ver. Buenas noches, hermana.

¡Dios de dioses! ¡Qué escena acabo de ver! Entré en el camarote de Frankenstein y vi a un gigante inclinado sobre su cadáver. No podía verle la cara, solo unos mechones lacios y espesos, negros. La mano parecía la de una momia y, al verme entrar, el ser dejó de lamentarse y quiso huir. Tomé coraje, recordé el pedido de mi amigo y le ordené detenerse. Obedeció, sorprendido. Volvió su cara horrible hacia su creador y, como poseído de una pasión sin control, comenzó a decir:

—¡Aquí mi última víctima! En esta muerte, se consuma mi ansia de venganza y se cierra el ciclo de mi mísera existencia. ¡Frankenstein, generoso y devoto espíritu! De nada sirve rogarte perdón ahora. Yo, que sin consideración a nada ni a nadie, destruí a tus seres queridos...

Su cara inhumana estaba dominada por el dolor. Había en mí tanta compasión como curiosidad, pero no pude decirle palabra hasta que dejó de lamentarse. Entonces hablé:

—Deberías haber sentido antes un poco de remordimiento. Frankenstein estaría vivo, si no hubieras llevado a cabo tu venganza. ¿De qué vale que ahora te arrepientas?

Me interrumpió:

—¿Acaso crees que nunca sentí remordimiento? Este hombre no sufrió mientras me creaba...; no sintió nunca más que una mínima parte de la angustia que yo soporté mientras cometía mis atroces asesinatos. ¿Acaso piensas que los estertores[137] de mis víctimas fueron para mí música celestial? Tú no puedes imaginar mis torturas... Después que maté a Clerval, volví a Francia con el corazón destrozado y tuve compasión de Frankenstein. Pero luego él se disponía a disfrutar de la felicidad que a mí me estaba negada..., así que cumplí mi promesa. Cuando maté a su esposa, renegué de toda clase de sentimientos, y el mal se convirtió para mí en bien. Ahora, él está muerto. Rematé mi obra. Ya no habrá más víctimas.

Sus palabras me conmovieron al principio, pero luego recordé la advertencia de Frankenstein acerca del poder de convicción del monstruo, y la indignación se apoderó de mí:

—¡Monstruo, mil veces maldito! ¡Hipócrita![138] ¿Vienes a llorar? Tú, que arrojaste una brasa ardiendo al techo de una cabaña y, luego, te quedaste para contemplar tu obra destructora. No sientes piedad, solo te da pena no tener más poder sobre él.

—¡No es verdad! No busco simpatía en mi dolor. Sé que nadie me la daría. Quise participar del juego del amor y la virtud, pero fue un espejismo, un deseo insensato. Soñé con la fama y la felicidad, tuve la ilusión de que encontraría seres que olvidarían mis malformaciones físicas y me amarían por las excelencias de mi alma. Ahora, el crimen me redujo a un nivel peor que el de las alimañas.[139] Sin embargo, no soy el único pecador. Toda la humanidad ha pecado contra mí. ¿Por qué no odias a Félix, que tan violentamente me expulsó de su lado? Es cierto, sin embargo, que no soporto el recuerdo de mis crímenes. Asesiné a criaturas indefensas, estrangulé al inocente mientras reposaba, arranqué la vida de quienes no me habían ofendido jamás y conseguí que mi creador

137 Los **estertores** son respiraciones fuertes roncas o silbantes, propias de la agonía y del coma.

138 Una persona **hipócrita** aparenta o finge cualidades o sentimientos contrarios a los que verdaderamente se tienen o experimentan.

139 Se llama **alimaña** al animal que perjudica la caza menor (la zorra, el gato montés, el milano, etc.) Por extensión, es sinónimo de persona mala, despreciable y de bajos sentimientos.

se convirtiera en un alma en pena. Me odio. Espero con ansias mi muerte.

No me temas. No me hace falta tomar más vidas, salvo la mía. Me iré del barco, me dirigiré en un témpano al extremo más austral y, allí, haré una pira funeraria[140] y convertiré en cenizas mi cuerpo horrendo, para que no sirva de curiosidad ni objeto de estudio, para que ningún buscador de gloria intente la creación de otro como yo.

¡Adiós! ¡Adiós Frankenstein! Tu vida fue desgraciada, pero peor fue la mía. El viento recogerá mis cenizas para llevarlas al mar, y mi espíritu encontrará la calma.

Dicho esto, la criatura saltó por la ventana del camarote y cayó sobre un témpano. Las olas lo arrastraron, y se perdió en la oscuridad de la distancia.

140 La pira funeraria es un antiguo ritual mortuorio que consiste en colocar el cuerpo de la persona en una pira o pila de maderas. El apilamiento es encendido con fuego, el cual consume a la madera y al difunto.

Trabajos en la estación

Sensatez y sentimientos en la cultura europea

1 Mary Shelley escribió *Frankenstein o el moderno Prometeo* en la encrucijada entre dos movimientos culturales, el Iluminismo (cuyo arte se conoce como Neoclasicismo) y el Romanticismo. Para identificar sus rasgos estéticos, realicen las siguientes actividades.

a. Lean el cuadro que sintetiza y opone algunos de los rasgos característicos más distintivos del arte neoclásico y del arte romántico.

Neoclasicismo	Romanticismo
Apego a la tradición grecolatina.	Gusto por lo exótico y lo extraño.
Arte controlado por la razón.	Arte ligado a la imaginación.
Naturaleza estática, reproducida a la manera de una copia fotográfica.	Naturaleza en movimiento cargada de subjetividad del observador.
Sujeción a normas.	Libertad absoluta.
Uniformidad de las formas.	Desborde de las formas.
Disciplina.	Anarquía.

b. Observen atentamente en las siguientes imágenes, su temática, la concepción del mundo que manifiestan, los personajes que aparecen, las acciones que se muestran, los sentimientos expresados.

El juramento de los Horacios, obra del pintor francés Jacques-Louis David, realizada en 1784. Ubicada en la época de guerras entre Roma y Alba, en 700 a. C., la escena muestra la promesa de combatir que realizan los tres hijos de Horacio a su padre, a pesar de los lazos familiares existentes entre ambas ciudades, hecho que provoca el lamento de las mujeres.

La balsa de la Medusa, pintura del artista francés Théodore Géricault, de 1819, que hace referencia al naufragio del barco francés *La medusa* en la costa occidental africana en 1816.

c. Expliquen, en sus carpetas, cuál es la estética predominante en cada cuadro, utilizando y ampliando las características enunciadas en el cuadro comparativo. Pueden ayudarse con el cuadro de movimientos literarios, al final del libro.

Tres narradores para un relato enmarcado

2 El texto de Mary Shelley propone tres personajes que resultaron modelos inspiradores y fueron retomados muchas veces por la literatura posterior. Por eso, se los considera arquetipos:

- el explorador que se aventura hacia lugares desconocidos;
- el científico cuya pasión por el conocimiento lo lleva a perder la cordura;
- el monstruo incomprendido.

Revisen los sucesos fundamentales de la novela y completen en sus carpetas el siguiente cuadro.

Tengan en cuenta que, en esta novela, Shelley utiliza la modalidad narrativa del "relato enmarcado" en la que el relato de la historia principal queda dentro de otro relato narrado por un personaje secundario.

Dentro del siguiente esquema, ubiquen las historias narradas según corresponda, para mostrar la estructura de "cajas chinas" de la novela.

Narrador	Historia narrada	Receptor del relato
1. El explorador, capitán Robert Walton.		La señora Margaret Saville.
2. El científico Víctor Frankenstein.		
3. El monstruo incomprendido.	La historia de su breve vida y de sus padecimientos.	

Para revisar la lectura

1 Relean el Prefacio, los capítulos I y II del texto y respondan a las preguntas.

- ¿En qué circunstancias se conocen Robert Walton y Víctor Frankenstein?
- ¿Cuál es el vínculo entre Víctor Frankenstein y Elizabeth Lavenza?
- ¿Cuándo nace el interés de Víctor por los fenómenos eléctricos?

2 Unan con flechas los nombres de los personajes con un elemento significativo para cada uno de ellos en la historia. Luego, expliquen y justifiquen por qué los unieron así.

Víctor Frankenstein	*	* Lenguas orientales
Elizabeth Lavenza	*	* Libros
Henry Clerval	*	* Constantinopla
Justine Moritz	*	* Guitarra
Robert Walton	*	* Joya
Safie	*	* Propiedad en el Lago de Como
Anciano De Lacey	*	* Motín

3 En los capítulos XI a XIV, la criatura relata a su creador el proceso de "humanización" que vivió. Reléanlos y respondan a las siguientes preguntas.

- ¿Cómo aprende a satisfacer sus necesidades básicas?
- ¿Cómo adquiere el habla?
- ¿Cuándo descubre su fealdad?
- ¿Por qué medios aprende a leer?
- ¿Qué libros lee y qué enseñanzas le ofrecen?
- ¿Qué hechos le revelan que nunca será aceptado como un ser humano más?

6 Expliquen la relación del siguiente fragmento del Capítulo XVII con el resto de la historia.

—Quiero una criatura de sexo femenino tan horrible como yo. Nos unirá nuestra monstruosidad. ¡Quiero que un ser vivo sienta simpatía por mí! [...] Después de meditar algunos momentos, concluí que debía dar satisfacción a su demanda. Lo que pedía era justo, y yo, como creador, debía proporcionarle una esperanza de felicidad.

7 Relean el capítulo XXIV y realicen las actividades.

* Investiguen y tracen en un mapa el recorrido geográfico de la persecución entre Frankenstein y su criatura hasta el desenlace final.
* Expliquen el sentido de las últimas palabras de Víctor en relación con la totalidad de la historia: *Me siento como el ángel que aspiró de manera insensata a la omnipotencia y, por eso, fui arrojado al infierno.*

Romanticismo y naturaleza

Formada en la tradición iluminista y racionalista y, al mismo tiempo, apasionada desde su juventud por la estética romántica, Mary Shelley presenta en la novela una alternancia entre paisajes urbanos y paisajes salvajes o inexplorados. Los paisajes "iluministas" donde predomina la racionalidad civilizatoria se dan en la ciudad suiza de Ginebra y en Ingolstadt, ciudad alemana en cuya universidad se forma Víctor Frankenstein. Los paisajes "románticos" salvajes o inexplorados son aquellos en los que la acción es de alto riesgo. Se trata de sitios que, en una época sin cámaras ni pantallas, resultaban desconocidos y exóticos para el lector europeo.

8 Observen las siguientes imágenes de los paisajes exóticos mencionados en el texto, y luego realicen las actividades.

El Monte Blanco.

Las islas Orkneys.

El Océano Ártico.

a. Investiguen dónde están situados estos paisajes y qué características climáticas y de población tenían a principios del siglo XIX.

b. Revisen el texto y establezcan qué sucesos de la novela ocurren en ellos.

c. Transcriban fragmentos de cada episodio que permitan dar cuenta del estado de ánimo de los personajes al estar en contacto con esta naturaleza exótica casi sin presencia humana.

El laboratorio y la ciencia ficción

Para muchos estudiosos de la narrativa de ciencia ficción, la novela que inaugura el género es *Frankenstein*. En 1818, Mary Shelley creó una historia ligada a las teorías del italiano Luigi Galvani (1737-1798) acerca de los efectos de la electricidad sobre los cuerpos, que funcionó como sostén científico de su fantasía literaria. Shelley también imaginó un ámbito que resultaría esencial para la ciencia ficción: el laboratorio. En el curso de la novela, el protagonista arma dos laboratorios para llevar a cabo sus temibles experimentos: uno en la ciudad de Ingolstadt (capítulo IV) y otro, en un islote apartado de las islas Orkneys (capítulo XIX).

9 Relean estos capítulos y elijan uno para recrear este espacio favorito de la ciencia ficción. Imaginen y escriban una descripción detallada del laboratorio, de sus instrumentos y materiales. Si lo prefieren, pueden ilustrar estos espacios.

Producciones en foco

Una misma historia puede narrarse desde diferentes puntos de vista. Cada autor elige con qué mirada y con qué voz contará los hechos narrados. La relación entre la visión o "el que ve" y "lo que se ve" se llama *focalización*. La misma historia cambia su focalización al darle la voz narrativa a otro personaje.

10 Elijan una de las siguientes propuestas para reelaborar la historia desde la mirada de otros personajes.

a. **La novia de Frankenstein**
Frankenstein reclama a su creador una compañera, una mujer que lo acompañe en su vida solitaria. Imaginen que Víctor cede a su petición y crea una "novia" para el monstruo. Juntos viajan a la zona ártica para iniciar una nueva vida. Narren una posible continuación de la historia.

b. **Aventuras en el Polo Norte**
El capitán Walton, después de la muerte de Frankenstein y de su criatura, continúa la navegación por el Ártico y logra llegar al Polo Norte. Escriban el relato de esa increíble aventura.

b. **Henry Clerval, un científico en peligro**
Como resultado de su profunda amistad con Frankenstein, Henry Clerval abandona el estudio de las lenguas extranjeras y se dedica a la investigación. Escriban un cuento de ciencia ficción acerca de un descubrimiento de Henry que resulta altamente peligroso.

Las damas tienen la palabra

A fines del siglo XVIII, una época sin celulares ni correos electrónicos, el género epistolar era el medio de comunicación interpersonal más utilizado. En la novela de Shelley, las cartas dan cuenta de la subjetividad de los personajes y de sus emociones más íntimas.

11 Elijan una entre las siguientes propuestas para escribir una carta.

a. Safie, la joven musulmana, le escribe a una amiga contándole su vida con los De Lacey, la aparición del monstruo y su huida.

b. Elizabeth Lavenza se enamora de otro hombre y le escribe a Víctor para confesárselo.

c. La señora Saville, preocupada por las cartas que ha recibido, le responde a su hermano, el capitán Walton.

Diálogos cruzados

12 Respetando el perfil psicológico de los personajes de Shelley, elijan alguna de las siguientes propuestas para escribir un diálogo teatral con las acotaciones o didascalias necesarias para una posible puesta en escena.

a. El capitán Walton y Henry Clerval planean un viaje de exploración juntos.

b. Safie y Elizabeth: un encuentro intercultural.

c. Víctor y su criatura se reconcilian y deciden vivir, como padre e hijo, en una solitaria isla del Atlántico Norte.

La cuestión del "otro"

El principio filosófico de la alteridad (del latín *alter*, el otro) consiste en "alternar" o cambiar la propia perspectiva por la de "otro", teniendo en cuenta su punto de vista, su concepción del mundo, sus intereses, su ideología, sin dar por supuesto que la "de uno" es la única posible.

13 Formen dos equipos de redactores para realizar las siguientes actividades.

a. Cada equipo deberá imaginar una isla de monstruos, habitada por seres deformes, torpes, pero de gran fortaleza e inteligencia que conviven en sociedad, con costumbres y leyes propias; y escribir una descripción de la misma.

b. Lean la siguiente propuesta para jugar ficcionalmente con el principio de alteridad.

> *Como consecuencia de un naufragio, un niño aparece en la playa de esta isla.*
>
> * Los monstruos adoptan al niño y lo crían según sus costumbres. Un equipo narrará el proceso de educación del niño, desde el punto de vista de los monstruos.
> * El otro equipo, deberá imaginar y escribir el diario del niño náufrago, registrando sus impresiones sobre la isla y sus extraños habitantes.

c. Luego, hagan una puesta en común de los textos para compartir las distintas visiones y puntos de vista imaginados.

14 El cine, la publicidad y los medios masivosde comunicación suelen proponer ciertos cuerpos privilegiados como modelos estéticos. En comparación con ellos, muchas personas se sienten feas o son rechazadas porque sus cuerpos no tienen

las proporciones aceptadas. Organicen una campaña "Pro-Frankenstein o el derecho al cuerpo imperfecto". Diseñen afiches y eslóganes para el aula.

Cuerpo humano, ciencia y exclusión

15 Lean con atención el siguiente texto del filósofo español Fernando Savater y realicen las actividades propuestas.

La historia de Frankenstein y su criatura es un cuento de terror, pero que encierra, al menos, dos lecciones de moral. La primera es que no todo lo que la ciencia sabe hacer tiene derecho a hacerse: sobre todo cuando se trata de enredar con la vida humana, inventando un pobre ser que viene al mundo no como fruto del amor de una pareja, sino como resultado de un caprichoso experimento. La segunda lección es que antes de llamar "malo" a otro tenemos que intentar comprender sus circunstancias. ¿Acaso tenemos derecho a exigir que alguien sea bueno cuando no se le respeta ni se le quiere, cuando todos le huyen o le persiguen, cuando ninguno intenta remediar su desamparo? Nadie puede portarse humanamente si no le tratamos con humanidad: cualquiera al que los demás aparten como si fuera un monstruo terminará siendo un auténtico monstruo, de veras.

Savater, Fernando. Ética y método.
Buenos Aires, Alfaguara, 1996 (Trad.)

a. Para organizar un debate, investiguen acerca de la bioética. Luego formen dos grupos: uno deberá defender el derecho de la ciencia para experimentar con libertad, otro defenderá la tesis de Savater *"no todo lo que la ciencia sabe hacer tiene derecho a hacerse"*. Por último, escriban un texto de opinión que dé cuenta de los argumentos y las conclusiones a las que llegaron.

b. ¿Qué opinan de la segunda "lección moral" que propone Savater a propósito de la novela de Mary Shelley? Reflexionen y expongan en forma oral sus argumentos. Pueden citar ejemplos conocidos o vividos por ustedes.

Movimientos, corrientes y estilos literarios
que predominaron en las distintas épocas en Occidente

La cronología del presente cuadro es solamente indicativa, pues en lo que se refiere a tendencias o movimientos artísticos no hay una exactitud absoluta en relación a fechas.

PERÍODO LITERARIO	CARACTERÍSTICAS	AUTORES DESTACADOS
ÉPOCA CLÁSICA Esplendor de la literatura de Grecia y Roma. Siglo VI a. C. a siglo I d. C. (600 a. C – 100 d. C).	* La obra debe ser equilibrada, armónica y presentar unidad. * Se destacan las virtudes y se denuncian los defectos. * Las obras giran en torno al deber y la moral: el hombre debe someterse a las leyes de los dioses. * Platón, Aristóteles y Horacio dan las reglas de la poética. * Subgéneros más usados: comedia, tragedia, epopeya y sátira.	**Género dramático:** Sófocles, Terencio, Plauto. **Género épico:** Homero, Virgilio. **Género lírico:** Safo, Catulo, Horacio.
EDAD MEDIA Europa. Siglos VI a XIV (500 d. C – 1300 d. C).	* **Literatura culta** (escrita por autores pertenecientes al clero). * Mester de clerecía: poesía culta escrita por clérigos. * **Literatura popular** (oral, en romance, de autor anónimo). * Cantares de gesta: epopeyas que contaban las hazañas de los héroes y llegaban a tener hasta veinte mil versos. * Romancero: colección de poesías narrativas sobre temas fuertes de interés popular: la vida y la muerte, el amor y la guerra.	**Literatura culta:** Santo Tomás de Aquino, Gonzalo de Berceo, Arcipreste de Hita. **Literatura popular:** Romances y Cantares de gesta.
RENACIMIENTO Tiene su centro en Florencia (Italia). Siglo XVI (1500).	* **Humanismo**: el hombre pasa a ser el centro de interés. * Se imitan los modelos clásicos (griegos y romanos) y se siguen las reglas de Aristóteles y Horacio. * Esplendor de la pintura y la escultura: Botticelli, Leonardo Da Vinci, Rafael, Donatello.	**Italia:** Dante Alighieri, Petrarca. **España:** Boscán y Garcilaso.
Transición entre Edad Media y Edad Moderna Siglos XIV a XVI	* La obra ya no es anónima, sino **creación autónoma** de un autor. * En 1492 comienza el **Siglo de Oro Español** (dos siglos).	Teatro: Fernando de Rojas. Novela picaresca: *Vida del Lazarillo de Tormes*

(1300 a fines de 1500).	con tres acontecimientos fundamentales: la Reconquista española, el descubrimiento de América y la publicación de la primera Gramática del castellano.	(anónimo), *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán.
MANIERISMO Fines del siglo XVI y comienzos del XVII (alrededor de 1600).	* También considerado como la extensión del Renacimiento fuera de Florencia (**Renacimiento Internacional**). * Utilización del **contraste** en acciones y personajes. * Personajes complejos: mezclan rasgos positivos y negativos. * Juego con la desproporción y la deformidad. Grotesco * **Polifonía:** presencia en el texto de muchas voces.	William Shakespeare. Miguel de Cervantes. Christopher Marlowe. Michel de Montaigne.
BARROCO Muy importante en España y sus colonias. Principios del siglo XVII a mediados del siglo XVIII (1600 a 1750).	* Llamado también "Arte de la Contrarreforma". * Abundan las figuras retóricas, como metáfora, hipérbaton e hipérbole (exageración). * Mayor contraste: antítesis (literatura) y claroscuro (pintura). * En España, se dan el conceptismo y el culteranismo, dos estilos que trabajan respectivamente con el concepto y la forma. * Finaliza el **Siglo de Oro Español** con la muerte de Calderón.	**Poetas místicos:** Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León. **Conceptismo:** F. de Quevedo, B. Gracián, Lope de Vega. **Culteranismo:** Luis de Góngora, Calderón de la Barca.
CLASICISMO Fines del siglo XVII a principios del siglo XVIII en Francia.	* La tendencia de imitar el arte grecorromano y sus reglas tiene su esplendor en el teatro francés de esta época. * Nuevas normas para la poética de Boileau y Malherbe: naturalidad, verosimilitud. División en géneros *altos y bajos*.	Nicolas Boileau. Molière. Jean Racine. Jean de la Fontaine.
NEOCLASICISMO Surge en Francia en el siglo XVIII.	* Oposición a los excesos del Barroco: vuelta a la **austeridad**, la **armonía** y el **equilibrio** propios del "espíritu clásico". * Lo ideal por sobre lo real: la **razón** por sobre los sentimientos. * Importancia de la **virtud cívica**, desinterés y patriotismo. * Reaparece la **finalidad moral** de la obra. * **Censura:** no todo puede o debe ser expresado.	**Teatro:** Fernández de Moratín. **Ensayo:** J.J. Rousseau, Montesquieu. **Novela:** Voltaire. **Fábulas:** Tomás de Iriarte.

PERÍODO LITERARIO	CARACTERÍSTICAS	AUTORES DESTACADOS
ROMANTICISMO Fines del siglo xviii a mediados del siglo xix. Surge en Alemania e Inglaterra, pero se extiende rápidamente por toda Europa y América.	* Rompe con la tradición clásica y las reglas. Se lucha por la **libertad** de expresión, de culto y de pensamiento. * El artista es un creador que actúa por impulso. La **inspiración** y la **imaginación** son más importantes que la razón. * La obra literaria debe ser **sublime**, debe lograr una **catarsis**. * Interés por la literatura oral popular. * Amor por la naturaleza, lo impulsivo e irracional.	**Alemania:** J. von Goethe. **Inglaterra:** Lord Byron. **España:** G. A. Bécquer. **Francia:** Victor Hugo. A. Dumas. **EE.UU:** E. A. Poe. **Argentina:** E. Echeverría, José Mármol, D.F. Sarmiento.
GÓTICO Surge con el primer Romanticismo (Protorromanticismo) 1760 en adelante.	* Trabaja con las emociones fuertes, como el amor y el terror. * Retoma temáticas de las leyendas y supersticiones medievales. * Inclusión de lo fantástico y lo irracional. * Se extiende más allá del Romanticismo, relacionándose con el Realismo, la psicología y la ciencia ficción.	H. Walpole, Mathew Lewis, Mary Shelley, Edgar A. Poe, Bram Stoker.
REALISMO Surge en Francia a mediados del siglo xix (1860 a 1880).	* Se opone al Romanticismo, por ser muy fantasioso y subjetivo. * Cree que "La novela es un espejo al costado del camino". * Intenta mostrar la realidad desde una visión crítica. * La función de la literatura es generar un cambio social. * Es la época de oro de la novela rusa.	Stendhal, Gustave Flaubert, Charles Dickens. **Rusia:** A. Chéjov, L. Tolstoi, N. Gogol, F. Dostoievski, *Crimen y Castigo*.
NATURALISMO Surge en Francia a fines del siglo xix (1870 en adelante).	* Intenta ser más objetivo que el Realismo, tratando de mostrar las miserias humanas en forma casi descarnada. * El novelista es un científico que estudia la **naturaleza** humana * Toma ideas del **determinismo** (el medio condiciona al hombre). En América se vinculó con el **indigenismo**.	Emile Zola, G. de Maupassant, Benito Pérez Galdós. **Argentina:** Eugenio Cambaceres.
PARNASIANISMO 1860 en adelante. **SIMBOLISMO** 1880 en adelante. (Surge en Francia).	* Los **parnasianos** se oponen a los excesos del Romanticismo. * También se alejan del Realismo, pues creen que la finalidad del arte es el arte en sí mismo. * Los **simbolistas** están en contra de la moral burguesa, la sensiblería y el realismo. La belleza está escondida en los rincones más sórdidos. Buscan lo prohibido, lo burdo y lo erótico.	**Parnasianismo:** Teophile Gautier, Leconte de Lisle, Sully Prudhomme. **Simbolismo:** Charles Baudelaire, Arthur Rimbaud, Paul Verlaine, Stéphane Mallarmé.

DECADENTISMO Francia, 1880. Después, Inglaterra.	* Extrema el individualismo y sensualismo de los simbolistas. * Critica la hipocresía, la moral y el convencionalismo burgués. * Se enfoca en la búsqueda del placer y la belleza. * Cuida la estética y el lenguaje (el arte es todo).	Joris Huysmanns, Paul Verlaine, Oscar Wilde, Gabrielle D'Annunzio.
MODERNISMO Entre 1880 y 1920. Latinoamérica y España.	* Retoma elementos del parnasianismo y del simbolismo. * Su figura central es el poeta nicaragüense Rubén Darío. * Gran creatividad lingüística y refinamiento. * Postura cosmopolita (el arte es universal, no nacional).	Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José Asunción Silva, Manuel Machado.
VANGUARDISMO Fines del siglo XIX, primeras décadas del XX. Surrealismo, Impresionismo, Expresionismo, Futurismo, Fauvismo, Ultraísmo, Creacionismo, Dadaísmo, Cubismo.	* Los artistas buscan nuevas formas de expresarse y plasmar el cambio radical de la sociedad. * Es un período de "exploración". **Surrealismo:** juega con lo subconsciente, la imaginación y lo anticonvencional. **Impresionismo:** el arte debe transmitir las impresiones que las cosas provocan y no copiar la realidad tal cual es. **Ultraísmo:** se centra en la **metáfora**.	Georg Trakl, Rainer M. Rilke, Guillaume Apollinaire, André Bréton, Tristan Tzara, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, Bertolt Brecht.
MODERNISMO ANGLOSAJÓN 1900 a 1940 Surge en Londres y se extiende rápidamente a Francia y Norteamérica.	* Rechazo de la actitud realista y utilización de simbolismos. * Influencia del psicoanálisis. Relativismo. * Se utiliza el "fluir de la conciencia": no se narra lo que los personajes *hacen* sino lo que *piensan*. * Pesimismo y deseo de evasión a causa de la guerra.	Virginia Woolf, James Joyce, D.H. Lawrence. **La generación perdida:** F. Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway.
POSTMODERNISMO Se da globalmente desde mediados del siglo XX.	* Postura crítica hacia los medios y la incomunicación; protesta política y denuncia de lo absurdo y ridículo de la sociedad. * Desafío al lector: inversión del tiempo, cambio inesperado de narrador, inclusión de una realidad dentro de otra, duplicidad. * Se produce el llamado "*boom* de la literatura latinoamericana".	**Escritores latinoamericanos:** Neruda, García Márquez, Vargas Llosa, Benedetti, Allende, Cortázar. **Teatro del Absurdo:** Beckett, Genet, Ionesco.